

Entre Fantasías

FANNY RAMÍREZ



Entre fantasías

Fanny Ramírez

Título: Entre Fantasías

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Fanny Ramírez

Primera edición agosto, 2018

Diseño de cubierta: Fanny Ramírez

©De la imagen de la cubierta: Fotolia.

Maquetación: Fanny Ramírez.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.

Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

A todas aquellas personas que les apasione dejarse llevar...

Índice

[Mi Ángel fugitivo.](#)

[Señora.](#)

[A la deriva.](#)

[Police Taylor.](#)

[Atasco.](#)

[Dulce Locura.](#)

[Mi campeona.](#)

[Bajo mi piel.](#)

Mi Ángel fugitivo

24 Horas

00:00 hrs

—¿Estás feliz?

Mi pregunta hace que sonría, la noto aun estando con la boca pegada a mi torso. Hacía años que no la tenía igual de cerca que hoy y eso que dentro de unas horas estoy por irme a miles de kilómetros de aquí, lejos de ella.

Acabamos de hacer el amor, como... siquiera recuerdo la última vez que lo hicimos. Pareció ver el cielo abierto en cuanto le di la noticia de que tenía un viaje de trabajo a última hora. Y la verdad no sé cómo sentirme al respecto.

Ella simplemente me preparó las maletas y me dijo que me echaría de menos. Todo eso junto con arrumacos y caricias.

—Claro que sí... es tu ascenso, estoy feliz por ti —es lo que contesta trayéndome de vuelta al ahora.

Me separo de su cuerpo y me siento en el borde de la cama, quemándome su contacto. Amo a mi mujer como a nada en este mundo y si me faltara algún día me moriría; pero estoy tan cansado de luchar por lo nuestro, que a veces me creo incapaz de seguir.

—Duérmete, iré a beberme un trago al salón —digo con voz queda mientras me froto los ojos y la cara.

—Está bien... —contesta dándome una leve caricia en la espalda—. No tardes, sabes que mañana tienes que coger un tren a primera hora.

Asiento y me voy a dormir al sofá, aunque ella aún no lo sabe. Es tan patético que la noche antes de irme por cuatro meses, no disfrute de la compañía de mi mujer, que a punto estoy de reír y llorar al mismo tiempo.

07:35 hrs

—¿Llevas todo lo necesario? —sus cuidados y su notable cariño me hacen encoger el corazón.

La echaría de menos y por un leve segundo se me antojó mandarlo todo a la mierda y quedarme. Aunque eso significara vivir como hasta ahora, con una vida sexual casi nula y una mujer impresionante la cual casi ni me registra. Su excusa preferida: estar demasiado cansada como para tener una ínfima conversación.

Y es que trabajar en una tienda de ropa, cansaba una barbaridad ¿verdad?

—Me preparaste tú misma las maletas, sabes mejor que yo si lo llevo todo o no.

Ella sonrió y yo le acaricié un mechón de su pelo, brillante carbón deshaciéndose entre mis dedos.

—Te quiero —murmuro como si fuera la misma canción de todos los días.

Una cancioncilla suena en toda la estación y como acto reflejo miro al hombre que da la señal de que mi tren está a punto de salir.

—Buena suerte, Jer... —sus ojos acuosos a la vez que risueños me afectan y beso sus labios hasta que el segundo aviso suena, obligándonos a separarnos.

Me subo al vagón, sentándome en mi respectivo asiento justo al lado de la ventanilla. Ella sigue allí mirándome sonrosada y preciosa; alzando su mano a modo de despedida. Las puertas se cierran y el tren se empieza a mover.

Y entonces ocurre.

Dos hombres, entre la gente, agarran a Camila y se la llevan a rastras sin que nadie se dé cuenta. Sin que nadie impida que mi esposa sea secuestrada, por quién demonios sean.

La angustia y la ansiedad casi me dejan sin oxígeno y se me hace demasiado difícil respirar. Estoy andando entre los asientos empujando a los rezagados en busca de sus malditos asientos, haciendo que la gente me mire como si estuviera loco. Y estaba de camino a serlo.

Aporreo la puerta con fuerza, viendo cómo la gente y la estación se mueven a través del vidrio. Quería salir.

Mi mirada se fijó en un botón rojo brillante, en el extremo derecho, el cual me abriría las puertas. Y lo pulsé. Haciendo que un sonidito de lo más molesto, alertara de mi acción.

—¡Señor! ¿Qué hace? —el revisor del tren vino corriendo hacia mí con cara de pocos amigos.

—T- tengo que salir... mi mujer...

—Oiga, cálmese... —interrumpe mi inútil intento de decir algo coherente. Y es que por más que lo intentara no me veía capaz de enlazar una simple frase sin tartamudear.

Apreté los dientes junto con mis puños, preparándome para matarlo a golpes si no me dejaba salir. Pero él al ver, supongo, la desesperación en mi voz, habló por una especie de teléfono y noté como el tren se frenaba poco a poco haciendo un horrible chillido de protesta.

No tuve tiempo ni de coger mis maletas, que salí corriendo en cuanto aquellas puertas se abrieron lo suficiente para que cupiera. Tenía que encontrarla, tenía que ponerla a salvo. Y maldita sea si no haría todo lo que estuviera en mi mano para traerla de vuelta a mi lado.

Salí del edificio, mirando de un lado a otro. La gente se apelotonaba como si lo hicieran, con el simple propósito, de estorbar mi visión. Salí a la calle haciendo que por poco me atropelle un taxi, consiguiendo unos cuantos insultos y miradas acusatorias de la gente con la que chocaba.

Me quedé allí en medio de todo, viendo cómo cada coche, me parecía sospechoso. Cada mujer morena y menuda, me parecía ver a Camila y me estaba volviendo loco. Me revolví el pelo y tallé mi cara en un claro signo de la desesperación que atenazaba mi cuerpo. Jadeaba, sudaba y solo podía pensar de cuantas maneras podía matar a cada uno de esos miserables que tienen a mi razón de vivir. Solo tenía la imagen de mi inocente y buena esposa, llorando y suplicando por su vida. Y eso me estaba matando.

12:05 hrs

Es curioso cómo te puede cambiar la vida en un segundo. En cómo tus sentimientos y pensamientos cambian de un momento a otro. Estuve a punto de dejar a mi mujer por cuatro eternos meses, sin tener remordimiento alguno, y ahora me parecía un sacrilegio solo haberlo pensado siquiera. Ahora me daba cuenta de la magnitud de mis sentimientos, los cuales creí casi muertos, o dormidos. Sabía que la amaba, sí... como a nadie más. Pero ¿Cómo no amar a la persona con la que llevas compartiendo tu vida durante tanto tiempo?

«El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura. Si desea...»

—¡Por dios! ¡Donde coño estás! —aporreé el volante del coche como queriendo arrancarlo de cuajo.

Había llamado a su teléfono por enésima vez, había recorrido las calles de arriba abajo, había llamado a sus padres y aunque ellos me dijeron que la encontraríamos y que no avisara a la policía, empezaba a pensar que hasta ellos tenían algo que ver con su secuestro.

¿Cómo demonios no llamar a la policía? ella podría estar muerta, por el amor de dios. Y yo dando vueltas por toda la ciudad como un gilipollas. ¿Porque, qué iba a hacer? Qué hace un tirillas como yo, frente a los dos armarios empotrados que se la llevaron. Nada, absolutamente nada.

Pero era tal el terror y el desasosiego de no volver a verla, que me

importaba una soberana mierda que me estuvieran esperando con dos metralletas. Daría mi último latido por ella.

14:00 hrs

Después de haber pasado por la rabia, la desesperación y la culpabilidad, estaba en la fase de pensar en lo que hubiera pasado si yo no hubiera sido consciente de cómo se la llevaban. Qué hubiera pasado si no hubiera mirado por la ventana en ese mismo instante y me hubiera enterado después de haber llegado a mi destino y recibir la terrible noticia de que mi mujer había sido raptada. Entonces... ¿qué haría? ¿Qué podría hacer, más bien?

14:48 hrs

—Ya le dije que no sé quiénes fueron los que se la llevaron... como quiere que se lo diga ya, ¿en chino?

La mirada del policía me hace amedrentarme un poco, pero estoy tan rabioso y desesperado, que mi cerebro no va como debería ir.

—Señor...—se frotó la cara como si lidiar conmigo fuera una verdadera hazaña—. Lo único que puede hacer es entregarnos una foto de ella y dejarnos trabajar. Ya que no será de demasiada ayuda.

—Perdone, pero permítame que le diga que tengo todo el derecho de ir a buscar a mi mujer.

—¿Y cree que si de verdad la tienen secuestrada, no la matarían en cuanto vieran que usted está rondándoles? ¿Seguro que su mujer no tenía algún enemigo, a alguien que le debiera algo? O a usted... podría ser un ajuste de cuentas.

Ante las diferentes razones que exponía, más blanco me ponía. ¿Ajuste de cuentas? ¿Mi mujer algún enemigo? Negué con la cabeza pareciéndome aquello una verdadera tontería. Como no hubiera tenido una voz más alta que otra con una mujer insatisfecha por algún vestido o zapatos con la talla equivocada, no le veía sentido a ninguna de las conjeturas.

—No... ella... ella trabaja de dependienta en una tienda de ropa y complementos. Es simpática y extremadamente atenta con todo el mundo —«menos conmigo», quise añadir, en cambio volví a frotarme la cara y a mirar a aquel policía como si solo con eso, pudiera hacerlo levantarse y ponerse a buscar de una puta vez.

—Bien, déjeme ver a su mujer. Haremos todo lo posible para encontrarla.

Asentí y suspiré al mismo tiempo que sacaba mi móvil y cartera. Tenía

algunas fotos de años atrás, cuando parecíamos más felices que ahora. Me quedé como un tonto mirándolas a través de la pantalla una a una como si fuera la última vez que la iba a ver. Y en cierto modo, por desgracia, podría ser así.

Le entregué una pequeña foto tipo carnet, guardada en mi cartera, en cuanto sentí como un picor insoportable hacía casi imposible la acción de ver. Y cuando vi que automáticamente el hombre se levantó cual resorte, ordenándome quedarme allí y salió de la habitación como alma que lleva el diablo, me asusté. Por lo que tras pensármelo unos segundos me levanté, aun sabiendo que no debería hacerlo, y me asomé viendo como el policía que hablaba conmigo anteriormente, hablaba con otro enseñándole la foto y haciendo aspavientos exagerados.

Uno de los que pasaba por el lado de ambos, que en mi opinión, era demasiado curioso; se paró donde ellos y cuando consiguió saber qué pasaba, salió a paso apresurado hacia uno que estaba situado justo frente a mí, en su mesa, comiéndose un donut.

—No te lo vas a creer, José.

El sujeto, llamado José, se relamió los dedos y miró a su compañero deseoso de un buen cotilleo.

—¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas de Camila Rivers? ¿El ángel fugitivo?

—¿La criminal más buscada en todo el país?

—¡Exacto! —exclamó sacándome de mi estupor, que aquella aclaración me provocó. ¿Criminal? ¿mi mujer? Esto debe ser una broma...

Y si no estuviera deseoso de saber más, me estaría riendo a carcajadas por aquella estupidez. Y eso sí que era de verdad una verdadera estupidez. No podía imaginarme a mi mujer matando a una mosca, cuanto más a una persona. O varias, según la magnitud del apodo. ¿Ángel fugitivo? ¿En serio?

—Dicen que ha sido raptada o algo así. El marido está aquí denunciando su desaparición. ¿Crees que es alguna trampa? Él puede ser el cómplice de algún maquiavélico plan para deshacerse de todo el cuerpo...

Y hasta ahí quise escuchar. Mi cerebro estaba hecho puré ante tanta loca información y sin llamar la atención o por lo menos intentándolo, pude salir al pasillo que daba a la salida. Caminé con la máxima calma, aun teniendo el corazón a punto de salirseme por el pecho, para no levantar sospechas. Pero en cuanto escuché el: « ¡Alto, policía!» Me eché a correr como en mi vida había hecho.

Si me cogían ya le podía decir adiós a Camila, y eso ni en un millón de años pasaría.

16:25 hrs

Miré de nuevo hacia las ventanas firmemente cerradas cada una con seguro. Mis manos temblaban mientras buscaba por casa: alguna pista con la cual quitarme de la cabeza tal descabellada idea. Mi mujer no era ninguna criminal. Lo hubiera sabido ¿No? A fin de cuentas, llevábamos diez años casados y tres de novios. Jamás en la vida vi algo anormal ni algo que me hiciera ahora plantearme que aquello era verdad.

Así que si no encontraba nada, significaba que mi mujer no era la Camila Ribers que estaba buscando todo el país.

En un recóndito lugar de mi mente, mientras rebuscaba entre las facturas y demás papeles, apareció una imagen que me hizo fruncir el ceño. Ella estaba tan enfrascada en unos documentos, que ni siquiera supo que la estaba mirando desde el marco de la puerta. Era de madrugada, su cuerpo cubierto con un fino y traslúcido camisón, dejaba adivinar el suave encaje de su ropa interior. Estaba preciosa. Y entonces alzó la mirada como si hubiera visto al mismísimo diablo. Eso o se sintió pillada con las manos en la masa. Pero como a todo, no le di mayor importancia. No es por nada si no que después de eso, vino hacia mí y me sedujo y embrujó con sus caricias y besos. Nunca supe qué era aquello tan importante que la hizo salir de la cama y la tenía tan ensimismada.

Recordé una carpeta roja y montones de papeles con fotografías. Quise pensar que no era más que diseños de una propia línea de moda, la cual nunca se atrevió a sacar a la luz.

Me equivoqué.

18:30 hrs

No sabía que pensar... no sabía que sentir.

¿Engañado? ¿Manipulado? ¿Gilipollas? Posiblemente serían las tres cosas. Creía que la conocía. Creía que sabía todo de ella. Y sin embargo...

El teléfono fijo sonó, sacándome de mis cavilaciones y arrastrando los pies lo alcancé. Ni se me ocurrió mirar el identificador.

—¿Sí?

—Hola, muñeco —la voz del interlocutor, aun escuchándose claramente masculina, estaba ligeramente alterada, distorsionada—. No sabes quién soy

y ni te conviene saberlo. Pero lo que sí creo que te interesa es como está tu putita, ¿verdad?

Se me heló la sangre, en cuanto caí, que el secuestrador era el que estaba hablando conmigo.

—¿Dónde la tienes? —mi voz sonó aturdida y débil. Lo contrario a lo que quería aparentar.

—Esa no es la pregunta, querido Jeremy. La pregunta es: ¿Dónde está el dinero? Sé que lo sabes.

—¿Q-qué dinero? —empecé a hacer cuenta de cuanto tendríamos en la cuenta del banco. No es que fuéramos ricos precisamente. Aunque ya dados, podría haberme engañado con eso también, y que tuviera algún paraíso fiscal en cualquier isla paradisíaca. Viéndome la cara de gilipollas, como tan bien le salía.

—No te hagas el tonto. ¿Quieres que la mate? ¿es eso?

—¡Ni se te ocurra tocarle un mísero pelo! ¿Me oíste? Te mataré con mis propias manos y haré que tu cara se ponga tan morada e hinchada que desearás no haberte metido con mi mujer. —la rabia y la impotencia salió a borbotones. Si estuviera justo delante de él, no dudaría en hacer verídica mi amenaza.

La risa del sujeto me hizo erizar la piel y entonces la realidad me golpeó cual mazazo en todo el estómago. Era un asesino, de los de verdad. Y era capaz de matarla sin importarle nada ni nadie. A sus manos manchadas de sangre, qué más les daba, unas cuantas gotas más.

—En cuanto salgas del límite de la ciudad, a las afueras, verás un rancho a lo lejos. Una luz parpadeante te hará saber que tu mujer sigue viva. Trae el dinero contigo o ella morirá. Te doy dos horas.

Y sin saber si aquello era una verdadera locura, me lancé al vacío, haciendo la insensatez del siglo. Sacar dinero del banco haría que la policía me encontrase y si lo hacían, Camila sufrirá las consecuencias. Por lo que agarré los periódicos viejos y revistas que encontré por casa y los introduje en una bolsa con la idea de ganar tiempo o hacer la estupidez más grande de mi vida.

Camila

19:00 hrs

Mis parpados pesaban, no sentía nada más que dolor y náuseas. ¿Cómo eh llegado tan lejos? ¿Por qué...? Solo tenía que dejarlo en algún momento y aun pudiendo, no quise. La adrenalina que atraviesa tu cuerpo en el mismo instante que sientes cómo levitas cual pluma, te hace olvidar que lo que haces está mal, aunque lo disfrutes cual chute de heroína. Solo me aliviaba saber que mi amor estaba lejos de aquí. Que no vería, con sus propios ojos al menos, la clase de persona que era en realidad y nuestra vida era toda una pura farsa. Aun sabiendo que lo único puro, era mi amor por él. De eso no podía tener ninguna duda. Solo esperaba, llegado el momento, que él también lo pensara.

Muchas veces me planteé dejarlo por él. Pero ni su amor se comparaba con la droga que parecía inyectada en mi sangre al delinquir. Me gustaba ser mezquina y hacer sufrir. Y por más que lo niegue, el único fallo que cometí, fue enamorarme. Se convirtió en mi debilidad desde que lo vi en aquella discoteca. Con su pelo prolijamente peinado acorde con su recortada y perfecta barba. Haciéndolo parecer sexy, atractivo... ese hombre tenía mi nombre grabado por todas partes y no paré hasta conseguirlo. Era mío y seguiría siendo así hasta el final de mis días.

Pero la mentira me consumía. Mi segunda vida se comía a la que tenía con Jeremy. Mi querido Jeremy. Daría lo que fuera porque nunca se enterara de lo que soy en realidad. Pero ya era demasiado tarde. En cuanto supieran donde estaba el dinero, se acabó.

Agua helada cayó encima de mí, haciéndome despabilar y chillar ante la impresión. Por un momento pensé que me ahogaba, de tan grogui que estaba.

—Te encantará saber que tu querido amorcito nos dará lo que tú te niegas a darme. Nunca debiste meterte conmigo, Camila. ¡Ese golpe era mío, maldita sea! —una bofetada me hizo volver la cara y gruñir ante el escozor. Suerte tenía el muy malnacido, de que estuviera atada. Si no, ya sería carnada

para los buitres.

—Mi marido no está aquí... —escupí mirándolo con rabia.

Su sonrisa me dio un escalofrío.

—¿Quién te dijo tal cosa? ¿él? pues déjame decirte que tu querido maridito, está de camino y con mi dinero en mano. El muy imbécil se cree que te dejaré con vida aun trayéndome ese dinero. ¡Ja!

Empecé a marearme en cuanto digerí sus palabras. Mi marido estaba aquí. Eso significaba que no había salido del país. ¿Por qué? Yo misma vi como el tren se alejaba con él, antes que los piratas me cogieran.

—Ya tendréis tiempo de hablar, querida. Cuando venga, haré una excepción y os mataré juntitos. ¿Te parece?

—¡Hijo de puta! —grité haciendo el amago de levantarme, pero las cuerdas no me permitieron más que hacerme daño en las muñecas.

—Lo sé... por puta la maté.

Y se carcajeó mientras se iba de la habitación en donde me tenía retenida. Por una vez en mi vida sentí miedo. Por una vez pude experimentar lo que se siente y juré por dios que no había peor manera...

Jeremy

19:32 hrs

A duras penas pude llegar a pocos metros del rancho que me dijeron, puesto que, al salir de casa, por lo menos veinte patrullas esperaban por mí. Seguro ahora era junto con ella, el criminal más buscado. Y llegados a este punto no hay cosa que me dé más igual. Tuve que marearlos, hacer que me perdieran la pista o Camila estaría muerta. Y viendo como aquella luz parpadeante me hacía burlas, no sabía si reír o llorar.

Tenía menos de dos segundos de margen para sacarnos de allí antes de que se dieran cuenta del dinero falso. ¿Pero cómo? ¿Y si ella estaba encadenada? ¿Y si la tenían en una habitación subterránea donde no había escapatoria? Todo aquello era una locura.

Dejé caer mi frente en el volante, cerrando los ojos durante unos segundos. Sintiendo como la agonía de saberla muerta hicieron que dos lágrimas se escaparan, desatando la tormenta de mi interior.

Lloré como un niño, encogido y herido.

Recordando los primeros años de noviazgo. Éramos simples niños jugando a las casitas. Y por más que me dijera que éramos demasiado jóvenes, no me arrepentiría de cada segundo vivido junto a ella.

—¿Sabes...?

Ella se acomodó en la toalla, de tal manera, que el sol se proyectaba en sus mechones negros, su piel blanca estaba un poco enrojecida ante la exposición a los rayos solares y vi cómo mis dedos, inconscientemente, acariciaron su piel tornándola de gallina.

Ella sonrió y se pegó más a mí.

—Dime... —contesté al rato, viendo su impaciencia.

—Quiero tener millones de bebés —había dicho, yo simplemente sonreí ante tal descabellada idea.

Éramos unos adolescentes descubriendo el cuerpo del otro por primera vez, y ella ya estaba pensando en tener niños.

—Estás loca... —había comentado yo sin ser consciente de que en un futuro me podría arrepentir de ello.

—No estoy loca —rebatí cual niña pequeña golpeando mi brazo—. Quiero tener dos hijas y tres hijos. Si quieres uno de ellos con tu nombre, los

demás serán nombrados por mí.

Se volvió a poner con la espalda pegada a la toalla y cerró los ojos con una sonrisa. Y entonces en ese momento me propuse hacerla feliz y darle todo lo que ella me pidiera si eso hacía que sonriera de aquella manera.

—¡Maldita sea! ¡maldita sea! ¡maldita sea! —maltraté el volante dejando salir todo aquello de mi interior que me estaba matando.

El recuerdo de ella me hacía escocer el corazón y casi creí notar como se me encogía hasta desgarrarme las arterias. No pude darle los hijos que ella quiso tener. Aquella noticia aun sabiendo que le cayó como una bomba, solo sonrió ocultando su tristeza. Por mí... por no hacerme sentir más mal de lo que ya estaba por ello. ¿Cómo podría un ser tan hermoso y bueno, ser una vil asesina? ¿Cómo?

Un murmullo lejano, como de un zumbido de abeja se tratara, me hizo desviar la mirada hacia mi móvil que parpadeaba en el asiento pasajero. El nombre que allí titilaba, pareció reírse de mí. No sabía si cogerlo o no, puesto que la persona la cual mi móvil identificó no era otra que Camila.

Con dedos temblorosos y aún con las mejillas húmedas, toqué la pantalla y la llamada se descolgó, haciéndome escuchar su voz entrecortada.

—¡Jeremy! —dijo en voz baja con un deje de desesperación.

—Camila, ¿Dónde estás? —El miedo estaba impreso en mi voz junto con la rabia retenida—. ¿Quién coño son los que te tienen y por qué mierda no me dijiste que eras una puñetera criminal? Cariño te juro que si no estuviera tan acojonado, te daría de azotes hasta sacarte la tontería.

El silencio hizo acto de presencia y me creí morir. A punto estuve de pensar que le habrían pillado hablando por teléfono conmigo.

—Por favor, escúchame —dijo luego de unos segundos haciéndome suspirar y soltar más lágrimas de alivio—, no tengo mucho tiempo.

—Pero Camila...

—¡Escúchame maldita sea! —exclamó haciéndome saltar en el sitio—. Tienes que ir a la casa de Melanie y Jorge.

—¿Tus padres? Pero Camila, quedé con entregarle a...

—No tienes ese dinero, ¿qué se supone que vas a entregarles? —gruñó en reprimenda. Un sonido metálico se escuchó y su respiración se volvió irregular—. Ve, Jeremy. Ellos te dirán que hacer —susurró antes de que la línea se cortara.

—¿Camila? ¿Hola? ¡Me cago en la puta! —tiré el móvil hacia el asiento y

antes de pensármelo o arrepentirme, hice rachear el coche levantando grava y tierra poniendo rumbo a la ciudad, de nuevo.

20:03 hrs

La puerta se abrió dejando paso a mi suegra, la cual tras meter un mechón de su pelo rubio tras la oreja, me dejó pasar no muy cómoda con mi presencia, a decir verdad. Estaba tensa y su sonrisa permanente hoy ya no la tenía pegada en su rostro como de costumbre.

—Jorge, Jeremy está aquí.

El hombre robusto que tanto me amedrentaba de joven, se levantó de su sillón tras hacer una mueca de disgusto y soltar un largo suspiro.

Ambos me miraron como si yo tuviera las respuestas del porqué de todo.

—Supongo que ya lo sabes todo... —habló Jorge rompiendo el silencio.

—¿Que su hija es una criminal? ¿O la parte de que me ha engañado todos estos años sin una pizca de remordimiento?

—Hijo...—suspiró el hombre rascándose la cabeza.

—Démosle el dinero y que se vaya a buscarla. Después de eso tendremos que irnos de aquí cuanto antes —dijo Melanie imperturbable haciendo que su marido asienta conforme.

—¿Tenéis el dinero? —me atreví a preguntar. La verdad es que no sabía qué pensar al verla tan “normal” teniendo a su hija secuestrada.

—Sí —dijo sin decir nada más antes de salir del salón.

—Todo saldrá bien... —asintió Jorge dándome una leve palmada en el hombro.

—¿Cómo pudisteis ocultármelo? —no pude reprimir el reproche en mi tono. Me sentía engañado tanto por la mujer que creía conocer de toda la vida y por ellos.

—Muchacho, hay cosas que es más conveniente dejar oculto.

—¿De mí?

—Sobre todo de ti... ¿hubieras seguido con Camila si hubieras sabido lo que era?

Resoplé y me alejé de él sin querer la cercanía de un hombre que siempre creí como mi segundo padre.

—¿Es en serio? —le reproché realmente dolido por eso—. Lo dices como si lo que hiciera fuera una enfermedad incurable, y sí tiene cura, Joder.

—Hay gente que lo necesita... —se encogió de hombros como si fuera cosa de todos los días.

—¿Ahora me dirás que vosotros dos también sois asesinos? ¿ladrones?

Hizo una mueca y me abstuve de seguir preguntando. No sabía si podría aguantar tanta información de golpe. Mi suegra volvió cargando dos grandes bolsas de tela negra. Era todo tan surrealista y de película que a punto estuve de soltar una carcajada.

—Aquí tienes, nosotros haremos las maletas. He visto a las patrullas merodeando por aquí y no quiero sufrir riesgos. —su mirada acusatoria cayó sobre mí haciéndome dar un paso atrás.

—Tuve que hacerlo... —intenté defenderme.

—¡Te dijimos que no lo hicieras! —Chilló ella de vuelta—. Deberías habernos hecho caso.

—Coge el dinero, chico. En cuanto esto acabe espero que sepas como seguir desde ahí.

Y después de decirme aquello, que más bien me dejó más lelo de lo que estaba, se fue y mi suegra me señaló la salida. ¿Qué demonios ha pasado con mi vida? Primero mi mujer una criminal, segundo mi suegra, el alma de las fiestas y la felicidad personificada, me trataba como si no fuera más que un inútil; y tercero y no menos importante, ¿Cómo se supone que seguiré viviendo tal como si nada, después de descubrir tal cosa?

Salí de aquella casa con el alma por los suelos y con ganas de tenerla ya conmigo. Por mucho que mi moralidad me dicte que no está bien que siga adelante, mi corazón aún sigue viviendo por ella, mi cuerpo sigue anhelando su tacto y todo mi ser me gritaba a viva voz que fuera a por ella para llevármela lejos de todo.

20:57 hrs

Abro los ojos dejando atrás al aturdimiento que me envolvía. No sé qué demonios pasó o si en realidad estoy despertando de la pesadilla que creí vivir. La luz me cegó por lo que volví a cerrar los ojos. Si todo había sido un sueño, significaba que mi mujer no era una prófuga y que dentro de no sé cuánto, tendría que irme de viaje.

Pero lo primero que haría, al despertar, sería anularlo, ya que no tenía la mínima gana de irme lejos de mi mujer ahora que ha vuelto a renacer en mí aquella necesidad imperiosa de tenerla cerca. No cuando lo que más ansío es besarla hasta el cansancio y follármela hasta dejarla inconsciente. Por qué sí... tenía ganas de hacérselo duro y salvaje, perlando nuestra piel de sudor y éxtasis...

Gemí cuando noté como mi sexo revivió entre las sábanas y me intenté girar en la cama para buscarla, pero algo me impidió moverme...

Y entonces abrí los ojos encontrando la luz demasiado cegadora como para hacerlo. Pero estaba atado de pies a cabeza y la desesperación y el agobio volvieron cual balde de agua fría para mis sentidos...

Miré de un lado a otro, distinguiendo entre la nebulosa confusa en donde me encontraba, una pequeña habitación que no tenía más que paredes y suelo. Me giré al notar movimiento a mi izquierda y me petrifiqué.

Camila estaba allí... observándome como si tuviera miedo a mi sola presencia.

—Camila... —susurré aún sin creerme que estaba allí.

Tras su pestañeo, dos lagrimones se desbordaron de sus ojos y ahogó un sollozo tras la tela sucia que tenía de mordaza. Su pelo negro alborotado y sus ropas echas girones, aún sin dejar al descubierto zonas verdaderamente íntimas, me hicieron hervir la sangre. Y no de una buena manera como segundos antes.

—Pequeña, te sacaré de aquí... —susurré sintiendo mi garganta demasiado seca como para hablar muy alto—, no sé lo que ha pasado ni como coño acabé aquí maniatado, pero en cuanto me suelte nos sacaré de este lugar. Solo tengo que darle el dinero y nos iremos, preciosa. —no sabía a ciencia cierta si mis palabras en vez de tranquilizarla le estaban poniendo peor. Ya que no dejaba de llorar en silencio.

Las ganas de abrazarla y calmarla me pudieron y haciendo el inútil intento de soltarme, caí al suelo dándome un fuerte golpe en el hombro. Ahogué un grito, gruñendo en su lugar.

La puerta se abrió haciendo un ruido sordo al chocar contra la pared, y pude ver cómo hilos de polvo y tierra caían de la carcomida madera del techo.

—Al fin despertaste...

Aquella voz sin distorsionar parecía incluso más escalofriante si cabía. Intenté verlo, mas no pude al estar completamente nulo e inmovilizado tal y como caí a los pies de Camila. Me fijé en la madera vejada de la silla que la sujetaba, subiendo por las patas llenas de telas de araña y vi como en sus manos apretadas se vislumbraba la esquina de su teléfono móvil y algo afilado que sujetaba contra, la ya hilachada, cuerda.

Entonces caí en la cuenta de cuando ella me llamó y de la locura que cometió al hacerlo viéndose gratuitamente expuesta a una muerte segura.

Igual que la locura que intentaba cometer al deshacerse de sus ataduras. ¿Qué pensaba hacer después? ¿Enfrentarse a todos ellos...?

Gruñí cuando fui incorporado haciendo que mi brazo, ahora supe dislocado, colgara de mi hombro cual títere. Si antes tenía pocas posibilidades de poder deshacerme de las gruesas cuerdas con dos manos, ahora con una, no había ni una remota posibilidad.

El hombre frente a mí se acuclilló quedando a mi altura y el conocimiento llegó con una ráfaga de nítidas imágenes retrasmitidas unos meses atrás por la televisión.

—Camila quieres hacer el favor de apagar la televisión y disfrutar de tus vacaciones... parece mentira que fueras tú la que dijo de venir a esta isla y ni siquiera te has dignado a darte un baño en la piscina.

Ella siguió en su nube, viendo con verdadera atención el canal de noticias sin siquiera subir el volumen. Puesto que me había oído claramente, no hizo el intento de escucharme.

Resoplé y agarré el mando con la intención de apagar el maldito cacharro, unos segundos después de escuchar de forma susurrada el nombre de un preso que consiguió escapar poniendo en alerta a todo el país.

—Lucas Cárdenas...

El susodicho rió y palmeó mi cara como si me diera la enhorabuena por traerle un puto hueso. Una pistola descansaba en su muslo flexionado, y tragué saliva.

—Muy bien, niño bonito... muy listo tú, aunque yo diría que demasiado listo... —su sonrisa se fue — ¿Dónde tienes el dinero?

—Antes tienes que dejar que se vaya...

—No me hagas hacer lo que tengo en mente para obligarte por las malas...

Y vi cómo su asquerosa y mugrienta mano llena de tatuajes, se posó en el muslo de mi mujer haciendo que me tensara como una cuerda de guitarra. Sus dedos subieron hasta tal punto de llegar al sexo de ella sin que pudiera hacer la mínima cosa para impedirlo. Ella se zarandeó intentando apartar la mano intrusa que amenazaba con mancillarla, pero uno de los presentes, el cual reconocí al ser uno de los que la secuestraron, la agarró de los hombros inmovilizándola y dándole rienda suelta al malnacido que se atrevía a tocarla.

—Como no saques esa mano, te mato...—murmuré entre dientes,

apretando la mandíbula hasta tal punto que casi se rompe a pedazos.

—Me dirás dónde está el dinero o me la follo delante de tus ojos y luego le rajaré ese precioso cuello de cisne que tiene... —amenazó ahora acariciando la costura de su pantalón rozando su zona íntima.

Camila pateó en un débil intento de hacer que las cuerdas que sujetaban sus piernas cediesen, pero fue en vano.

Yo me sentía igual de inútil o más, me dolía el maldito hombro y aunque intenté moverlo, sentía como si se me desgarrara el miembro hasta el punto de temer que se desprendiese de mi cuerpo.

El imbécil seguía acariciándola, ahora a su pecho derecho sobre la fina tela de su blusa.

—¡Te lo diré, maldita sea! ¡Vete a joder a una de tus asquerosas putas y deja a mi mujer! —La silla hizo un crujido ante mis movimientos haciendo que una de las patas se partiera y volviera a caer sobre mi hombro—. ¡Mierda!

Un coro de risas y una patada en el estómago fue lo último que sentí antes de ver como mi mujer con habilidades, cual ninja, se desataba y reducía en mierda a aquel hijo de puta. El dolor punzaba por todo mi cuerpo haciendo casi imposible la acción de ver nítido. Escuchaba su voz a lo lejos y en un momento de lucidez pude ver como el cuerpo del secuestrador y el de uno de los secuaces, caían al suelo, muertos.

—Jer... ¿Jeremy, estás bien? —sus suaves manos ahora pegajosas por la sangre que las manchaba, acariciaron mi cara con ternura haciéndome verla a los ojos. Me sentí como embrujado, hechizado. Tenía los ojos dilatados, gotas de sangre manchaban la piel blanca de su mejilla izquierda y me sentía totalmente atraído por ella.

¿Qué coño me estaba pasando? ¿Por qué en vez de querer salir corriendo, me entraron ganas de follármela hasta dejarla sin sentido? Hasta hace escasos minutos, me aterraba la sola idea de mi mujer haciendo cualquier fechoría, y ahora la hacía parecer prohibida, insinuante, atractiva y malditamente sexy.

La forma con la que ha sacado la mierda a aquellos tipos, que bien le sacaban tres cabezas, hicieron a mi corazón bombear de una manera peligrosa. Y ahora todo mi cuerpo hormigueaba y aún dolorido, quise tirarme a su cuello y devorarla.

Ella me desató con destreza y habilidad y por momentos mi cuerpo se ponía más caliente y febril.

—Quiero besarte... —Susurré observando cómo sus gruesos labios me

atraían cual polilla a la luz.

Capté su sonrisa antes de que aquel manjar envolviera mi boca haciéndome jadear y vibrar. Con mi brazo sano, agarré un puñado de su pelo atrayéndola hacia mi cuerpo y haciéndola caer encima de mí. No podía dejar de saborearla y de querer hacerle de todo. Supuse que sería la adrenalina y el morbo que aquella escena me producía.

Ella gimió en cuanto notó como de excitado estaba y soltó mi boca haciéndome quejar.

—¿Q-qué haces?

Gruñí antes de atraerla de nuevo a mis labios. No sabía cómo hacía eso de cambiar su personalidad así de fácil, pareciendo una delicada gacela atrapada en las garras de un león, cuando minutos antes había destrozado a tres tipos sin siquiera hacer una mueca.

Jodidamente me ponía eso. Y no sabía por qué, pero lo hacía.

—Eres tan malditamente sexy... —ronroneé lamiendo la salinidad de su cuello.

Sus pequeñas manos agarraron mi pelo y arañó mi cuero cabelludo haciéndome erizar. Aquello era una puta droga. Nunca fuimos así de rudos, siempre intenté tener cuidado con ella, tratándola como un frágil cristal el cual creí que se quebraría en mis manos. Pero al ver la fuerza que emanaba de su pequeño y curvilíneo cuerpo, me hizo perder el miedo de golpe. Quería destrozarla, hacerla gritar y arder al punto de ebullición. Quería verla arqueándose, pidiéndome más...

Y estuve a punto de hacerlo si mi hombro no hubiera elegido ese momento para hacerme saber que casi estaba dependiente de mi cuerpo.

—Tengo que colocarte el hombro... —dice ella suavemente acariciando la zona antes de que con un certero y doloroso tirón, mi hombro volviera a su sitio.

Grité al sentir como si me desgarraran el brazo para después notarlo laxo y cansado. Jadeaba y transpiraba y la excitación quedó olvidada a un segundo plano. Por lo menos hasta que sus manos volvieron a estar en contacto con mi piel y sus ojos viendo los míos.

—Tenemos que irnos... ¿Dónde dejaste el dinero?

Parpadeé un par de veces, aturdido, antes de siquiera poder abrir la boca.

—Lo escondí, tenía que tener una garantía de que estarías viva antes de que se salieran con la suya. No sabía si...

—¿Dónde lo tienes, Jeremy...? —Dijo con impaciencia cortándome a

media frase—tenemos que destruirlo y huir.

—¿Qué? Pero como nos vamos a ir y a donde... Camila...

—Si realmente quieres seguir conmigo después de saber quién soy, tendrás que hacer lo que te digo sin rechistar.

Y me callé para después hacer lo que aquella mujer me dijera.

22:05 hrs.

El crepitar de las llamas entre la maleza y el calor sofocante junto con el fuerte olor a humo, me tenían pendiendo de un hilo entre la cordura y la demencia. Me sentía perdido a la vez que demasiado vivo. Mi sangre corría por mis venas, impulsada por lo fuerte y rápido que tenía el pulso.

Miré mis manos, tiznadas y moteadas de sangre. Las mangas de mi camisa ahora casi destruida por todo lo acontecido y mis zapatos de firma arañados y hechos mierda... miré a mi derecha en el mismo momento en el que Camila agarraba el último fajo de billetes y lo lanzaba al infierno frente a nosotros, donde aún se vislumbraba los cuerpos inertes y casi carbonizados de los secuestradores.

Casi no habíamos hablado desde que salimos de aquel sitio alejado de la mano de dios. Solo arrastramos los cuerpos hacia mi coche y recogimos el dinero para después buscar un lugar donde poder deshacernos de todo.

No quería ni preguntarle de donde salió aquel dinero ni tampoco quería saber si ella conocía a aquellos tipos. Tenía la leve sospecha de que no era la primera vez que se veían. Pero siempre me quedaba la maravillosa incertidumbre en la que me encontraba. Prefería vivir en la ignorancia como hasta ahora, que saber a cuanta gente ha matado a sangre fría y de un solo golpe.

—Jer...

Su tacto llegó como un calambre, recorriéndome desde el antebrazo hasta la última célula de mi cuerpo. En algún momento, mi mirada volvió a perderse entre las llamas, donde un fuerte olor a carne asada me hizo casi echar la bilis.

—Siento que te hayas enterado...

Volví a observarla. Deteniéndome en cada centímetro de piel que componían su preciosa cara. Sus ojos estaban vidriosos y llenos de miedo. Pero el tipo de miedo que ella sentía, fue el que me hizo erizar de pies a cabeza. No tenía remordimiento alguno por lo que acababa de hacer, si no miedo a perderme a mí por hacerlo.

Y eso me tenía en el filo.

—Quieres decir que hubieras seguido ocultándomelo...

Sus ojos desviando la mirada me dio la respuesta.

—Simplemente cometí un error... esto no tenía que haber pasado. Tú no tenías que haber...

—¿Pero qué mierdas estás diciendo?! ¿Se supone que si me hubiera marchado hubiera sido mejor? ¿Cómo se supone que me hubiera sentido al haberme enterado de que mi mujer había sido secuestrada por un puto asesino! —mi cuerpo sobrepasó su altura haciendo que nuestros cuerpos se rozaran—. ¿Qué mierdas podría haber hecho tan lejos de ti? ¿Contéstame, maldita sea! —mi respiración agitada movía su flequillo y vi como su labio inferior empezaba a temblar.

—Solo no quise meterte en esto. —su voz acongojada y el llanto retenido, acabaron por destrozarme.

Abarqué su cara con ternura pero con cruda posesión.

—Soy tu marido, Camila. Tus asuntos son los míos. Si eres una puñetera criminal, tengo todo el maldito derecho de saberlo. ¿Cómo te sentirías si hubiera sido al revés?

Observé su tráquea, moviéndose e intentando tragar el nudo que se formó en su garganta. Sabía que no le habría hecho la mínima gracia, pero también sabía que no lo iba a reconocer.

—Tenemos que irnos... —dijo con determinación—. Si esto es un obstáculo o un problema para ti, eres libre de irte cuando quieras... solo tienes que decírmelo y desapareceré como si no me hubieras conocido.

Su frialdad me hizo soltar una carcajada a la vez que fuego arrasaba mi sistema.

—Sería malditamente fácil para ti ¿verdad? —ella me miró entonces. Su semblante cambio por unos breves segundos, que por poco, pude apreciar—. Sería demasiado fácil olvidar tantos años a mi lado, olvidando mis manos... —acaricié su mejilla haciéndola aguantar la respiración—, dejando atrás nuestras noches y días... las peleas y las reconciliaciones... nuestros besos después de un te quiero...—me acerqué a su boca acariciando levemente sus labios. Sus mejillas se drenaron de color al mismo tiempo en el que jadeó mi nombre en un susurro casi imperceptible—. ¿Olvidarías también de cómo se siente tenerme dentro de ti, Camila? De cómo tus suspiros me pertenecían... de cómo lo único que salía de tus labios era mi nombre.

Sus manos se hicieron puños en mi camisa. La ropa me quemaba la piel o

solo eran sus manos y su cuerpo que emanaba demasiado calor como para poder siquiera soportarlo. Pero era tal el magnetismo que sentía hacia ella, que lo que más deseaba, era achicharrarme y morir carbonizado.

—Para... —sollozó para luego atraerme hacia ella hasta tal punto de incrustarse en mi interior—, no digas nada más, por favor...

—¿Quizás no me amas, Camila...? ¿es eso?

—No te atrevas a dudar de mi amor por ti... —dijo entre dientes dejando salir su dolor en forma de lágrimas—. Si te lo eh ocultado ha sido para no meterte en ésta mierda...

—¿Y por qué no te vas de ella?

—Porque no puedo... —fue lo único que contestó antes de besarme.

Camila

23:05 hrs.

La noche estaba en todo su apogeo en el momento que cruzamos pasamos el cartel dando la bienvenida a la ciudad de al lado. No sabía hacia donde ir y era la primera vez que eso pasaba. Miré a mi derecha donde Jeremy caminaba junto a mí, en silencio.

No hubiera sabido que hacer si él me hubiera dejado en el momento en el que se lo propuse. Estuve tentada a ponerme de rodillas y suplicarle que se quedara conmigo. Me moría de miedo solo de pensar que no lo tendría más a mi lado. Sin poder besarle o tocarle...

Y pensar que ayer mismo estaba deseando que se fuera, para poder pegar el golpe de mi vida...

Aparté las lágrimas que nuevamente estaban entorpeciendo mi visión y me intenté relajar. Momentos antes habíamos hablado acerca de toda la mierda que me acompañaba. No sabía a ciencia cierta qué sentía al respecto. Pero estaba allí aún, eso es algo ¿no?

Le conté que Melanie y Jorge no eran mis verdaderos padres, solo una pareja de timadores que nos encontramos hace años de casualidad y nos volvimos familia. Fue una buena cuartada, la verdad. ¿A quién se supone que le iba a presentar como mis padres? Esos sucios perros que me abandonaron como si fuera una cosa insignificante, en el fondo de un contenedor de basura con apenas tres meses de nacida.

Por lo menos eso fue lo que me contaron...

Suspiré.

Tenía que conseguir algo de dinero para hacernos desaparecer a ambos. Y vi como mi primer objetivo entraba justo en frente, en una gasolinera en mitad de la carretera, montado en un Ferrari.

Era momento de actuar.

23:33 hrs.

—¿Dónde vas?

Jeremy me miró con ojos llenos confusión en el momento en el que apresuré mis pasos entrando en el recinto de la gasolinera.

—Jer, necesitamos un coche y algo de dinero.

En cuanto solté aquella frase, el pánico se reflejó en toda su cara, haciéndolo parar de golpe.

—¿Qué tienes pensado hacer aquí? —miró de un lado a otro reconociendo el estacionamiento—. ¿Vas a robar en una gasolinera?

—No, Jer... el tipo del Ferrari que está justo en frente, acaba de entrar en la tienda. En uno de los compartimentos, hay una caja fuerte y de seguro hay dinero suficiente para empezar. Y el Ferrari nos vendrá bien... —oculté la emoción que me producía pensar en conducir aquella bestia negra.

—¿Cómo sabes que tiene una caja fuerte? —sonreí cual idiota al verlo tan descolocado.

—Jorge era un apasionado de los coches de alta gama, sabe cada tornillo y rosca que lo componen y me lo enseñó a mí.

—Y si necesitábamos dinero... ¿por qué lo quemamos todo?

—No eran Euros, Jer... eran dólares, por lo que levantaría sospecha que dos individuos fueran a un banco a cambiar cuarenta millones, así como así. ¿No crees?

Pestañeó con fuerza como si no se creyera lo que le decía.

—¿C-cuarenta... millones?

Sonreí y negué con la cabeza en el momento que me preparaba para seguir. Jeremy me miraba tan fijamente que por un momento pensé que se había convertido en estatua.

—¿Qué tengo que hacer? —dijo después de tragar—. Nunca robé nada. Salvo un llavero en forma de bola de billar, cuando tenía diez años...

Reí sin poder evitarlo y me acerqué a él hasta quedar a la altura de su rostro y demasiado cerca como para resistirme de darle un besito pequeño.

—Tú solo observa y sé rápido. Lo demás lo haré yo.

—¿Coquetearás con el tipo, verdad? —su mandíbula se apretó y eso me

hizo que me debilitara y se me antojara comerlo allí mismo. En medio de la nada en la misma carretera donde nos encontrábamos.

—¿Estás celoso? —ronroneé.

—No es gracioso —gruñó—. Como vea que te pasas de la raya, juro que te daré de azotes hasta que te arrepientas...

Cuando volvió a hacer referencia a esos deliciosos azotes, no pude remediar decir algo al respecto.

—¿Sabes, amor...? —me acerqué a su boca sintiendo su pesada respiración en la mía—, me encantaría probar esos azotes de los que hablas... me tienes totalmente empapada, solo con pensarlo.

Antes de darle la oportunidad de hablar, empiezo a andar y le hago señas para que me siga.

—Que empiece la fiesta... —susurro fijando mi vista en aquella maravillosa máquina.

Jeremy

23:45 hrs.

—¡Hostia puta! ¡Wow!

Su risa se perdió entre el viento que azotaba nuestra cara. Era la primera vez en mucho tiempo que no me sentía tan vivo y excitado. Joder, podría gritar y hacerme escuchar por todo el jodido mundo, si no estuviéramos huyendo.

Aún puedo ver la cara del tipo en cuanto se vio estafado y engañado por el ángel oscuro que le cayó del cielo. Y es que con la manera con la que bamboleaba sus caderas y su cara angelical, podría hacer caer de rodillas hasta al mismísimo satanás. Ahora entendía por qué la conocían como ángel fugitivo. Mi ángel fugitivo.

—¿Cómo coño hiciste todo eso en diez minutos? ¡joder...! Aún no puedo creérmelo.

—Se llama experiencia... —dijo con arrogancia antes de soltar otra carcajada al viento.

Me quedé mirando su perfil, queriendo memorizarlo aun sabiéndome cada poro y peca de aquella piel tersa que arto estaba de tocar y besar.

00:00 hrs

Pasaron horas... o según el reloj, quince minutos, antes de que parásemos a pasar la noche en un motel de carretera. El tiempo pasaba lento aun sintiéndolo a la misma velocidad con la que iba mi sangre.

En cuanto estuvimos envueltos por la oscuridad y la privacidad que aquella habitación nos proporcionó, desenvolví su cuerpo cual caramelo, probando lamiendo y degustando como un adicto. Sus ansias y desesperación me hicieron enloquecer y sabía a ciencia cierta de que aquello iba a ser grande.

Sin necesidad de saber el futuro, sabía que acabaríamos desmayados en la cama en cuanto acabe con ella... o ella conmigo, por el camino que iba.

Su piel blanquecina, se enrojecía tras el paso de mis dedos. Mi boca no dejó ni un trozo que devorar.

Agarrándola del trasero la empotré contra la pared en cuanto no pude aguantar tanta suavidad y de una sola estocada la penetré como si no hubiera un mañana. Siendo el entrechocar de nuestros cuerpos y nuestros gemidos, la única música que se escuchaba.

Y después de los años, estaba en casa... malditamente, estaba en casa, por fin.

Fin

Señora.

(Introducción)

El timbre sonó haciendo eco en aquella enorme casa. Moli, sin ganas de atender a nadie siguió con su relajante y placentero baño. Pero aquel que llamaba, no desistió en su empeño, por lo que a regañadientes tuvo que salir de la bañera y envolverse en una bata de seda roja antes de ir a abrir a quién demonios sea.

Al encontrar la puerta de la habitación de su hija abierta, de camino al recibidor, supo que aún no había llegado de su salida con sus amigas.

—Mocosa desobediente —masculló con desagrado mientras se ataba el lazo de la bata que cubría su desnudez.

El timbre volvió a sonar haciéndola desesperar del todo. Quien quiera que sea, se merecía un trato hostil de su parte. Abrió la puerta al mismo tiempo que miraba su cuerpo, el cual gracias a dios estaba cubierto, mas no seco. La prenda de seda se le iba pegando a su piel dejando en evidencia alguna que otra zona.

Moli alzó la cabeza para ver quién se atrevía a perturbar su tranquilidad y poder decirle cuatro frescas. Mas no le salió ni media palabra.

Un chico de no más de veinte años, la miraba de arriba abajo, sin ningún tipo de pudor. Por lo que tuvo que abrazarse a sí misma para no evidenciar lo que su cuerpo experimentó gracias su impertinente mirada.

El muchacho como si saliera de un trance, sacudió su cabeza y frotó su oscuro pelo antes de mirarla con una sonrisa de disculpa.

—Emm... hola señora. Me llamo Francisco. Venía porque su hija me habló de que necesitaban a alguien que cortara el césped y cuidara del jardín.

—¿De qué conoces a mi hija? —si aquel era el nuevo novio de Marisa y lo de trabajar en el jardín era una excusa para poder follar como conejos, estaban muy equivocados.

—Bueno, vamos juntos a la universidad. Somos amigos y se enteró de que buscaba un trabajo. Ella solo me dijo que viniera a hablar con usted.

Y como si sus ojos tuvieran vida propia, volvieron a recorrer el cuerpo de la mujer con pericia. Sin vergüenza. Mas ella no se dio ni cuenta, al procesar sus palabras. Eran solo amigos. Pensó.

—Siento haberla sacado de la ducha. —asintió en reconocimiento mirando las zonas mojadas.

Moli sintió como sus mejillas se calentaban. Hacía años que no se ruborizaba y menos por un niño insolente, no iba a consentir tener a ese chico rondando por su jardín todos los días. Pero ésa vez, su mente no habló por ella.

—Ven mañana. Por la mañana y por la tarde. Si veo que tu trabajo es bueno permanecerás en él, si no, te marchas.

Por alguna razón, Moli no quiso que lo segundo se cumpliera. El muchacho era digno de admirar y si estaba cada día en su jardín, podría mirarlo cuando quisiera y gustara.

Francisco asintió y con una última mirada, se alejó hacia una brillante moto y se alejó después de colocarse el casco. Moli se quedó mirando la calle desierta por más de cinco minutos. Hasta que el aire le arreció la piel húmeda y tuvo que entrar a secarse y vestirse como es debido.

Mañana sería otro día con el cual tenía que lidiar.

Señora. (I)

Al día siguiente, Moli no sabía qué hacer para dejar de pensar en su llegada. Suspiró por enésima vez, cuando sus ojos se desviaron de nuevo al

gran reloj que presidía la sala. Eran a penas las ocho y su hija aún dormía. Sus clases no empezarían hasta dentro de unas horas, por lo que el muchacho tampoco lo haría.

Se sentó en la barra de desayuno y decidió que podría comer algo, mientras esperaba la llegada de él. Así que procedió a pelar una manzana, al mismo tiempo que el bendito timbre sonó.

Ya con la fruta más que olvidada, se levantó del taburete como con un resorte, pero cuando estaba llegando a la puerta, su hija ya estaba en ella abriendo y dándole la bienvenida con una gran sonrisa.

—¡Hola! —Saludó su hija con gran emoción. Vio como el chico la saludó de vuelta con un dulce beso en la mejilla.

No pudo retener la punzada de celos que le atravesó, en cuanto vio aquella muestra de afecto. Y se odió por ello, dándose cuenta de que de que sería inútil luchar contra un cuerpo joven y lleno de vitalidad. Se sintió enferma al compararse con su propia hija.

Ella era una señora, como bien el muchacho remarcaba cada vez que se dirigía a ella.

—Mamá... ¿estás bien?

Moli salió de sus pensamientos en cuanto la voz preocupada de Marisa, llegó a sus oídos y a sus pensamientos. Ella asintió sin dejar ver ningún sentimiento y se acercó al muchacho, para darle la información pertinente para que pudiera trabajar de inmediato.

—Sígueme —atajó con voz dura, pasando por su lado y bajando las escaleras con paso decidido.

Sus tacones resonaban en el camino empedrado que daba al cobertizo y sintió la presencia del chico de inmediato a su espalda. Por lo que sus nervios se crisparon al pensar que estarían solos en aquel abandonado y sucio cobertizo. Su mente divagó por diversas situaciones, las cuales más excitantes, con lo que podía hacer allí con él. No era ninguna santa y podría decir que aun cuando su marido vivía, le había dado más que placer.

Llegaron a paso ligero a aquel cuchitril lleno de polvo y mugre. Moli abrió la chirriante puerta y señaló el interior sin darle aún una mirada a Francisco.

—Ahí está todo lo que necesitas, hace tiempo que no se utiliza el cortacésped pero tengo fe de que aún funciona. También tienes toda clase de líquidos y fertilizantes para las flores y tijeras de podar.

—Sí, señora. —su voz destilaba diversión en cuanto dijo aquellas palabras.

Ahí fue cuando no tuvo más remedio que mirarlo. Tenía que dejarle en claro que a partir de ese momento sería su jefa y no iba a tolerar sus impertinencias.

—Mira chico...

—Francisco.

Tuvo que coger aire para no chillar de la impotencia.

—Francisco... —aceptó. Él sonrió enseñando sus blancos dientes. —No me gusta que se rían de mí, la próxima vez que vea cualquier atisbo de mofa al dirigirse a mí, estará en la calle. No soy una persona indulgente y mucho menos caritativa. Solo le estoy dando el trabajo porque yo no puedo encargarme del jardín. Así que haga lo que le digo.

El rostro del muchacho se puso serio de repente al escuchar sus duras palabras. No tenía que decir nada insultante para que solo con su voz hiriera a la gente.

Se quedó mirándola por lo que parecieron horas y pudo ver cómo los cachetes de la mujer se drenaban de un color rosa, más intenso que el colorete que usaba. —Es demasiado atractiva para tener un humor de mierda. —pensó Francisco mientras escrutaba su cara viendo cada detalle de ésta. Tenía que reconocer que Marisa había sacado la belleza de su madre, mas no la altanería.

—Muy bien señora, no volverá a pasar. Ahora si me disculpa... —señaló él el interior del cobertizo.

—Claro. Le diré dónde está cada cosa.

—No hace falta, yo lo buscaré. No quiero que se ensucie su ropa por meterse ahí.

Él la miró de arriba abajo, disfrutando de la vista que le daba aquella blusa escotada que ella llevaba y como la fada entubada se amoldaba a sus curvas. Pero por muy bien que le quedara el conjunto, lo único que quería era verla sin él.

—Deje de mirarme así. —tuvo que mirarle a la cara para saber a ciencia cierta si fue ella la que habló, su voz no salió igual que minutos antes. —Sígueme.

Y ella recuperada y altanera como siempre, bajó el pequeño escalón y anduvo con cuidado entre los chismes llenos de telarañas que allí se encontraban. Francisco la siguió en silencio, deleitándose con el movimiento de trasero que la señora llevaba delante de él. Parecía un degenerado y un perverso. Pero aquella creación de dios, le hacía pecar de eso, cada vez que

la tenía delante. Y eso que la conoció ayer.

—Aquí están los fertilizantes.

Francisco apartó la mirada de aquel culo que lo llamaba cual canto de sirena, y miró hacia donde ella le señalaba sin mirarlo. La señora se volvió a mover hacia la estantería y se puso de puntillas para ver más arriba donde unos botes de lo que parecía combustible, allí parecían llenos de suciedad.

—Esto es el combustible para el cortacésped, creo que tendrás suficiente para un par de días. Ahí está la tierra y algunos utensilios que te servirán...

Ella siguió con sus explicaciones pero él no pudo seguir el hilo de su conversación. Con cada movimiento que ella hacía, la raja de su falda se abría dejando ver el principio de unas piernas de infarto y el corte de las medias. Suspiró entrecortadamente cuando ella se agachó dejando ver su gloriosa retaguardia apuntando hacia él como una clara invitación. Su sexo se hinchó dentro de sus pantalones, causándole dolor al tenerlo apesado. Pero no tenía opción alguna con esa mujer. Parecía tan frígida y tan dominante que todo deseo por ella se veía en la obligación de esfumarse igual de rápido que apareció. Por lo que se tragó sus intenciones y prosiguió a seguirla y a escuchar todo aquello que le decía.

Moli a su vez, sentía la mirada de aquel muchacho, taladrando cada centímetro de su cuerpo. Sabía lo que hacía, y lo hacía, plenamente consciente de que causaba alguna reacción por parte de él. No es que quisiera meterse en sus pantalones, nada más lejos de la realidad. Era un niño a su lado. Ella era una adulta con una hija de su edad y no tenía la menor intención de relacionarse con un chico tan joven.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, pudo ver la mirada intensa que él le daba desde su posición. Había conseguido su propósito, excitarlo. Y podría sentirse orgullosa. Aún en sus cuarenta años, seguía siendo atractiva a los ojos de un hombre joven. Sonrió altanera y sin decir una palabra salió de allí, siendo un largo gruñido, lo último que escuchó de él.

Más tarde tendría una mejor vista del chico, desde su ventana, sudando bajo el sol de agosto.

Señora. (II)

Bajo el sol abrasador, Francisco empezó con ánimo lo que sería un duro trabajo. El calor pronto hizo que la fina camiseta de algodón se le pegara a la piel, causándole una asfixiante sensación de ahogo. Pero necesitaba el dinero, lo necesitaba costase lo que le costase y viendo la ostentabilidad y el aroma de aquella casa, su sueldo no sería poco. O al menos eso esperaba. Dios quiera que no tuviera que meterse bajo las faldas de aquella mujer para poder conseguir alguna propina extra.

Ese pensamiento le hizo curvar los labios en una sonrisa ladeada.

—¿Mamá?

Moli se sobresaltó soltando la cortina como si estuviera sujetando una bomba atómica y hubiera sido pillada por un agente de seguridad en el mismísimo aeropuerto. Su respiración se volvió jadeante y apoyó su palma en el pecho queriendo retener a su corazón de salir disparado.

Marisa abrió la puerta de su habitación y su sonrisa se fue un poco al verla con aquella cara de susto.

—¿Qué quieres, Marisa? —desvió la mirada y se puso a doblar una suave manta que ya estaba doblada, encima del diván.

—Pues... me voy a la facultad, tengo que adelantar un trabajo. ¿Estás bien?

Moli miró a su hija y le dio una sonrisa para tranquilizarla. Dios quiera que no se enterara de que llevaba observando a aquel chico desde que empezó con la tarea de arrancar malas hierbas. Y sin contar la de veces que inconscientemente se acarició los pechos y cerró los ojos muerta de deseo.

—S... sí. Estoy bien, tesoro. Solo... estoy muy aburrida en casa sola y...

Ella se acercó ladeando su cabeza y sonriendo con cariño a su progenitora.

—Echas de menos a papá...

Cuando los brazos de Marisa la rodearon se sintió la peor escoria. No echaba de menos al que fue su hombre, más bien ni se acordaba de él. Pero claro, no le iba a decir eso a su hija. Por lo que esa fue una buena excusa para alejarla del camino.

—Claro... —mintió tragando duro.

—Tranquila, ya queda menos para las vacaciones y estaré contigo más

tiempo.

—Por supuesto... —murmuró con un sabor un poco amargo.

—Voy a decirle a Fran que te eche un ojo ¿vale? En verdad te veo mala cara ¿has comido?

—Sí... vete tranquila.

Y sin más la alegría personificada de pelo rizado, salió de la habitación en un suspiro. Suspiro que Moli dejó escapar a su marcha. Quería quedarse a solas. A solas con él.

Las manos le temblaban al mismo tiempo que vertía el contenido de una jarra bien fría de limonada, en un vaso largo con dos cubos de hielo. Hacía un calor asfixiante y la casa parecía un horno. Pero por algún motivo no encendió ningún aparato de aire acondicionado para hacer algo al respecto con el sudor que perlaba su frente y hacía que la blusa de seda se le mojara y pegara al escote.

La puerta se abrió y sus ojos volaron hacia esa dirección con el corazón a mil revoluciones.

La cabeza del chico miró a ambos lados antes de dar con ella. Estaba empapado, como si hubiera salido de una piscina completamente vestido.

—Señora...

Su voz sonó pastosa, sexy y ronca.

Ella tragó y apretó el vaso y la jarra que aún sostenía. Se acercó a él trémula y deseosa de acortar distancias y el chico miró la bebida como si fuera el santo grial en manos de una diosa.

Una diosa sudada y con olor a frutas que lo hizo volver loco por un breve segundo.

—¿Es para mí?

—Sí. —pudo balbucear entre tanto olor masculino derrochado por doquier.

—Gracias... señora.

Su mano caliente, sucia y grande, agarró el vaso llevándose también los dedos de Moli. Cuando ella retiró su mano, él alzó el vaso y sin dejar de mirarla se empinó la bebida tragándosela en un par de tragos, dejándolo vacío. Salvo un par de gotas que chorrearon por la piel de su mejilla, salpicada por un poco de barba oscura y desembocando en el cuello de su camiseta.

Moli mordió su labio tan fuerte que creyó degustar la sangre en su lengua,

más no le hubiera importado menos.

Francisco miró a aquella mujer como un león hambriento. Deseoso de hincar el diente a una indefensa gacela. Pero bien sabía que aquella mujer de indefensa no tenía nada. Se acercó sin poder evitarlo, haciendo que la espalda de ella chocara con la pared y el espejo. Dejó el vaso en la mesilla del recibidor, provocando que ella diera un suspiro creyendo que su tacto llegaría. Eso lo hizo sonreír interiormente.

Se acercó un poco más, siendo consciente de que estaba poniendo en riesgo su trabajo y sus bolas. Esa mujer era de armas tomar y lo mismo te daba un refresco que... te dejaba estéril de un puntapié con uno de aquellos bonitos zapatos que adornaban sus pies.

Pero Moli estaba tan aturdida que no hubiera sido capaz ni de levantar un dedo. Su espacio era consumido solo por él, su cuerpo, su rostro... el calor y el olor que desprendía aquella piel bronceada bajo el sol. Cerró los ojos cuando estuvo demasiado cerca y jadeó cuando notó un leve roce en su pezón izquierdo. A lo mejor fue una alucinación de su parte o de verdad fueron los dedos del chico que igual de hipnotizado que ella estaba a punto de caer en el infierno.

—Será mejor... —tragó saliva intentando no gemir —...Que vuelvas al trabajo.

Y como si una bofetada hubiera impactado en su jodida cara, Fran entendió que no iba a llegar más lejos desde ahí. Pero antes de alejarse por completo, se deleitó durante unos brevísimos segundos a aspirar el aroma de su cuello, pasando la punta de su nariz por aquella piel marmolada y virginal, cálida y débil donde su pulso latía con furia.

Segundos que pasaron como horas para ella. Que si él no se hubiera retirado del todo, hubiera perdido la compostura.

Compostura que deseaba más que nada perder.

No podría aguantar mucho más. ¿Cómo hacerlo de todas maneras? Cómo si cada vez que la veía era una clara invitación a ser mordida, lamida y chupada de los dedos de los pies, hasta la última hebra de su pelo chocolate. Cómo jodidamente podría mantener las manos quietas cuando sus curvas y su olor hacían que su polla se hinchara y pareciera un puto palo cada vez que estaba a dos metros.

Hincó la pala en la tierra con rabia y enfado. Rabia por no ser capaz de volver allí y comérsela y enfado por pensar más con la polla que con la

cabeza. No sabía dónde se había metido. No sabía que iba a ser tan difícil cuando Marisa le había comentado lo de trabajar en su casa. Solo había tenido en la mente poder ver el culo de la pelirroja, andar de aquí para allá. No el culo de su madre. —Joder... — maldijo hincando de nuevo la pala.

Un repiqueteo de tacones se escuchó acercándose lentamente a donde él estaba y se tensó con la pala a medio camino de volver a introducirse en la tierra.

Hasta pensar en la palabra introducirse, pensamientos indecentes, de él introduciéndose en ella una y otra vez lo hicieron gruñir bajo.

—Voy a salir. En cuanto termines, puedes marcharte. —la voz de Moli volvió a su tono de siempre.

Cosa que no le hizo tanto bien a Francisco, que se recolocó el paquete delante de sus ojos sin ningún pudor.

Moli carraspeó y ahuecó su pelo prolijamente enredado en un moño desordenado. Cualquiera diría que no se había peinado, él pensaba que estaba justamente como alguien que acaba de tener un buen y maravilloso polvo.

Y si ese aspecto es el que tenía, juró hacerla suya costara lo que costara.

—Sí, señora.

Ella asintió y con un determinado bamboleo de caderas y pisando con seguridad, se metió en su coche y se fue.

Por fin, pudo respirar y no estar constantemente alerta, por la presencia de aquella mujer a tan poca distancia. Dios sabe lo que hubiera pasado si un segundo encuentro se hubiera producido entre ambos.

Señora. (III)

—Oh dios... mmm...

Su cuerpo se arqueó como una bella guitarra siendo acariciada por sus manos, el suave bello de su piel se erizó creando una textura agradable en sus dedos. Dedos que no se cansaban de recorrer cada centímetro y milímetro de ésta. Su sexo empapado acogía su miembro con fuerza, absorbiendo todo lo que éste quisiera darle y más. El sudor estaba presente en su cuerpo como una fina capa de seda transparente, brillante. Sus manos cogieron ese firme culo con fuerza, atrayéndola hacia él con ímpetu. Haciéndola retorcerse y deshacerse como azúcar en la lengua.

Ella gemía y él jadeaba por el esfuerzo. Sus partes chocaban, embistiendo con ganas haciendo que la cama golpeará con la pared hasta casi hacer un agujero en ella.

Estaba a punto de colapsar. Lo sabía.

Las uñas de ella arañaban las sábanas, su espalda. Y chillaba entre cada acometida pareciendo como si fuera a morir y renacer al mismo tiempo. Florecía.

El sol iluminaba y sus ojos se abrieron haciendo desaparecer todo. A ella.

Francisco se irguió en su cama con la respiración pesada por el sueño o la pesadilla. No sabía muy bien cómo interpretar aquello. Miró por todos lados buscando. Buscándola. Mas no encontró más que sus cosas, libros tirados por el suelo y escritorio de su nefasto intento de estudiar durante la noche; ropa tirada por el suelo y colocada de la silla. Revistas de mujeres desnudas y despampanantes encima de su mesilla. Todo estaba en su imperfecto orden menos él. Que aún seguía con ese anhelo de volver a ese momento donde se follaba con ardua pasión a aquella mujer que lo volvía loco. Aún seguía escuchando sus suspiros, jadeos y gemidos en aquella vacía habitación.

Se revolvió el pelo en un inútil intento de hacer desaparecer esa sensación. Y por si fuera poco una gran tienda de campaña formada en su entrepierna, hacía imposible su intento de olvidar.

—Genial...

Por algún motivo ésta vez le dio demasiada flojera hacerse una paja mientras visualizaba algún que otro flash de esa ficticia escena. Por algún

motivo no le vio sentido a darse placer y ser un inútil sueño lo que le hiciera correrse.

Quería ver su corrida en los pechos de ella, esparcirlo por sus firmes y rosados pezones hasta que se corriera del gusto.

Solo de pensarlo su polla se movió por impulso. La deseaba. La deseaba jodidamente mal.

Moli no había dormido tampoco demasiado bien. Y todo se debía al chico que ocupaba su mente la mayoría del tiempo. Marisa empezaba a sospechar que algo les ocurría ya que tanto Francisco como ella se comportaban muy extraño cuando estaban en la compañía del otro.

De alguna manera se sintió enferma por no saber llevar mejor la situación por la que estaba pasando. Y es que no era fácil. Hacía una semana que aquel “encuentro caliente” entre ambos sucedió. Toda una semana, siete días. Y no quería ni ponerse a pensar en las horas.

Todo estaba mal. Viera por donde lo viera. Era un niño por el amor de dios. Un niño que tenía las hormonas revolucionadas y por muy vergonzoso que fuera, ella también parecía una maldita adolescente.

Su sexo palpitaba cuando él hacía cualquier ruido o solo con su voz cada vez que la llamaba señora. Soñó incontables veces con esos labios besando los suyos, y no solamente los de su boca. Sabía perfectamente que eso estaba mal. Pero al menos se tranquilizaba al pensar que él era mayorcito para saber lo que hacía y lo que no. Pues por lo que fuera, pasaba algo entre ambos, no tendría que pensar en ser detenida por asalta cunas. Aunque aun así, ella misma se sentía así.

¿Qué pensaría su hija de ella?

—¿Serás puta?

Aguantó la respiración y miró a la entrada donde su hija había acabado de llegar. Ella reía y hacía malabares con su mochila a cuestas para cerrar la puerta. Se dio cuenta de que ese apelativo no iba dirigido a ella, precisamente. Estaba hablando por teléfono.

Eso le hizo respirar de nuevo con más normalidad.

Marisa colgó y se acercó a ella con la intención de saludarla con un beso en la mejilla. Ella tan feliz como siempre se sentó en la banca y empezó a comer con ganas el plato de pasta que le había preparado, previamente, unos momentos antes de que llegara.

Comieron en silencio teniendo especial consciencia como el tiempo

pasaba. Y es que el tic tac del reloj de cuco que colgaba de la pared, parecía estar en su contra sonando cada vez más y más fuerte.

—Fran me dijo que hoy no vendría a trabajar.

El tenedor se quedó a medio camino de su boca. Y tuvo que reprimir las ganas de golpear la mesa con los puños.

—¿Y eso por qué? —siguió comiendo como si no tuviera la garganta cerrada y la boca igual de seca que un zapato.

—Está resfriado. —la miró al mismo tiempo que ella alzaba sus hombros. —Me mandó un mensaje, si quiera fue a la universidad hoy.

—Bien...

Pero no estaba bien. No cuando lo que más deseaba era poder verlo aunque sea a través de una puñetera ventana. Pero tenía que resignarse. El chico estaba enfermo. Y al contrario de lo que la gente pensaba, no era una perra sin sentimientos ni escrúpulos.

Pero le jodía no poder admirarlo mientras trabajaba en su jardín. Y por otro lado, no había visto su jardín tan bonito como ahora lo hacía. El césped recién cortado, las flores nuevas, reimplantadas donde antes descansaban las mustias, los arboles revivieron como si les hubiera dado una bebida energizante. Todo estaba más vivo y colorido.

Hasta ella misma.

De pronto tuvo miedo. Miedo de que el chico se haya cansado de trabajar para una amargada y frígida que solo hacía darle órdenes, dándose aires de suficiencia. Harto de tener a una vieja babeando por él a cada rincón de la propiedad.

Un sudor frío le subió por la espalda y se levantó con la intención de encerrarse en su habitación y no salir en lo que quedaba de día.

Por la noche hubo tormenta.

La lluvia repiqueteaba en la ventana del baño, siendo el objetivo que encontraron sus ojos para quedarse embobados, mientras su mente seguía pensando en blanco.

Un relámpago iluminó el cielo oscuro a la vez que el timbre sonaba.

Pestañeó creyendo que lo había imaginado.

Marisa se quedaría esa noche en la casa de una amiga y no esperaba visita. No a las doce y media de la noche, al fin y al cabo.

De nuevo un relámpago y el timbre sonó por segunda vez. — ¿Podría ser el mismo rayo interfiriendo en el circuito eléctrico?— pensó mientras se

levantaba de la bañera, ya con agua más bien fría que templada. Aún con restos de espuma en las piernas, paseó por su habitación desnuda y demasiado cálida para hacer un poco de frío. Envolvió su cuerpo en una bata de seda y fue a verificar si realmente era alguien llamando o el maldito rayo jugándole una mala pasada.

Pero una sombra vislumbrada a través del cristal gracias a un nuevo relámpago, le dieron la respuesta. Había alguien allí afuera. Y con miedo a que fuera Marisa y se estuviera empapando bajo el diluvio, abrió rápidamente encontrándose un segundo después acorralada contra una pared y un cuerpo y unos labios pegados a los suyos.

No sabía diferenciar entre la humedad de su cuerpo y la de la mujer que se retorció en sus brazos. Sus labios devoraban los suyos con necesidad. Aturdido por las sensaciones, agarró las piernas de ella alzándola en vilo hasta hacerla enrollar sus piernas en sus caderas. En cuanto sus sexos estuvieron en contacto un chillido provino de la garganta de ella haciéndolo gruñir como una fiera.

La razón golpeó a Moli cuando todo se volvió demasiado real como para ignorarlo.

Empujó iracunda a quien se atrevía a mancillarla de ella manera. A besarla con esa... hambre. Y cuando se separó lo suficiente, se deshizo de sus brazos poniendo distancia.

Francisco permanecía allí de pie. Con la boca entreabierta y con el pelo y ropa chorreando por el aguacero que fuera se celebraba. Sus ojos ahora oscuros y con determinación repasaron su cuerpo con pericia y deseo. Casi le hizo gemir y retorcer los dedos de sus pies con placer. Parecía una fiera hambrienta.

Y en cuanto otro relámpago irrumpió el silencio creado entre ambos, la luz se fue. Dejando vía libre a la fiera hambrienta para comer a su gacela.

Señora. (IV) Final.

Pov Moli

Labios, lengua, manos, uñas, dientes...

Todo eso éramos Francisco y yo. Una maraña de piel y sensaciones que danzaban en una suave y cadente melodía. Todo él era duro, grande y perfecto. El tacto de su espalda mediante mis manos deambulaba por cada curva, era excepcionalmente perfecto y erótico.

Sus manos agarraron la suave carne de mis pechos y su boca succionó mi pezón derecho mientras que me torturaba con sus vaivenes indecentes sin terminar de penetrarme. Lo necesitaba. Lo necesitaba tan dentro de mí que dolía. Aullaba de dolor, más bien. Pero él ni caso me hacía. Solo se deleitaba por besar y lamer cada espacio de piel que dejaba de acariciar.

Si no me cubrían sus manos, lo hacía su boca. Si no me mordía, me lamía calmando el escozor que sus dientes me producían.

Pov Francisco

Era todo un manjar. Todo un manjar que hacía una fiesta en mi paladar. ¿Cómo una cosa tan viva y altanera podría convertirse en polvo entre mis dedos?

Me mecí entre sus piernas, frotando mi dolorida polla contra su humedad haciéndonos sufrir a ambos. Ella gruñó en protesta y sonreí como un gilipollas otra vez. Me gustaba verla necesitada. Quería hacerle ver que no tenía nada que ver que tuviera veinte años menos que ella que podía hacerle ver las estrellas igualmente. Hacerla estremecer como ahora, al pasar mi lengua por detrás de su oreja. Olía a frutas y a lluvia. No sé cómo demonios olía la lluvia, pero ¡joder! juro que ella olía así.

Incluso su respiración se podía comparar con la fuerte brisa en mitad de una tempestad. La tempestad que pronto se formaría en su chorreante sexo en cuanto la hiciera mía.

Y tenía que ser jodidamente pronto. O moriría de combustión espontánea.

Pasé mis dedos por su clítoris haciendo que dejara de respirar y que sus bonitas tetas se alzaran en busca de mi boca, que muy gustosamente le di. La humedad entre sus piernas empapó mis dedos y mojé todo su sexo preparándola para mi entrada. Pero joder, si ya no estaba preparada.

Miré sus ojos al mismo tiempo que un relámpago los alumbró y la penetré sin piedad cogiéndonos por sorpresa a ambos. Chilló y se arqueó buscando más. Oh dios... estaba tan, tan mojada que mi polla se deslizaba con una facilidad sublime haciendo un poco imposible la tarea de aguantar como mínimo cinco minutos en su interior.

—Muévete... —me ordenó agarrándome la cara con sus dos manos.

—Impaciente... —jadeé moviéndome un poco, dentro, fuera.

—Más... —pidió cerrando los ojos y llevando sus manos a mi culo.

Moví mis caderas lentamente intentando acostumbrarme a la sensación celestial que sentía y luego empecé a moverme más rápido y duro azotando su trasero con mis embestidas. Alcé sus piernas hacia mis hombros y seguí dándole hasta hacerla gritar mi nombre entre sollozos necesitados.

Cuando su primer orgasmo la azotó un escalofrío recorrió mi columna poniéndome todos los bellos de punta. Y digo el primero porque no la dejaría escapar hasta hacerla correrse como veinte veces más.

—Así... —balbuceé.

Una gota de sudor calló de mi nariz a su pecho y ella me miró escondiendo una genuina sonrisa que me hizo desviar la mirada por un momento. No quería que su sonrisa me pareciera bonita. No quería hacerla sonreír.

Así que seguí embistiéndola con fuerzas haciendo que se revoliera de nuevo y gimiera demasiado fuerte, a estas horas de la noche. Pero no me podía importar menos.

Con un hábil movimiento consiguió invertir posiciones quedando ella encima de mí, y yo quedando a su merced. Si ya de por sí se me hacía difícil tenerla dispuesta, ahora tenerla llevando ella los movimientos acabaría corriéndome en menos de un segundo. Y más viendo como aquellas tetas revotaban con sus ágiles movimientos, arriba y abajo.

—Ahora me toca a mí.

No sé si fue la manera con la que lo dijo, con esa voz jadeante y decisiva o esa mirada de gata y su sonrisa come hombres lo que me hizo estremecerme. Pero con eso y un rato más de sus deliciosos meneos y me tuvo viendo las estrellas.

Caí o no sé si realmente subí a lo más alto. El caso es que solté un fuerte gruñido en cuanto me corrí con fuerza inundando su interior. Y seguí cayendo gracias a sus cabalgadas que no cesaban en su empeño de volverme completamente loco.

—¡Oh dios! — gimió colocando las palmas de sus manos en la pared y empalándose más certeramente contra mi polla.

¿Es que me quería matar?

Pero lejos de hacerlo, volvió a hacer que mi, hasta ahora, media erección tras mi orgasmo, volviera a la vida. Y no era para menos. Ver esa cara, esa boca entreabierta, sus pechos bailando de mi boca a mis ojos... era una maravillosa tortura.

Y vi cómo se dio cuenta de que volvía a la batalla gracias a la sonrisa que surcó sus húmedos labios. Me gustaba... toda ella me encantaba.

Pero aquella mujer, tenía otros planes... unos planes demasiado diferentes a los que yo quería.

Al día siguiente Marisa me dio la noticia de que estaba despedido. A su madre se le había desaparecido un collar de perlas y yo era el único que podía haberlo cogido.

Aquella mañana fue el primer día de muchos que quedaban, de mi odio hacia ella. La mujer con la que había pasado la mejor noche de mi vida, me había dado la patada de la forma más vil que podía haber.

Dos años después...

Entré en clase, dándome cuenta de que era el primero en llegar. Mi primer día y quedaría como el empollón gilipollas. ¡Genial!

No sabía que mierda asignatura era, ni tampoco es que me importara. Sería bueno en ésta también. Era malditamente bueno en todo.

Cerré la puerta sin haber llamado la atención de la mujer que pintarrajeaba en la pizarra una jerga matemática, bamboleando sus caderas entubada en aquella apretada falda lápiz color gris. Su pelo color chocolate recogido en un moño desordenado se me hizo demasiado familiar, al igual que la curva prominente de su pecho en su perfil.

Me acerqué.

Ella parecía realmente concentrada sin darse cuenta aún de que la acechaba cada vez más cerca.

Olí su perfume. Y sonreí como si hubiera conseguido el tesoro, después de haberlo buscado años, guiándome por un roñoso mapa.

—Volvemos a encontrarnos... señora.

Era hora de mi dulce y fría venganza.

Fin.

A la deriva.

HHHH II

Un día más en este maldito y paradisiaco lugar. Dos años, tres semanas y dos días exactamente.

—Un día más, chica.

Mi colorida amiga suelta un alarido, concordando conmigo y de un aleteo se despega de la rama y se posa en el techo de mi casa.

Si a ese amasijo de ramas y hojas se le puede llamar casa.

Aunque al menos, pude encontrar a lo largo de estos años algunos objetos totalmente importantes para poder sobrevivir. Como por ejemplo retazos de tela que me servían de cobijas o cortinas... una agujereada mosquitera que había tenido que remendar con hojas de palmera. Tenía que tener cuidado con los insectos, ya que no solo eran mosquitos los que aquí habitaban. Aunque esos malnacidos parecen leones por lo grandes que son.

Pongo mi mano a modo de visera cuando me alzo en mis pies. Me he acostumbrado a valerme sin aparatos electrónicos o más bien he tenido que hacerlo por cojones. Ya que no tenía otra opción. Por lo que solo mirando la altura del sol, podría saber casi a ciencia cierta qué hora podía ser.

Y eso me hacía creer que no era un neandertal del todo.

Ando hacia la casa a través del camino de piedra y hojas y atravieso la ardiente y fina playa. Mis pies descalzos ya acostumbrados a andar medio calzado todos los días, se hunden en aquella sedosa y caliente arena. Pero algo, llámenlo intuición, me hace girar la cabeza hacia el horizonte, parándome a medio camino, donde el agua se funde con el cielo y viceversa. Hace tiempo dejé de creer que alguien vendría en mi ayuda. Hace tiempo dejé de soñar con ver un barco a lo lejos o algún avión al cual hacerle señales de socorro. Pero ésta vez no era ni un barco ni un avión, sino una pequeña barquilla que flotaba a la deriva, vapuleada por la brisa marina y las embravecidas olas.

—¡Ehhhhh! ¡¿Hay alguien ahí dentro?! —coreé posicionando mis manos a modo de megáfono.

Pero mis gritos no hicieron que nadie asomara la cabeza por el borde de aquella barquita blanca. Así que después de pensarlo un poco, me quité mis botas agujereadas y corrí hacia el mar.

El agua estaba a la temperatura idónea entre fría y caliente que te hacía

desear nadar y nadar durante horas. Pero tenía una misión: ver si allí dentro había alguien y por suerte que estuviese vivo. También cabía la posibilidad de haber algo de comida verdadera. Estaba harto de comer fruta o pescado y beber agua de coco.

Buceé y nadé con todas mis fuerzas intentando alcanzarla y gruñí en molestia cuando mi pelo rubio ya demasiado largo me tapaba los ojos.

Si alguien me viera así... yo que siempre fui de los que cada dos o tres semanas se recortaba el pelo y no dejaba que me creciera más de un milímetro de barba. Ahora era todo un ejemplar de náufrago.

Lancé un grito de guerra al aire en cuanto mis manos agarraron el borde del bote y me impulsé con cuidado de no volcarlo. Conseguí meterme dentro y vi como un bulto humano y rosado se enroscaba en una esquina.

Parecía una mujer. Una mujer con cabellos castaños y vestida con un pequeño vestido veraniego, floreado.

—¿Hola? —susurré para no asustarla.

Pero la chica ni se movió. Primero pensé que estaría muerta pero su respiración movía muy agitadamente su cuerpo entumecido, luego pensé que el sol le habría pegado tan fuerte que la había dejado inconsciente. Que sería lo más seguro tras observar como sus brazos y piernas estaban al rojo vivo por haber estado en contacto directo con los rayos solares durante un largo periodo de tiempo.

Después de por lo menos una hora, conseguí arrastrar la barca hacia la orilla y una vez en tierra y jadeando, alcé el cuerpo de la mujer que se abrió en mis brazos como una florecilla delicada y preciosa.

Sus mejillas adornadas por un fuerte color rosado y sus labios cual fruta madura me dijeron hola.

Era una chiquilla bonita de no más de veintidós años. Con largas pestañas y cuello delgado; Sus pechos se movían al compás de su respiración, aún un poco agitada, como si estuviera teniendo una pesadilla.

Hacía tanto tiempo que estaba solo. Tanto tiempo que no veía a una mujer. De sentir la suavidad de dicha criatura, ni de degustar la salinidad de un beso. Hacía tanto tiempo, que casi no recordaba cómo se hacía.

En otras palabras... la virginidad se me había reconstruido en el tiempo que llevo aquí varado.

Soltando un suspiro que más pareció un gemido, anduve ahora sí hacia mi casa. Con la gran diferencia de que no iba solo si no con una muñeca dormida en mis brazos que estaba deseando que despertara y poder ver sus ojos y

escuchar su voz.

—Mira lo que encontré, Roxi. —alcé a la chica para recostarla en el suelo alto de la cabaña y salté para subirme a continuación.

Gracias a los cambios de temporal de esta isla, no podía arriesgarme a vivir cerca del suelo. Por lo que construirme la cabaña en alto fue una de las mejores ideas que tuve.

Alcé en vilo a la muchacha y anduve con ella hasta la habitación, que no era más que un espacio amurallado por palos de bambú y hojas de palmera y la deposité con cuidado entre mis sábanas viejas, pero limpias gracias a dios de ésta semana, y eché el suave velo que hacía de mosquitera.

Aguanté la respiración ante aquella bellísima imagen que me dejó K.O. Parecía una delicada mariposa atrapada y asustada.

Y durante las horas que estuvo inconsciente, estuve observándola casi sin pestañear. Deseando poder pasar mis dedos por su cuello y desembocar en la unión de sus generosos pechos. Podría jurar que tenía los pezones pequeños y rosados. Su pubis estaría tupido por bello oscuro del mismo tono que su cabello...

—No veo el momento en el que abras los ojos, florecilla.

Y como si me hubiese escuchado, como un aleteo de mariposa, aquellas espesas pestañas revolotearon dejándome disfrutar del azul más hermoso que podía haber visto nunca. Podía competir con el azul del mar y ella ganaría por goleada.

Tras otro leve parpadeo, la consciencia cobró vida en su rostro enrojecido. Agarró sus piernas y se arrastró hacia la otra esquina luciendo asustada y temerosa.

Alcé mis manos haciéndole ver que era inofensivo.

—No temas... —susurré mediante gateaba poco a poco hacia ella.

—¿Dónde estoy?

Un escalofrío subió por mi espalda al escuchar solamente aquella pueril pregunta.

—En mi casa... ¿recuerdas lo que te pasó?

Su mirada se perdió en sus pensamientos y luego de unos segundos me volvió a mirar haciéndome soltar la respiración que ni yo sabía que retenía.

—Estaba en... no lo recuerdo muy bien—sus dientes atraparon su labio inferior sin decir nada más.

Tragué saliva al verla tan pequeña e inocente a la vez que sentía hormiguar mis palmas deseando tocarla. Las ganas me pudieron por lo que

sin darme cuenta le estaba acariciando el brazo suavemente de abajo arriba.

Sus ojos curiosos me miraron por encima de su hombro y me regaló una pequeña pero preciosa sonrisa. A este paso me iba a dar un infarto.

—¿Eres un vagabundo o algo así? —preguntó después de pestañear. No quería hablar del tema por lo que no iba a ser yo el que la obligara.

—Náufrago... desde hace... unos años.

Pestañeó rápidamente y aquella boca que no merecía otro nombre que manjar, se abrió dejándome frío y caliente al mismo tiempo. Una imagen de lo más excitante donde aquellos labios y mi polla eran los protagonistas, me hizo apretar los puños hasta volver mis nudillos blancos.

—Eso explicaría la cantidad de pelo que llevas encima... —tras decir aquello soltó una risilla haciéndola parecer más joven de lo que era.

—No todo es pelo... —me adelanté a defenderme.

Sus ojos barrieron mis brazos llegando a mi tórax y estómago desnudos. Su mirada era pura caricia de terciopelo.

—Ya lo veo... —dijo alzando la mano y arañando mi piel.

Agarré su muñeca impidiéndole seguir.

—También llevo años sin que me toque una mujer... no juegues con fuego, muñeca.

No sé muy bien si se ruborizó ya que de por sí su piel no podía estar más roja por el sol, pero tal y como me miraba, sabía que a la vez de avergonzada estaba tremendamente excitada. Aquella gatita era de armas tomar, por muy inocente que quisiera parecer.

— ¿Y... —carraspea y desvía la mirada hacia sus pies descalzos—, vives solo aquí?

—No, Roxi vive conmigo...

Sus cejas se juntan con el nacimiento de su pelo, luciendo escéptica.

—¿Y dices que no has estado con una mujer en años?

—A excepción de ella, por supuesto... —señalé a mi buena amiga que nos observaba desde su columpio hecho de cañas y cuerda deshilachada.

—¡Oh!... —soltó una risilla—, ¿Puedo usar el baño? Necesito una ducha...

Se levanta y miro hacia arriba con la maravillosa visión que me daban sus braguitas verdes.

—El único baño disponible es el mar, pequeña—me levanto ayudándome de la pared de bambú quedándome demasiado cerca de su cuerpo.

Ella lejos de amedrentarse se acerca un poco más y con su suave y tibia

mano aparta mi flequillo.

—Tendré que conformarme con eso entonces... —sus dedos rastrillan mi barba—, tienes que ser bastante guapo debajo de todo este pelo...

Y tras eso y una sonrisa sobre su hombro se va dejándome empalmado y tremendamente necesitado.

El ocaso tiñe de naranja el cielo y las olas tranquilas y serenas danzan y componen una sutil melodía junto con el susurrar de las palmeras. Pero lo más hermoso era ver a aquella pequeña y perfecta criatura, saliendo del mar completamente desnuda. Como predije, aquellos pechos llenos y redondos estaban adornados por dos pequeños pezones rosados y perfectos. Su pubis al contrario de lo que pensé era terso y pálido como el resto de su impoluta piel. Mis manos sudaban y mi garganta estaba seca, reclamando beber de aquella diosa de piernas largas que me sonreía desde la distancia. Coqueta y distinguida. Jugando con mi cordura y mi paciencia.

—¿Hay algo que te guste? —dijo un poco demasiado fuerte, lo justo para que yo me enterase desde la distancia a la que nos encontrábamos.

—Quizás deba mostrárselo... —me susurré a mí mismo al mismo tiempo que bajaba de la cabaña y caminaba hacia su dirección.

En cuanto la tuve a un palmo de distancia, su valentía ya no era el sentimiento más predominante en ella.

Mi mano consiguió alcanzar su cadera y de un certero tirón hice que su pecho chocara con el mío. Jadeó en sorpresa.

—Eres una descarada...

Sonrió con picardía al mismo tiempo que se acercó peligrosamente a mi rostro.

—Y usted es un hombre muy atractivo incluso estando bajo esa mata de pelo... —sus dientes mordisquearon de nuevo su labio inferior. Estaba empezando a ponerme demasiado nervioso esa manía suya.

—¿Cómo te llamas?

—¿Para qué quieres saberlo? —jugueteó con mi pelo como una niña el día de reyes.

—Para tener algo que susurrar en tu oído mientras me follo ese precioso coño que tienes para mí...

Su sonrisa se marchitó remplazándola por un suspiro tembloroso.

—Alana... ¿y tú?

—Dios.

Ella soltó una melodiosa carcajada que me obligué a ahogar con mi boca. Sus labios llenos y cálidos era lo más delicioso que había comido en años y cuando su lengua hizo contacto con la mía, me perdí. Me cegué y el calor abrasador que recorría por mis venas sacó a la bestia que había en mí. Agarré su trasero, alzándola en vilo y haciéndola enrollar sus piernas en torno a mi cintura, la quería en ese mismo instante, quería hacerle gritar, sollozar hasta hacerla suplicarme que la haga mía.

—Dime tu nombre... —pidió cediéndome la longitud de su cuello para mi completo deleite.

Lamí y chupé teniendo como fin marcarla a fuego. Aquella piel febril y blancuzca llevaría mi esencia como atuendo y yo me encargaría de ello.

La recosté sobre la arena notando como sus manos desesperadas se peleaban con la cuerda que agarraba en su lugar a mis harapientos pantalones que sin duda habían vivido tiempos mejores. Sonreí y agarré sus manos posicionándolas sobre su cabeza.

Sus iris dilatados, más oscuros y brillantes que antes, me suplicaban en silencio.

—Mi nombre es Lucas.

Su sonrisa afloró en sus rojos y húmedos labios y la picardía brilló en sus ojos. De un movimiento certero invertimos posiciones sintiéndola húmeda y demasiado hermosa, encima de mí. Consiguió, tras unos interminables segundos, deshacer el nudo de mis pantalones. Por lo que después de entretenerse en besar mi pecho en descendente, apartó la prenda dejándome igual de desnudo que ella.

Sus vivos ojos observaron mi virilidad gruesa y palpitante con goloso deleite, relamiéndose los labios.

—¿Cabe la posibilidad de que alguien nos vea? —comentó con una sonrisa pícaro jugando en sus labios.

—No hay nadie más en ésta isla a parte de nosotros... —susurré a ojos cerrados sintiendo su lengua lamer mi bajo vientre.

Mis dedos se enredaron en su pelo castaño y alborotado agarrándolo fuertemente y haciendo posible que no me entorpeciera aquella preciosa visión donde su lengua se encargaba de lubricar mi polla de abajo arriba.

Eran tantas las sensaciones, el placer que aquella mujer me daba, que por un momento me olvidé de dónde demonios estaba. Importándome bien poco todo lo que me rodeara.

Sus bonitos pecho llenaron mis manos en el momento en el que ella

decidió sentarse encima de mi erección, moviéndose sobre ésta superficialmente. Llenándome con su jugo resbaladizo.

—Alana... —gruñí cuando se hizo demasiado intenso.

—¿Quieres follarme? —jadeó llevando su dedos a su clítoris sin dejar de mecerse sobre mí.

—Más que nada...

Sonrió y soltó un gemido de placer haciéndome perder la cabeza junto con la paciencia y contención que me estaba obligando a tener. Agarré sus caderas y tumbándola en la arena, la penetré de una sola investida haciéndola gritar. Estaba tan estrecha y caliente que poco me faltó para acabar corriéndome como un chiquillo inexperto.

Sus uñas pellizcaron mis hombros y sus caderas se empezaron a mecer, obligándome a moverme. Nos fundimos en un baile sexual, mojado y perfecto, donde el sonido del mar no me había parecido tan bello como en ese mismo momento.

Sus gemidos se ahogaban en mi boca y mis manos marcaron sus caderas mediante mis estocadas se hacían más y más fuertes y concisas. Llevándome a la cornisa de la locura.

—Oh dios... más fuerte...

Ahugué una risa corta y la empalé haciéndola chillar.

—¿Para qué quisiste saber mi nombre entonces?

Ella se rió costosamente ya que su respiración jadeante y la pasión del momento no la dejaban más que gemir y retorcerse.

—Quiero que me folles más fuerte, Lucas...

Una sonrisa perezosa curvó mis labios deseando poder escuchar a aquella boca decir mi nombre para siempre. Aunque eso significara quedarnos en ésta isla apartados de toda civilización.

Sus manos agarraron mi trasero incitándome a darle más fuerte y seguido, quería que esto fuera rápido y yo no iba a ser el que dijera que no. Por lo que tras agarrar sus piernas y ponerlas sobre mis hombros, la investí como si no hubiera un mañana. Notando mi piel arreciada por la brisa, demasiado caliente. Sintiendo mis venas hincharse y mi cuerpo entumecerse de placer. Estaba cerca, y fui consciente de cómo todo su interior se apretaba en torno a mí siendo el detonante que hizo que mi orgasmo atravesara todo mi ser. Un alarido lastimoso ligado con sus gemidos rotos, compusieron una nueva melodía en aquel paraíso. Una melodía que sin duda se convirtió en mi favorita.

Fin.

Police Taylor

—¡He, Taylor! Cuidado no te vayas a romper una uña...

Los demás como no, rieron su gracia como si hubiera dicho el mejor chiste del mundo. Me paré frente a él viendo su asquerosa sonrisilla pegada a su bello rostro. Todo lo que tenía de guapo lo tenía de gilipollas.

—¿Quieres ver lo que puedo hacer con una uña, Jason? Pero luego no quiero que me llores como una maricona cuando te deje sin tu instrumento de trabajo. Y no estoy hablando de la pistola precisamente...

—Uuuuuuh... —abuchearon los otros, haciendo que la sonrisa se le fuera.

—¡Taylor, a mi despacho!

Miré por encima de mi hombro a mi jefe y asentí antes de que volviera a entrar en su oficina. Me volví de nuevo hacia Jason y lo agarré de la camisa acercándolo a mi rostro.

—Metete con los de tu tamaño, capullo. Que sea la nueva no te da derecho a hacer un chiste cada vez que me veas. ¿O te sientes tan insignificante que solo eres capaz de reírte de una mujer?

Lo solté devolviéndolo a su asiento y después de darle una última mirada y ver como ahora era él el hazmerreír de los demás, me dirigí a la oficina donde mi jefe me esperaba.

El señor Bennett jugaba con un bolígrafo y miraba un punto fijo en la mesa de caoba marrón. Percibió mi presencia y me hizo sentarme en la silla frente a él. Todo eso con una parsimonia que me daba escalofríos.

—Señorita Taylor, ésta noche le tocará hacer el turno de noche con el señor Jason.

Mi ceño se frunció y mordí mi labio por no soltar un resoplido. Lo que me faltaba... pasar toda la vendita noche con ese imbécil haciéndole gracias a todo lo que se mueva.

—¿Alguna objeción?

—No, señor. ¿Puedo volver a mi puesto?

—Claro.

Salí de la oficina directa a mi mesa, y cuando vi la sonrisilla adornar la cara del payaso casi me voy para él y le rompo todos los dientes de un puñetazo.

La noche llegó y me dirigí al vestuario para coger el arma, placa y chaqueta. Quedaba diez minutos para salir y pedí a dios que la noche se

pasara rápido. No tenía la mínima gana de aguantar al neandertal de Jason, pero por mucho que me quejara no iba a hacerlo desaparecer.

—¿Estás lista?

Su voz me hizo rodar los ojos. Cerré la taquilla con fuerza encontrándome con su cara demasiado cerca de mí. Gruñí y lo empujé apartándolo de mi camino.

—Venga, Taylor, relájate. Solo así pasaremos una buena noche... — después de decir esa perla pasó por mi lado y me guiñó un ojo, andando hacia la patrulla.

La noche estaba terroríficamente tranquila, no había un alma por las calles a excepción de algún que otro peatón volviendo a casa de recogida. Eran las dos de la madrugada y aún quedaban cuatro para acabar. Jason estaba en silencio junto a mí, conduciendo despacio e ignorando mi presencia. No como yo. Era un hombre atractivo, fuerte y terriblemente imponente. Uno de sus brazos podría ser como uno de mis muslos y ni hablar del trabajado abdomen que tan gloriosamente lucía en los entrenamientos. Era imposible pasarlo por alto y más en un espacio tan reducido como ese.

Cogí aire llevándome otra bocanada de su olor. Hacía tanto tiempo que no...

—¿Quieres dejar la tensión? Me estás poniendo nervioso.

—¿Tensión? No estoy tensa... solo quiero acabar de una vez.

Jason suspiró y peinó su cabello rubio un poco más largo por arriba, hacia atrás.

—Mira... no es que tenga nada en contra tuya. Simplemente lo hago...

—¿Para hacer el gilipollas?

—¡Es imposible hablar contigo! Si supiera que después no me ibas a meter un tiro entre las cejas, te daba un buen par de azotes... —soltó una risotada después de decir aquello.

Un calor insoportable subió a mis mejillas y antes de que se me fuera para otro sitio menos cómodo, le golpeé el brazo con todas mis fuerzas.

—¡Ouch! Pegas fuerte para ser una delgaducha...

Le volví a golpear ésta vez en el abdomen lo que provocó que serpenteáramos y que casi nos estampáramos contra un árbol. Chillé cuando el coche salió del arcén dejándonos inclinados en el terraplén.

—¡Mierda! —maldijo Jason con un gruñido.

Yo estaba temblando y puede que lo más seguro estuviera a punto de echarme llorar. No pretendía hacerle perder el control. Sentí unas manos sujetando las mías. Su calidez me envolvió haciéndome recuperar la lucidez.

—Liz... estamos bien... ¿Me escuchas? —se veía preocupación en su rostro y por un momento tuve que reconocer que no era tan mala persona. Incluso lo hacía más atractivo si cabía—. Vamos a salir de aquí, quédate conmigo ¿sí?

Asentí viendo aquellos labios gruesos y brillantes a causa de su saliva, tan de cerca que tuve que relamer los míos. Ese gesto no pasó desapercibido para él, pero antes de que pudiera deleitarme un poco más con aquella visión y cercanía, se apartó rápidamente soltándome las manos en el proceso.

—Ahora esperaremos a que venga alguien a ayudarnos. Ya di el aviso y no tardarán. —su tono de voz se volvió terriblemente hosco y ronco.

Estaba visiblemente incómodo y se mordía el nudillo como si quisiera arrancárselo de un bocado. Su gran mano derecha acariciaba su muslo como si la palma le cosquilleara y su cuerpo estaba completamente apoyado en la puerta, tan lejos de mí como pudo.

Si mis cálculos no fallaban no llegarían en una hora, puesto que estábamos en la otra punta del culo del mundo. Por lo que tras soltar un suspiro tembloroso, me moví en el asiento intentando captar su atención.

Me miró de reojo al mismo tiempo que él se encogía hacia su extremo. A ese paso se incrustaría en la puerta.

—Estoy asustada... —murmuré bajo.

Suspiró y soltó su mano mirándome fijamente después. Incluso me atreví a tiritar dándole más credibilidad a mi actuación.

—Estamos bien —dijo con tranquilidad.

—Creo que me voy a... desmayar...

Vale... hacerme la desvalida no me salía una mierda pero no sabía por qué mierda me apetecía llegar más lejos con ese subnormal. Estaba caliente como nunca antes, sentía como mis músculos femeninos se contraían cuando me imaginaba como sería tenerlo en mi interior... rudo y fuerte en cada investida. Jadeé y apreté los muslos cuando la imagen se hizo tan vívida que casi pude escuchar mis gemidos.

Claro que él interpretó mi excitación como que de verdad estaba a punto de desmayarme. Por lo que se volvió a acercar a mí y agarró mi mejilla con ternura al mismo tiempo que agarraba mi mano para posarla en su pecho. Fuertes latidos daba su corazón queriendo atravesar su pecho. Pero no sabía

si estaba así por el accidente que sufrimos o por mí. Quise pensar lo segundo. Acerqué mi rostro al suyo haciendo que se tensase hasta que en el último momento me desvié hacia su cuello. Inspiré hondo aquella fragancia que hacía agua mi boca y gemí abrazándome a él por completo. La tensión de su cuerpo volvió.

—Liz...

—Taylor para ti —susurré dándole un pequeño beso detrás de la oreja.

Un quejido lastimero salió de su garganta y su respiración se aceleró, sintiendo también como de caliente se estaba volviendo su piel. Mis manos vagaron por sus fuertes y anchos brazos y conseguí que me apretara contra él desesperado por conseguir más de mí. Lo tenía...

—No creo que...

—¡Cállate la maldita boca!—gruñí pegándole un mordisco en el hombro.

Rugió en respuesta y antes de darme cuenta su boca encontró la mía, arrollándome después en un beso tan intenso que me puso la piel de gallina. Mis uñas se incrustaron en sus brazos y lejos de molestarlo lo avivó más, puesto que gimió haciéndome beber ese delicioso sonido. De un rápido movimiento me sentó en su regazo haciendo que su potente erección conectara con mi intimidad. Tironeé de su chaqueta haciéndola desaparecer junto con su fina camisa. Su piel dura, tensa y caliente quedó a mi disfrute y palpé con mis manos tocando cada centímetro. Sin parar de besarlo me moví sobre él restregándome y gimiendo como una posesa. Él tampoco se quedó atrás. En dos movimientos me dejó en sujetador y soltó mi boca para dedicarse a venerar mis senos. Lamiendo y apretándolos con ansias arrancándome jadeos desesperados.

—No sabes lo malditamente dulce que eres...

Sonreí enterrando mis dedos entre su pelo y tiré de su cabeza hacia mi boca de nuevo. Quería besarlo, quería...

—¡Oh dios!

Sus dedos hicieron contacto con mi clítoris cuando consiguió meterlos dentro del pantalón. Masajeó la zona con tanta destreza, con la presión perfecta, que casi me hizo acabar en dos segundos.

—Calma, tigresa... ¿No prefieres otra cosa en lugar de mis dedos?

Busqué su mano de nuevo, que se distraía en acariciar mi pubis. Un toque más y estaba perdida. Pero no me lo permitió. Eso me cabreó pero antes de lanzarle una serie de insultos abrió la puerta sacándonos al exterior. La suave brisa de finales de septiembre arreció nuestras pieles pero no me importó. No

cuando su firme y caliente cuerpo me aprisionó contra el coche patrulla y con manos diestras arrancó las prendas que terminaban por desnudarme. Abrió la puerta trasera colocando nuestras chaquetas en los asientos y con dureza y cuidado a la vez me colocó sobre ellas. No tuve tiempo a echarle de menos que ya lo tenía encima. Rugiendo como un león hambriento. Mordisqueando mis pezones a la vez que masajeaba mis glúteos.

Con movimientos torpes y limitados conseguí arrastrar su pesado pantalón dejando al descubierto su gran polla. No llevaba calzoncillos y eso no sé por qué me puso más caliente si cabía.

—Soy un cabrón con suerte... —dijo besando mi cuello en descendente.

Sus labios y lengua llevaron un camino hacia donde lo necesitaba. Su cálido aliento chocó con mi piel sensible y me arqueé en respuesta. El muy gilipollas soltó una risilla, pero me abstuve de golpearle por el momento. Estaba haciendo un maldito buen trabajo allí abajo. Chupaba y besaba casi a cámara lenta pero con la presión justa como para volverme loca. Su barba recién despuntada raspaba el interior de mis muslos, cosa que contrarrestaba la suavidad de su lengua. Uno de sus dedos se unió a la fiesta, el segundo le siguió a los pocos segundos. Gemí su apellido cuando mi visión se tornó borrosa y mi interior se contraía esperando la llegada de mi orgasmo. Sus dientes mordieron mi clítoris siendo el detonante de todo. Estallé en mil pedazos notando cada vello de mi cuerpo erizarse.

Aún estaba jadeando e intentando recuperarme cuando sentí la punta de su polla entrar en mi chorreante e hipersensible coño.

—Reza para que no nos encuentren así... no pararé una vez esté dentro de ti, Taylor.

Y con un fuerte empujón entró en mí haciéndome gritar. Su boca mordió mi babilla con la suficiente fuerza como para convertir el leve dolor en placer. Su cadera encajó con la mía, balanceándose y entrando en mí con facilidad. Acoplándonos como si lleváramos toda la vida haciéndolo. Sabía que iba a ser bueno en esto, sabía que follaba como los dioses. Pero lo que estaba haciendo conmigo superaba cualquier expectativa.

Tiré de su pelo con fuerza arrancándole un gruñido y una investida en reprimenda. Reí y palmeé su firme trasero solo por el placer de hacerlo.

—Si así se siente follarte en la parte de atrás de un coche, no me imagino hacerlo en una cama en condiciones... —dijo sin resuello.

Sus movimientos se volvieron más rápidos y concisos haciéndome apreciar como de dura e hinchada se le ponía en mi interior.

—Más te vale que tengas un puto condón puesto, Jason...

Soltó una carcajada y alzó su parte superior colocando cada mano a ambos lados de mi cabeza. Una gota de sudor corría por el puente de su nariz y pequeñas perlas húmedas hacían brillar su frente. Su sonrisa lejos de ser la de siempre, parecía destilar cariño y ternura. Era tan guapo que dolía. Yo podía lidiar con el Jason bromista e imbécil, no con ese Jason.

—¿Estás conmigo?

Besó mis labios con suavidad haciéndome volver de golpe a ese instante. Sus acometidas se hicieron más fortuitas y placenteras.

Afirmé con la cabeza y me dediqué a sentir. Con los ojos cerrados y mis uñas hincadas en su carne. Presagiando el fin de ambos. Y como predije no duramos más de tres acometidas que Jason soltó mi nombre entre jadeos llevándome con él.

Ambos entramos en comisaría en silencio, tenía ganas de llegar a casa y dormir. Sentía las piernas como gelatina y olía a él por todas partes. Jason me adelantó para entrar en el vestuario y salió antes que yo pudiera decirle nada. Eso me hizo fruncir el ceño.

A la mañana siguiente llegué más temprano de lo habitual, necesitaba hablar con él de lo que pasó y por muy bien que lo pasáramos, no se iba a volver a repetir.

Iba con esa idea en la cabeza hasta que entré en la zona de entrenamiento. Él estaba allí: sudoroso y con las venas hinchadas de tanto ejercitarse. Vestido con un simple pantalón de chándal negro y sin camiseta. Con todos aquellos bultitos deliciosos que la noche anterior me había dado tanto placer acariciar.

Y como si mis pies tuvieran vida propia anduve hacia él cuando dejó las pesas en el suelo, procediendo a secarse el sudor con una toalla blanca. Sin decir una palabra, mis manos masajearon la tensión de sus omóplatos, provocando que todo su cuerpo se quedara estático. Me miró sobre su hombro y se quedó mirándome sin decir nada. Tampoco es que hiciera falta tampoco.

Me alzó en vilo agarrándome del trasero y llevándome con él hacia la pared. Empotrándome contra ésta y besándome con pasión y rudeza.

—Yo tampoco me he quedado satisfecho de ti...

Atasco (I)

—Disculpe, ¿podría ir más deprisa?

Rueda los ojos ante otro caso de cliente desquiciante. Aunque había que reconocer que ésta vez le había tocado uno buenamente atractivo y además, viajaba solo. Algo que no podía dejar pasar porque eso significaba, deleitarse a gusto, mirándolo sin ningún pudor a través del espejo retrovisor.

El muchacho de pelo oscuro y ojos claros, era de los que venían de buena cuna. Todo su aspecto gritaba a los cuatro vientos, de cuan bien económicamente él gozaba. Un traje gris de raya diplomática, que a pesar de hoy en día estar catalogado como pasado de moda, a él le quedaba como un guante. Sin hablar de lo bien que se le amoldaba aquel pantalón a sus fuertes y tonificados muslos. Maldijo en lo que llevaban de trayecto, no haberle visto el trasero. Seguro que lo tendría igual de bonito que todo él.

—Señor, no puedo saltar por encima de los demás coches... como ve, estamos en un buen atasco —contestó ella mirándolo de reojo por el espejo.

El hombre suspiró y se recostó sobre el respaldo del asiento para sacar su móvil, como no, de última generación e igual de brillante que su Rolex plateado.

—Diana, dile a mi padre que llegaré tarde —decía a la vez que frotaba su pierna derecha con su mano libre.

Lorena acertó a pensar que aquello era algo como un tic en él, más de una vez le vio frotarse la pierna mirando con desesperación la hora.

No pudo evitar pensar que con la que hablaba, fuera su querida novia con aspecto de Barbie y cara de zorra. Habría jurado que era soltero, por la ausencia de anillo en su dedo.

—Sí... no sé... ¿Sabe cuánto puede tardar en despejarse el tráfico?

Lorena tuvo que mirarlo para saber si se refería a ella o a su interlocutora. Claramente aquella pregunta iba dirigida a su persona.

—No lo sé señor, es hora punta, una hora y media como mínimo, viendo la velocidad a la que avanza. Y su destino está en la otra punta por lo que dos horas, máximo.

Su boca se apretó en cuanto escuchó aquello, Lorena quiso morder aquellos labios masculinos hasta hacer desaparecer aquella mueca.

—Genial —gruñó—, oye Diana... dile a mi padre que no llegaré a la reunión, invéntate cualquier excusa ya lidiaré con él más tarde... sí. Adiós.

Y cortó la comunicación. ¿Y ya está? ¿Ni un ‘te quiero’ o ‘nos vemos luego’? al final va a ser simplemente una secretaria, pensó Lorena pegándose un poco más al coche que tenía delante.

—El trayecto me va a costar un ojo de la cara... —masculló el hombre resoplando y poniéndose cómodo en el asiento.

—Tranquilo, por hoy tendré un poco de consideración y pararé el conteo cuando ronden los cien euros —dijo ella con una sonrisilla en los labios.

Miró por el espejo y se encontró con la mirada y la sonrisa de él, por lo que la vergüenza se le subió a las mejillas.

—Es usted muy graciosa... ¿Cómo se llama? Si no es indiscreción.

—Es algo que me reservo, pero viendo que no se han subido muchos hombres guapos a mi taxi, se lo diré. Me llamo Lorena.

—Vaya... gracias. Tampoco me subí nunca a un taxi que tuviera a una taxista tan guapa y considerada... —giñó un ojo y Lorena tuvo que removerse en su asiento sintiéndose de repente incómoda ante aquella situación.

El espacio se volvía cada vez más reducido, y el olor de aquel hombre no hacía más que ponerla más nerviosa y excitada a cada segundo que pasaba.

—¿Llevas mucho siendo taxista? —preguntó él, mucho más relajado que hace un rato.

—Cinco años, pero solo llevo un año aquí en la ciudad.

El asintió conforme con su respuesta y tras observarla a través del espejo durante lo que parecieron horas, habló:

—¿Has follado alguna vez en éste taxi, Lorena?

La chica pisó el freno a punto de comerse al coche de enfrente. Apretó el volante con la misma fuerza con la que sus muslos lo hacían. Y como no sabía si aquello lo había escuchado de verdad de la boca de aquel hombre, o era producto de su calenturienta imaginación, miró sobre su hombro hacia susodicho. Solo para comprobar como de cómodo estaba acariciándose a sí mismo, lo que se adivinaba, era una gran erección.

Fijó su vista de nuevo al frente, sintiendo sus mejillas arder y a su sexo palpitar como loco. Su corazón martillaba con fuerza en su pecho y con el simple roce del cinturón hacía que se imaginara dios sabe que cosas. Tragando con fuerza, contestó.

—Nunca se me presentó la oportunidad...

—¿Puedes coger la segunda calle a la izquierda?

Lorena se fijó en dicha calle, donde una brillante placa, dictaba el final de

ella.

—Es una calle sin salida, señor.

—Exacto...

Y tras un suspiro tembloroso y viendo como aquel hombre no dejaba de acariciarse, hizo algo que nunca hizo en lo que llevaba trabajando como taxista. En cuanto pasaron por la calle cortada, viró en aquella dirección y aparcó al final, siendo los gatos los únicos espectadores de lo que allí iba a pasar.

Atasco (II)

Pov Lorena.

Solté el volante al ser consciente que poco me faltaba traspasar el material con mis uñas. El hombre tras de mí carraspeó llamando mi atención, por lo que tras coger aire miré hacia el espejo. Estaba sonriendo de lado y juré que no vi nunca un hombre más guapo que él. Sus ojos claro, ahora se veían más

oscuros, ya sea por encontrarnos en la sombra o por lo dilatados que los tenía. Su lengua salió de su boca lamiendo con lentitud su labio, haciéndome evocar toda clase de imágenes donde aquella lengua podía hacerle dios sabe que cosas a mi cuerpo. Un par de colmillos, un poco más pronunciados que sus otros dientes, se asomaron tras su sonrisa.

—¿Vienes a hacerme compañía, preciosa?

Sonreí y me mentalicé que no era más que un hombre cualquiera, uno muy atractivo y al parecer un mujeriego en potencia, pero un desconocido al fin y al cabo. Un polvo y se acabaría, nada de te llamo para quedar, o nos vemos mañana. No lo volvería a ver jamás y eso es lo que hizo que me quitara el cinturón y saliera del coche para a continuación abrir la puerta trasera y entrar. Él no se movió por lo que tuve que pasar por encima suyo para poder sentarme a su lado.

Él tenía otra idea bastante diferente a la mía.

Sus manos agarraron mis caderas y me atrajo hacia sí haciéndome sentar justamente encima su erección. Quedando muy cerca de ese rostro que sin duda acapararía mis sueños, más de una vez.

—¿Tan guapo te parezco? —preguntó mientras rozaba con su nariz el lateral de la mía.

Sonreí y posicioné cada mano en sus anchos hombros, pasando luego mis dedos por su tibio y suave cuello.

—Mucho... —respondí ganándome una sonrisa de su parte.

Aquellos colmillos iban a ser mi perdición, como siguiera sonriendo así.

—¿Le contarás lo que hagamos a tus futuros clientes? Sería una buena anécdota...

—Preferiría quedármelo para mí, soy demasiado celosa, no quiero que nadie te imagine.

Soltó una carcajada y de un certero movimiento acabé bajo su cuerpo en todo lo que dio el asiento. Sus labios chocaron con los míos al mismo tiempo que sus manos subían por mis costados llevándose mi camiseta de camino. La piel se me erizó y mis pezones se irguieron deseosos de sus atenciones. Sus dedos eran suaves, dejando ver que no había trabajado en el campo en su vida. Yo sin embargo podría decir que lo mismo me daba trabajar cogiendo tomates, que de cajera en un supermercado. Era tanta la diferencia entre él y yo, que no hizo más que convencerme de que lo que allí pasara no volvería a ocurrir. Alguna caza fortunas con labios operados, y no solo los de la boca, lo cazaría y tendrían preciosos bebés, yo en cambio, me quedaría con el

panadero del pueblo. Lo bueno es que no tendría que preocuparme por quedarme sin pan.

—¿No quieres saber quién soy?

Su pregunta me sacó de mis pensamientos, siendo plenamente consciente de su cuerpo encima de mí. Lamía mi cuello y mordisqueaba mi piel, arrancándome un suspiro tembloroso. Y yo pensando en pan. Para matarme.

—¿Para qué? No volveré a verte... —pude decir entre jadeos.

—Me gusta que digan mi nombre cuando gusta lo que hago... me hace sentir poderoso.

—Me tienes... —gemí cuando su mano agarró mi pecho por debajo de la camiseta, sobre el sujetador.

—Lo sé y no puedo estar más feliz.

Se irguió en su sitio, sacándose la chaqueta y desabotonándose después la bonita camisa blanca. Dejándome embobada con cada porción de piel, que dejaba al descubierto. Una sinuosa uve se dibujó en su vientre bajo, haciéndome salivar. Mis manos tocaron su torso, caliente y duro como una piedra al sol. Miró mis manos como si estuviera dibujando algo maravilloso en su piel. Su respiración era errática y mediante bajaba con mis caricias, más fuerte y silbante se hacía. Me moría por ver aquello que escondía tras sus pantalones, era una golosa de cuidado. Y qué iba a decir. Era de las que le encantaba tener un gran juguetito en las manos.

—Eres muy curiosa... —ronroneó apoyándose de tal manera que me daba total acceso a poder desabrochar y sacar su gloriosa erección al exterior.

Sonreí como una boba al mismo tiempo que acariciaba la punta de su pene. Esparciendo aquella deliciosa gotita preseminal por todo su glande. Jadeó y miré su cara contraída por el deseo. No sabía si aquel hombre había sido de muchas mujeres, pero me sentía la más poderosa por tenerlo para mí en ese momento. Yo que a mis veintiséis años solo había estado con tres hombres, no podía haberme imaginado el estar con uno así. Tan sofisticado y hermoso.

Me erguí en mi posición cogiéndolo por sorpresa cuando mis labios tocaron los suyos. Mordisqueando y cediéndole mi labio inferior para sentir la mordida de aquellos colmillos que me traían loca. No se hizo de rogar y mordió haciéndome gemir. Mi mano hacía tiempo había seguido un ritmo lento pero conciso, bombeando su polla sin parar. Era tan grande y caliente. Todo él era deseo y pecado y yo iba a ser quien me lo comiera.

—Quiero comerte... —le dije parando de a poco el movimiento de mi

mano.

Sus ojos buscaron los míos y su sonrisa canalla afloró en sus labios.

—Soy todo tuyo.

Obviamente aquella invitación no la iba a dejar pasar. Si iba a ser todo mío, lo iba a ser de verdad. Lo empujé hacia el asiento posicionándome de rodillas en el suelo del coche y entre sus piernas. Su polla descansaba en su estómago aún media cubierta con sus calzoncillos Calvin Klein blancos. Me ayudó a bajarse el pantalón y los boxers del todo y allí estaba... esto sí que era un adonis y lo demás tontería.

Libre de bello podía observar a placer sus gruesos testículos haciéndome sacar la lengua, deseosa por probarlo. Su polla larga y gruesa era toda una tentación, adornada con finas venas que le daban aspecto de poder. No era una experta en pollas pero podía decir que aquella era magnífica.

Acaricié sus muslos en ascendente haciendo que se acomodase a disfrutar de mis atenciones, echando la cabeza hacia atrás mientras gemía en silencio. Quitó mi camiseta y sujetador encontrándome demasiado caliente y molesta con mi propia ropa. Bajé mi cabeza empezando por meter mi nariz en el pliegue de entre sus huevos y erección. Oliendo su aroma varonil y embriagante para después gemir de placer.

Mi sexo palpitaba y por muchas ganas que tenía de que me follara, no iba a perder la oportunidad de lamer aquello y saciar mi apetito. Sus manos agarraron mi pelo haciéndome una cola de caballo para así no estorbarme en mi tarea. Le sonreí mirando sus ojos al mismo tiempo que saqué mi lengua y lamí todo lo largo de su verga.

—Dios santo... qué bien la chupas...

Nunca nadie me había dicho aquello de la manera que aquel hombre lo hizo. Tan vulgar y a la vez tan excitante que tuve miedo a no poder superarle.

Masajeé con mi mano derecha muy suavemente sus huevos, mientras que me deleitaba a probar su glande y chuparlo a conciencia. Su sabor llenó mi boca y gemí. Eso provocó un movimiento involuntario de su parte, metiéndomela un poco más en la boca. Seguí chupándosela suave de arriba abajo hasta que cogí velocidad cuando las ganas me sobrepasaron.

Todo era él a mí alrededor. Su mano libre, la que no sujetaba mi pelo y movía mi cabeza, agarraba mis pechos, pellizcando y masajeando a su antojo. Cuando de repente salió de mi boca y me alzó quedando de nuevo a horcajadas encima suyo.

—No quería correrme aún, por muy apetecible que sea hacerlo en tu

boquita...

Con su ayuda, mi pantalón salió de mi cuerpo a gran velocidad y de nuevo sus manos me envolvieron en caricias cadentes, fuertes a la vez que suaves y perfectas. No había centímetro de mi piel que no haya sido tocado por él. Quise quitarme las bragas pero él no me lo permitió sujetándome de las muñecas atrás de mi espalda con una de sus manos.

—Déjalas... el rojo es mi color favorito... —dijo apartando el encaje a un lado dejando mi coño al descubierto para así jugar con mi entrada.

Gemí fuerte empezando a sentir lo empapada y cerca que estaba del final. Dos toques más y estaría perdida. Su pulgar masajeó mi botón de placer mientras que su dedo corazón se hacía paso entre mis pliegues, follándome a continuación de manera rápida y deliciosa.

—¿Estás a punto de correrte verdad? —dijo sin dejar de mover su dedo.

Grité ante la intensidad, siendo consciente de cómo arqueaba sus dedos, haciéndome ver las estrellas. El orgasmo se construía en mi interior a una velocidad de vértigo hasta tal punto de nublar me la vista. Sus dedos no me daban tregua y seguían y seguían hasta que estallé en pedazos. Deshaciéndome en su mano como nunca antes hice. Y aún con la respiración jadeante, sentí como su polla entraba en mí para luego arremeter con fuerza y de manera seguida. Prologando mi placer y haciendo volar mi cabeza.

—Di mi nombre... John... necesito escuchar como gimes mi nombre...

Soltó mis manos para agarrar en su lugar mis caderas, haciéndome montarlo como una verdadera amazona. Mi conciencia estaba a punto de extinguirse, era todo tan intenso que siquiera escuché su petición hasta que paró de golpe dejándome casi al filo.

—Di mi nombre, Lorena...

Lo miré e intenté moverme, mas él no me lo permitió.

—John... —dijo entre dientes.

Tragué saliva y me preparé mentalmente para ello. No quería recordarle ni volver a saber de él pero quería tanto llegar al orgasmo que me vi susurrando su nombre a la vez que me deslizaba por su polla y agarraba su pelo.

—John...

—Así me gusta...

Y salió de mí para ponerme a cuatro patas en el asiento y penetrarme desde atrás. Grité al sentirlo más hondo y embistió con fuerza hasta que el leve dolor se convirtió en verdadero placer.

—Puedo sentir como te contraes... —murmuró entre jadeos dándome un

azote en la nalga derecha.

Si no estuviera a punto de correrme juro que me hubiera reído pero en su lugar me moví encontrándome con sus investidas provocando que él gruñera e hincara sus dedos en la piel de mis caderas. A éste paso estaría llena de marcas y moretones al día siguiente. Otra cosa que quería evitar, puesto que lo único que no quería era recordarlo más allá del pensamiento.

Un gemido lastimero salió de sus labios haciéndome saber lo cerca que estaba del final, mis dedos buscaron mi clítoris y tras masajear un par de veces me corrí llevándolo conmigo. El orgasmo nos dejó laxos y sin fuerzas, él encima de mi espalda.

Y cuando la neblina del placer dejó espacio en mi mente, el miedo me traspasó el cuerpo como si mi sangre se hubiera convertido en hielo. No habíamos usado protección como tampoco sabía dónde dios abría metido la polla antes de mí.

Me tocaría ir al ginecólogo al día siguiente y arreglar el problema al igual que revisarme por cualquier infección que pudiera contraer.

Con la vergüenza implantada en mi cara, me removí haciéndole saber que quería levantarme. Su sexo ya semi erecto, salió de mi vagina robándome un suspiro de pérdida. Agarré un par de trozos de papel que guardaba en la guantera y me limpié los restos de su semen, que manchaba parte de mis muslos.

—Lorena...

—Tengo que seguir trabajando.

Y viendo que no le iba a decir nada más, nos vestimos en silencio y volví a mi asiento de conductor, pegando un portazo en el camino.

Salimos a la carretera ahora más despejada y sin tanto tráfico. El trayecto fue silencioso, tenso y frío. Sabía que él quería decir algo pero no lo iba a permitir. Teníamos la culpa ambos, más yo que él por no recordarle la jodida importancia de cuidarse antes de tener relaciones sexuales. Me odiaba y estaba deseando poder llegar a casa y llorar como una desquiciada.

Llegamos a lo que viene siendo uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad. *Malanger S.L* era la empresa de telecomunicaciones más millonaria del sector. Y algo me daba a mí que el hombre que ocupaba el asiento trasero de mi coche, era demasiado importante en ese edificio.

Miré el contador, viendo la total suma de ciento cincuenta euros en la pantalla iluminada. Por lo menos me iba a llevar un buen pellizco de esto al fin de cuentas.

—¿Cuánto?

—Ciento cincuenta, señor.

—Quédate con el cambio.

Y tras lanzarme al asiento del copiloto lo que vi que eran cuatro billetes de cincuenta, abrió la puerta y se marchó. Dejándome echa una mierda y un mar de incertidumbre. Y como no, para más desgracia, una top model de piernas largas y rubia platinada, vino a buscarlo a la salida del edificio, como una exhalación. Era todo sonrisas y toqueteos y el muy impresentable miró hacia mi dirección y me sonrió de lado. Dejándome ver sus jodidos colmillos y haciéndome erizar la piel recordando cómo se sentían en mi carne.

Saqué mi dedo corazón con descaro y derrapé fuera del aparcamiento. Menos mal nunca más volvería a verlo. Tendría que ser muy jodido el destino para hacerlo ¿no?

Fin.

Dulce Locura

Valeria

A causa de mis desvelos, luzco unas bonitas ojeras bajo mis ojos. Y es que tener dos trabajos no me da tiempo ni de rascarme el ombligo a gusto. ¿Cómo hacerlo si el único tiempo libre que tengo lo dedico a intentar dormir?

Ando como alma en pena, con los ojos medio cerrados, por la acera abarrotada de gente. Es lo que tiene vivir en una ciudad grande, con más de tres mil millones de habitantes. Y uno de ellos, soy yo. Sí, la que camina arrastrando los pies, vestida con un pesado abrigo marrón, con el tamaño de un *Umpa Lumpa* y cabreada con el mundo. Siempre me lo dijo mi madre: «Apuntas demasiado alto, Valeria» pero yo no la escuchaba, no cuando mi meta ha sido siempre la luna, para poder alcanzar como mínimo las estrellas.

Mi sueño siempre ha sido viajar, conocer gente y comer. Comer de todo lo habido y por haber. Gracias a dios mi constitución no es como la de una albóndiga y más bien tiro para delgadilla pero con las curvas bien puestas en su sitio, eso sí.

El repiquetear de mis botas en el suelo, me abstrae del ruido bullicioso que me envuelve. Tanto es así que no me percató cuando alguien se choca conmigo como una bola de demolición haciéndome caer de culo en la acera fría y mojada, de haber llovido toda la noche y parte de la mañana.

—¡Ouch! —tengo ganas de hacerme bolita y llorar, lo juro.

Un dolor agudo pincha en mi zona lumbar, por decirlo finamente. Más bien siento como si miles de cuchillos se estuvieran hincando en mi culo. Más concretamente en toda la rabadilla. Sí... soy muy específica...

—¡Dios, lo siento tanto! No la he visto... —unas manos con sus respectivos brazos, que claramente pertenecen a un hombre, agarran mi cintura poniéndome de pie casi al instante. Como si mi gran pandero, ahora lastimado, no pesara más que una pluma.

—Como duele, joder... —consigo modular a duras penas. Y lloro. Lloro mientras sobo la parte afectada.

Cualquiera que me viera, hay muchísima gente si no lo he recalado antes, pensaría que tengo unas almorranas del tamaño de un caballo.

—¿Te acompaño a un médico? No sabes cuánto lo siento...

La voz del muchacho, me hace abrir los ojos de par en par. Una cosa voy a

explicar: soy lenta, malditamente lenta para reaccionar y más cuando no he dormido apenas dos horas. Y aunque llevo todo el rato sabiendo que un hombre, con voz bonita y con una fuerza sobrehumana me ha hecho caer al suelo, no es hasta ahora, que soy verdaderamente consciente de ello.

Alzo la cabeza, con miedo a lo que me pueda encontrar. Otra cosa que me pasa es que tengo pánico a las primeras impresiones. Habiendo visto los lustrosos zapatos marrones del hombre, los pantalones de pinza claros, bien planchados y el jersey de punto más suave que he visto jamás, me da a entender que está forrado hasta los dientes.

Observo la protuberancia que sobresale de su garganta, con demasiada atención. Su nuez de adán se mueve al tragar y me digo que ya es hora de seguir mirando, antes de que me suelte y salga corriendo despavorido. Porque sí, aun me tiene agarrada de las caderas, donde su toque me está dando unos sofocos, que ni la calefacción de mi casa en sus mejores tiempos.

Su barbilla, cuadrada y cubierta de pelo castaño me hace suspirar. Si hay otra cosa que ame más es a un hombre con barba. De esas recortaditas, dando la impresión de no haberse afeitado en una semana. Por eso el miedo incrementa a medida que voy subiendo por su rostro hasta encontrarme con unos labios llenos, rosados y brillantes. Como si se pasara las horas chupándose los. Su nariz es recta, fina y con una leve torcedura a la izquierda. Eso me hace sonreír, no todo puede tenerlo perfecto. Me abstengo de mirar su bragueta, y sigo mi recorrido hasta sus ojos.

El alma se me cae a los pies, y el suelo parece temblar bajo mis zapatos. Sus ojos, verdes como un bosque frondoso, me atraen. Hasta puedo escuchar pajarillos piando y el viento silbando entre las hojas.

—Será mejor que te lleve a un médico, parece que te diste en la cabeza.

Miro sus labios, moviéndose, articulando palabras que no logro siquiera escuchar, ni comprender. Pero cuando soy alzada en vilo me agarro a sus hombros y chillo como una posesa. Bueno, tanto no. Solo suelto un gritito de lo más imbécil y me intento zafar de su agarre. No es porque no me guste, nada más lejos de la realidad, si no que estar tan pegada a él me hace querer besarlo hasta dejarlo seco. Sobarlo hasta quedarme sin huellas dactilares o él sin sensibilidad en la piel.

—Deja de patalear, te llevaré a un médico, no te haré ningún daño.

—Puedo andar sola...

Mi voz lo hace pararse en seco y mirarme como si lo que ha salido de mi boca fuera un caso fuera de lo común.

—¡Hablas! —exclama él, sonriendo, haciendo brillar el bosque que tiene atrapado en los ojos y haciéndome babear a mí.

—Claro que hablo, solo soy un poco lenta en las mañanas.

El chico, de no más de veinticinco, me observa con picardía y humor. Tengo la sensación de que en cualquier momento soltara una gran carcajada. ¿Tanta gracia le hago?

—Bueno señorita lenta en las mañanas, ¿me deja llevarla a un médico?

—No es necesario, solo quiero que me suelte si no quiere que me enamore de usted.

Su sonrisa aumenta de decibelios y mi corazón sale despavorido de mi pecho. «¡Vuelve cobarde!»

—Es la cosa más bonita que me han dicho jamás.

—¿Ni tu novia? —su sonrisa decae.

—Ni ella... —contesta tan bajo, que me cuesta escucharlo.

Sus brazos se deslizan de detrás de mis rodillas y me deja de pie en el suelo. Ahora estamos cerca, muy, muy cerca... tanto que puedo percibir el olor a gel que lleva impregnado en la piel. Nada de colonias, ni perfumes... este hombre huele a limpio.

«Valeria... no te enamores...»

—Demasiado tarde...

—¿Qué? —pregunta haciéndome reaccionar.

Doy un brinco y me alejo de su tacto como si me quemara, pero mi cuerpo y corazón protestan queriendo volver a su lado. No lo hago obviamente.

—Nada... a veces pienso en voz alta.

—¿Seguro estás bien?

Asiento repetidamente, pareciéndome a uno de esos perritos que mi padre ponía en la bandeja del coche y retuerzo mis dedos a la altura de mi estómago. La incomodidad da paso a la tensión y ya cuando su mano se alza hasta su pelo, frutando su nuca, sé que se va a ir.

—Será mejor...

—Sí, me tengo que ir.

Él asiente y cuando voy a pasar por su lado para irme hacia la dirección por la que estaba yendo antes, sin tener idea de hacia dónde mierda iba, su mano agarra mi codo.

—¿Cómo te llamas?

—¿Y tú? —le pregunto de vuelta, mirándolo sobre mi hombro.

El suelta una carcajada a la vez que su móvil empieza a sonar como loco.

Lo saca de su bolsillo pero no descuelga, se queda allí parado observándome.

—Dime tu nombre... —demanda.

—Valeria.

Me guiña un ojo, se coloca el móvil en la oreja y tras sonreírme, cruza la calle para luego adentrarse en el gran edificio de ventanales gigantescos y puertas giratorias.

¡Y no me dijo su nombre! El muy tramposo...

Termino de colocar las servilletas en las mesas y escucho el resoplido de mi querida amiga Alex justo tras de mí.

—¿Pero y no te dijo quién era?

—No, solo me preguntó mi nombre y se marchó.

—Bueno al menos se molestó en disculparse por tirarte al suelo de un empujón, el muy bestia.

—No me empujó, Alex... ya te dije que fue sin querer. Tanto el como yo, estábamos despistados. Yo por el sueño y él...

Me quedo pensando en qué estaría el haciendo para chocarse conmigo. Mi estúpido corazón se cree que lo hizo a posta, a propósito, pero descarto esa idea tan rápido como aparece.

—No tengo idea...

Sigo con mi tarea mientras lo único que ocupa mi mente es él. Su sonrisa preciosa, de dientes blancos y alineados, sus labios gorditos y succulentos... tanto es mi embohe que la mañana se me pasa volando y ya es hora de ir a casa.

Alex y yo, andamos una al lado de otra charlando de cualquier cosa hasta que algo capta mi atención. Estamos justo donde me caí esta mañana y miro hacia el edificio donde él entró. ¿Puede ser que aún esté ahí?

—¿Qué haces?

—Creo que es ahí donde trabaja...

—¿Quién?

La miro con los ojos entrecerrados y ella resopla una vez que cae en la cuenta de a quién me refiero.

—Deja la tontería y vámonos. Ni que fuera Brad Pitt...

—Ese, no, más bien un Cristian Grey, pero más sexy y simpático —digo imaginándome toda clase de escenas excitantes.

Escucho la carcajada sonora de mi amiga haciendo que varios de los que por allí caminan se giren a vernos.

—¿Cristian Grey? ¿En serio? No te veo yo a ti muy dispuesta a recibir ni un par de azotes, cuanto más una sesión sado.

—¿Por qué no? los azotes pueden ser excitantes... —intento defenderme.

Pero ella se vuelve a carcajear de lo lindo. La agarro del brazo y me la llevo, cruzando la calle una vez que veo que no hay peligro de que nos atropellen y entre quejas, hago que se agache junto a mí, escondiéndonos detrás de los contenedores de basura.

—¿Pero qué...?

—Shhhh...—tapo su boca antes de que siga gritando y haga que nos descubran.

—¿Estás loca? ¿Qué demonios haces? —dice a susurros una vez que se deshace de mis manos.

—Quiero verlo otra vez...

—Tú estás mal eh... —comenta después de unos segundos en los que se los pasa observándome como si me faltara un tornillo. —¿Y qué se supone que le vas a decir si te descubre aquí?

Me quedo pensando durante unos instantes hasta que la bombilla se me enciende.

—Le diré que vine a comprar algo... es una empresa ¿no? algo tienen que vender... ¿Folios?

Alex se levanta, saliendo de nuestro escondite y tras decirme muy digna ella: “No cuentes conmigo, estás loca” se va calle arriba dirección a su apartamento.

Ruedo los ojos y me siento en la acera para esperar si en cualquier momento sale o entra al edificio y puedo verlo. A penas son la una del mediodía y seguramente, haya salido a comer. Los coches van de una dirección a otra y no es hasta pasada una media hora, que no veo su hermoso cuerpo trajeado, salir de un coche negro seguido de un señor igualmente vestido de traje y una señorita rubia, que ni las *Barbies* en sus mejores tiempos.

Me pongo de cuclillas para poder observarlo mejor. Está riendo por algo que el señor le ha dicho y juro que el recuerdo que tengo en mi memoria no le hace justicia. Es tan guapo... que hasta ganas de llorar tengo.

Ellos caminan, ella agarrada de su brazo y él hablando con el otro hombre, hacia el edificio. Me agarro al borde del cubo, pasando por alto el hedor tan

desagradable que desprende, para verlo mejor. Cuando está a un palmo de distancia, el cubo que no se me ocurrió pensar que tiene ruedas, se desliza hacia delante, haciendo que por inercia lo agarre en dirección contraria. Estoy a punto de volcarlo hacia mí pero gracias a mis increíbles reflejos, consigo estabilizarlo. Me agacho con el corazón a mil por hora, escondiéndome de nuevo tras el cubo. Seguramente se han percatado del jaleo que he montado, pero si la suerte está de mi lado, pensarán que haya sido un gato o algo parecido.

Unas pisadas, resuenan en el acerado, acercándose hacia donde estoy yo. Mi respiración empieza a acelerarse de nuevo, y giro mi cabeza de derecha a izquierda, intentando buscar una vía de escape. Los pasos suenan cada vez más cerca y no se me ocurre otra cosa que hacerme una bolita en el rincón.

Siento una presencia, imponente y grande tras de mí. Ojalá el suelo se abriera y me tragara...

—¿Valeria?

Mis ojos se abren de par en par y decido hacer lo más estúpido que se me podía ocurrir.

—¡Miau! —joder... parezco una rata ahogándose— ¡Miiiiiaaaaaauuuu!... —sí, mejor...

Su risa calienta mi cuerpo al mismo tiempo que el nerviosismo acapara todo mi ser.

—Sé que eres tú, Valeria...

Me levanto de golpe con una sonrisa más falsa que un billete de trescientos euros y me acerco a él como si no lo hubiera visto hasta ahora. Si no me tomaba por una loca demente, este hombre es demasiado bueno, para ser real.

—¡Hombre, hola... tú...! —su sonrisa se ensancha dejando entrever sus dientes alineados y blancos. Como si lo único que comiera fuera pasta dental.

—¿Qué haces aquí?

Un carraspeo me hace acordarme de que no estamos solos. La señorita de labios rojos, ojos azules, tacones de infarto y vestido negro entubado, me mira como si quisiera asesinarme. El señor parece más bien descolocado y divertido a partes iguales.

—Ahora voy, padre. Estela espérame en mi oficina...

—Pero, Héctor...

—Vamos, Estela. —interrumpe el padre de mi Héctor Grey, llevándosela hacia dentro.

—¿Qué haces aquí? —vuelve a reiterar.

—Pues... —me muerdo los carrillos intentando pensar una mejor excusa que la de los folios. Repaso todas las pelis que he visto en mi vida, en las que saliera oficinas, edificios, empresas... —vengo a comprar acciones, quiero acciones. Me dijeron que estaban en oferta y pues... a eso vine, a comprar algunas. —sonríó ampliamente después de la retahíla que suelto y retuerzo mis dedos en mi espalda esperando su reacción.

Sus ojos escrutan mi cara, cada poro, peca y centímetro de esta y sus pupilas se dilatan al mismo tiempo que sus labios se estiran. Lanza una risa al aire, de esas que tienes que agarrarte el estómago. Y aunque suene estúpido y en realidad lo que está haciendo es reírse de mí en mis narices, mi corazón da un nuevo palpito seguido de otros miles más.

Cuando ya para de reír, tengo que obligar a mi cara a enfurruñarse. Él niega y se seca del rostro, con las manos, las lágrimas que han salido de sus ojos de tanto reír.

—¿De dónde has salido y por qué coño no has aparecido antes?

Después de remitir los resquicios de su risa, se queda observándome maravillado. Sé que le gusto, lo sé porque puedo leer su mirada. Puedo sentir la atracción que hay entre los dos. Y eso me llena de alegría.

Pero la dicha me dura poco. La rubia siliconada con complejo de muñeca hinchable, sale como un vendaval, engancho su brazo al de él.

Sí, parece ser que la tipa, es su novia.

La felicidad se esfuma de mi cuerpo a la velocidad de la luz. Mi labio inferior empieza temblar y antes de que me vean llorar, paso por su lado y me voy.

Escuchando como me llama a lo lejos.

Por el camino entre sorbidos y sollozos silenciosos, entro en el supermercado que está en la esquina junto a mi piso. Que seco la cara con las mangas de la chaqueta y sigo por el camino de los lácteos haciéndome la digna. Nunca he sido una loca enamoradiza, es más, creo que de los pocos novios que tuve, jamás me he llegado a enamorar. Y ahora voy, conozco a un tipo de la peor manera posible, cayendo de culo espatarrada, y ¡pum! mi estómago se revuelve cada vez que pienso en él, y solo deseo arrebujaarme en su costado y echar raíces.

Agarro un gigantesco bote de helado de chocolate y una caja de galletitas baja en calorías y me dirijo a la caja a pagar. Mi amiga en este caso me diría: “Eso es como comerte un caballo y pedirte una Coca-Cola Light, una estupidez”

Ruedo los ojos ante ese pensamiento y pago por mis cosas antes de irme. Si hay otra cosa que hago muy bien, es hacer lo que me sale del *potorro*. No consiento que nadie me dé órdenes ni me diga como tengo que hacer cualquier cosa en mi vida privada. Solo mis jefes tienen el derecho a exigirme, y solo porque me dan de comer.

Ando por la acera un par de metros hasta que llego a mi portal, según mi reloj, tengo tres horas para zamparme el helado y media caja de galletas. También de ver una peli de esas de amor que luego muere alguien, dejándote hecha un despojo humano.

Sí, un plan perfecto cuando se sufre mal de amores.

Subo las escaleras, ya que ir en ascensor me da auténtico pavor. Por no decir que me cago patas abajo, cada vez que veo ese habitáculo del demonio. Debe ser porque de pequeña me quedé encerrada en uno, sola, y no me sacaron hasta las cuatro horas, que fueron lo que tardaron en darse cuenta de mi desaparición.

Cuando llego a casa, me recibe el silencio de mi hogar. Mi labio tiembla de nuevo y sin pensármelo saco el bote de helado, lo abro y meto el dedo para luego llevarme un buen pegote a la boca. Voy a la cocina, meto el bote en el congelador y las galletitas las dejo encima de la encimera y me encamino hacia el cuarto de baño. Necesito una ducha caliente y entonces podré disfrutar de mi plan de solterona.

Una vez que estoy vestida con unos vaqueros y mi bonita camisa azul, agarro mis tesoros, los amontoño en la mesa y acciono el DVD, decantándome por *Titanic*.

Entre lágrimas, y comer como una ceporra, paso el tiempo hasta que la alarma suena, haciéndome dar cuenta de que ya tengo que ir a trabajar al restaurante.

La tripa me duele y es que almorzar helado y galletas solo se me ocurre a mí. Pero eso sí... el despecho está castigado en un cajón de mi mente, a buen recaudo. Lo que me faltaba ya es que pareciera una imbécil llorando por los rincones en el trabajo.

Una vez llego, me coloco el uniforme que consiste: en pantalones negros y camisa del mismo color con ribetes rojos en los extremos de las mangas, con

el logo del restaurante en la pechera.

Con lo cómoda que voy en la cafetería, que solo con ponerme un bonito delantal amarillo encima de mi ropa, va que chuta; aquí tengo que ponerme este crimen contra la moda. No es para nada sexy ni bonito y contando que el pantalón me queda tan estrecho que casi no puede agacharme y la maldita camisa a botones, deja ver mi escote mucho más de lo que quisiera, soy todo un espectáculo digno de ver.

Me gusta gustar, eso sí, soy coqueta como yo sola. Me gusta hacer que un hombre me mire y diga en su mente: ¡pero qué bombón! Pero lo que consigo con éste maldito uniforme, que no sé por qué mierdas mi jefe no me da una tallita más aunque sea, es que me tomen por una cualquiera.

El servicio de cenas empieza y la gente comienza a llegar en bandada. Eso es otra cosa que odio de este trabajo, en vez de venir de a poco, una vez llega la hora de cenar entran todos que parecen moscas yendo hacia la mierda. Aunque el concepto más acertado para la clase de gente que aquí frecuenta es más bien: Como ricos al caviar. Y es que muchos de ellos hasta en la tele los he visto.

Llevo cuatro años trabajando aquí y ya me he acostumbrado a ver de todo. Ya me imagináis mi primer día y encontrarme al mismísimo Mario Casas comiendo junto con su familia... caí de rodillas junto a él y si no hubiera sido porque mi compañero me sacó de allí, hubiera hecho el ridículo.

Sirvo mis mesas asignadas y llevo bebidas y aperitivos. La elegancia y la pomposidad se respiran en el aire y tengo que reprimir una arcada. Mi colonia de imitación, huele veinte veces mejor que todos aquellos perfumes con olores prácticamente parecidos.

Me dirijo a la mesa seis, de dos comensales. Mi compañero, “el *sommelier*” me dio la orden del vino escogido y con todo mi arte llevo la bandeja con el vino abierto y las copas. El primer impacto hace que mi corazón se dispare y las manos me tiemblen. La bandeja se tambalea, el vino se cae y las copas gracias a dios se rompen en la bandeja y no en el suelo o en la mesa.

Una mancha gigantesca cubre su bonito pelo y vestido color blanco. Yo no hago más que mirarlo a él. Mientras que su acompañante chilla desquiciada y fuera de sí, lo inútil que soy. Por fin su mirada me suelta y puedo respirar. Parece como si no lo hubiera hecho en meses, estoy ahogada.

La mujer luego de echar sapos y culebras sobre mí, y yo quedármela mirando como si nada, se va despavorida hacia el baño. Por el momento que

duró el pataleo, el murmullo cesó, pero ahora todos comen y beben de nuevo como si no hubiera pasado nada. Hasta la música parece volver a reproducirse.

Coloco la bandeja en la mesa y empiezo a recoger los platos manchados de vino, para después cambiar el mantel. De reojo veo como Héctor se aguanta la risa, tapándose la boca. Una vez que acabo de colocar los nuevos utensilios y demás, su voz me detiene de marcharme.

—Ten más cuidado la próxima vez... las manchas de vino son imposibles de quitar y ese vestido cuesta mucho dinero...

Miro sus ojos. Hay un claro desafío implícito en ellos, como también estoy segura que el coste del vestido le importa una soberana mierda. Y otra cosa que tengo constancia es que tiene ganas de tirarse al suelo y reírse a carcajadas. Y no corta ni perezosa digo todo lo que pienso:

—Es una arpía, le ha venido bien que alguien le haya apagado los humos. Y por si no te has dado cuenta, no es tan glamurosa con el maquillaje corrido. Apuesto a que la belleza que rezuma, no es la misma recién levantada. Con sus respectivas legañas y sin potingues en la piel.

Él me observa, callado, mudo. Pero sus ojos dicen que mis palabras lo han descolocado.

—¿Es que no tienes filtro?

—¿Esa es una pregunta trampa?

Las comisuras de sus labios tiemblan y sin vergüenza lanza una carcajada de aquellas que tanto me gustan.

—Tu novio no se aburrirá contigo... —dice entre risas.

Yo le voy a contestar cuando la presencia de la bicha, aparece cortándonos el rollo. Su vestido ya no es blanco impoluto, tiene manchas oscuras por doquier.

Héctor vuelve a estar serio.

—¡Le habrás puesto en su lugar! —refunfuña una vez se sienta en su silla como si fuera miss España.

—Ha sido un accidente, cariño... —intenta él calmarla.

—¡Y un cuerno! —ladra tirando la servilleta de mala gana, que previamente estaba bien doblada sobre el plato.

Me disculpo con ella, cuando la presencia de mi jefe se alza en mi espalda y él se encarga de arreglar lo sucedido. Apuesto mi sueldo a que gracias a mí, esos dos cenarán gratis.

Después de la regañina que me da mi jefe y de hacerme prometer que

tendré más cuidado a partir de ahora, me largo al baño a descansar un rato. No sé cuánto tiempo me llevo metida en el cubículo cuando escucho la puerta abrirse y cerrarse. Me digo que ya es hora de salir y cuando abro lo veo allí. Frente a mí tarareando. Con los pantalones desabrochados y orinando como si nada. Como si el sonido de su pipí, no fuera lo más bonito que he escuchado nunca...

Su cabeza se alza y nuestros ojos se encuentran en el espejo. Él pega un brinco al mismo tiempo que se acerca al orinal casi incrustándose en él.

—¿Qué haces aquí? Sabes que es el baño de hombres ¿cierto?

Él termina de hacer sus necesidades y se abrocha los pantalones para después girarse hacia mí, metiéndose la camisa por dentro.

—¿Y quién te dice a ti que yo no lo soy?

Se deja caer en la pared, se cruza de brazos y con esa sonrisa canalla que hace que los vellos se me pongan de punta, me observa desde la punta de mi cabeza, deteniéndose en la curva de mis pechos, pasando por mis caderas y vuelta a mis ojos. Todo sin siquiera pestañear. Como si no quisiera perderse nada de mí.

—No lo creo... —dice acercándose unos cuantos pasos hacia mí.

Yo me choco contra la puerta tras mi espalda.

—¿Y por qué no? a lo mejor tengo un pene más grande que el tuyo...

Su risa corta el aire y da dos pasos más hasta dejarse caer de costado sobre la misma puerta en la que estoy apoyada. Ahora está cerca de mí, tan cerca que puedo ver el bosque de sus ojos.

—¿Y dónde lo guardas? —pregunta mirando hacia mi entrepierna.

Automáticamente aprieto mis muslos.

—¿Dónde lo guardas tú?

Su sonrisa se ladea y su cara se inclina hacia la mía. Su respiración mueve mi flequillo y su aliento golpea mi nariz y labios.

—¿Estás intentando provocarme?

«¡Eso digo yo! ¿Es que quieres provocarle? ¿Qué pretendes, que te enseñe el pene?

—Sí... —contesto a la voz de mi conciencia.

—¿Sí? —pregunta él enjaulándome con sus brazos. Mirándome fijamente a los ojos, con las pupilas completamente dilatadas, haciendo desaparecer el follaje de las hojas bajo nubes negras.

—No... —susurro.

Cierro los ojos cuando su cercanía se hace demasiado intensa para mí. La

tensión del ambiente se puede tocar. Al igual que parece como mi sentido común, si es que tengo alguno, se esfuma. Me embriago con su rico olor y puedo sentir como poco a poco su boca se acerca a la mía.

Cuando estoy por gemir de verdadero placer, la puerta de entrada se abre rompiendo la magia. Con la mala suerte que mi mano que agarra la manija de la puerta de detrás de mí, hace que se abra y caiga dentro del cubículo cayendo de culo en el váter.

—¡Dios! ¿Estás bien?

Sus manos agarran mis brazos y me alzan ante la atenta mirada del hombre que ha entrado. Y muerta de miedo, me zafo de su agarre y salgo del baño.

He estado a punto de besarle... a punto de besar a un hombre comprometido, si no es que está casado.

Si hay otra cosa que no consiento en esta vida es ser la otra de alguien. Un segundo plato, la puta la cual ningunea a su antojo, mientras que tiene a su esposa esperando en casa con los niños y la cena puesta.

Enfadada conmigo misma y hecha un basilisco, me pongo a trabajar. No lo vuelvo a ver en lo que resta de noche y es que cambio mis mesas por las de David, que están en el extremo contrario a donde él cena con su novia. No tengo la mínima gana de verlo tontear con ella cuando pocos minutos antes, había estado a punto de besarme.

Pasan los días, una semana concretamente y aquí estoy. Plantada en la acera, pasando mi peso de un pie a otro, justo en frente del edificio donde trabaja. No sé en realidad qué pretendo hacer aquí, siquiera sé qué haría si llego a verlo. La última vez por poco nos besamos y aunque ese día acabé indignada y enfadada, ahora me muero por hacerlo con todas mis ganas. De sentir sus manos quemando mi piel, de saborear sus labios y mordisquearlos...

Esta semana ha sido todo un infierno. Alex me dice que no es más que un sueño, que mi mente calenturienta y falta de descanso, me ha hecho imaginar. Y por muy idiota que suene, hasta yo he empezado a creérmelo. ¿Y si todo ha sido un sueño?

La puerta se abre y un hombre rubio sale a toda prisa mirando de un lado a otro en la calle hasta que su vista cae en mí. Suspira en alivio y anda a mi dirección para después agarrarme del brazo.

—Menos mal que está aquí, señorita Montenegro. La reunión ha empezado hace como media hora y todos están esperándola.

Abro la boca para protestar pero cuando veo que nos adentramos en el imponente edificio, me callo de golpe. No sé quién coño es esa señorita Montenegro, lo único que me importa es que estoy dentro y desde allí puedo verlo.

Andamos a toda prisa, haciendo que mis tacones resuenen en aquel suelo blanco impoluto que parece que lo limpian a conciencia. Varias personas trajeadas, caminan de un lado a otro, con prisa, sin pararse a mirar nada más que su camino.

Suerte que no trabajo en una cosa así, el estrés me mataría.

Llegamos al ascensor donde mi cuerpo se tensa a más no poder. Tiro de mi brazo y estoy dispuesta a marcharme, cuando el chico vuelve a agarrarme y me incitarme a entrar.

—Prefiero subir por las escaleras, gracias.

—Pero son veinte pisos, señorita.

Lo miro con ojos entrecerrados.

—Me hace falta hacer deporte y a usted también... —observo su cuerpo escultural de arriba abajo.

El muchacho está como quiere. Pero eso no me hará subir a ese cacharro del demonio.

—¿Está insinuando que estoy gordo? —sus mejillas se tornan rojas pero antes de decir nada más, tira de mí haciéndome entrar en el habitáculo en contra de mi voluntad.

Hay tres personas más allí metidas y no si es mejor o peor que estar sola con él. La desesperación sube por mi estómago hasta llegar a mi garganta. Atenazándola, haciéndome imposible la acción de respirar. Empiezo a jadear haciendo que todos los presentes me miren. Tranquilamente podrían pensar que estoy en trabajo de parto como mínimo.

Los ojos se me nublan por las lágrimas mediante siento que nos deslizamos a una velocidad de vértigo.

—Me muero... —lloriqueo espatarrándome en el suelo.

El chico a mi lado me habla pero no lo escucho. No hasta que las puertas se abren.

Como si me hubieran metido un petardo en el culo, salgo de allí casi tragándome el suelo de un traspie. Pero por suerte ya estoy fuera de ese cacharro inmundito.

—Señorita... ¿Está bien?

—¿Tú ves que estoy bien?

El me mira de arriba abajo y veo como ha malinterpretado mis palabras completamente. Me tapo las tetas inconscientemente.

—Eres un cochino.

El chico ríe y vuelve a agarrarme del brazo llevándome a dios sabe dónde. Yo me dejo guiar mientras veo todo a mí alrededor. Es una sala gigante, donde paredes de pladur separa en habitáculos cada puesto de trabajo. Gracias a mi taconeo soy el centro de atención de todos los que allí teclean furiosos en sus ordenadores. Y sonrío orgullosa al haberme puesto mi vestido favorito.

Y es que el rojo me favorece un huevo...

Ando como si estuviera en la pasarela *Fideles*, como mínimo y entro a un despacho donde el rubio me indica. No soy verdaderamente consciente de lo que ocurre hasta que estoy allí. En mitad de una sala de juntas, con una mesa ovalada gigante en el medio y como cien personas, mirándome directamente a mí.

—Señores, la señorita Montenegro.

Todos me dan los buenos días y yo tartamudeo como imbécil. Repaso cada cara, y cuando llego a la suya el alma me llega a los pies.

Está impactado ante mi presencia pero luego, su rostro se relaja y sus ojos llamean. Su sonrisa ladeada y canalla se hace presente y yo me hago gelatina. Una semana sin verlo y parece que lo conozco de toda la vida. Como me gustaría atravesar la mesa a gatas y comerme esa boca tan apetitosa que tiene.

—Puede empezar con el proyecto, señorita Montenegro...—dice el hombre de pelo cano y con cara seria, que preside la mesa. Que puedo recordar es su padre.

Trago saliva nerviosa y miro de nuevo a Héctor. Este se tapa la boca con los dedos, aguantándose la risa. «Cabrón»

El jefazo, supongo que es, por su presencia imponente y férrea, carraspea haciéndome dar un respingo.

—Pues el proyecto... —empiezo a decir titubeante—, trata de... lo que ya sabéis... eso que os va a hacer millonarios. ¡Cómpralo, no os vais a arrepentir! Y sin más... gracias.

Corro fuera de allí dejando a todos boquiabiertos. Corro todo lo que puedo hasta llegar a las escaleras pero no llego al quinto peldaño que alguien me agarra de la cintura y me hace voltear.

No reacciono, solo siento sus labios pegados a los míos. Quemándome con su cuerpo y haciéndome saborear el cielo. Sus dientes muerden mi labio inferior y gimo sin poder remediarlo. Mis manos rastrillan su pelo, suave y sedoso, a la vez que me aprieta contra él con toda su fuerza. Las mariposas explotan en mi estómago, creando una maravillosa y única sensación de plenitud y gozo.

Jadeantes, buscando aire y sin soltarnos, nos miramos a los ojos. Sus pupilas están dilatadas, brillantes de deseo.

—Cuando pensé que no te volvería a ver... vas y apareces de la nada, descolocándome —susurra acariciando mis mejillas con los pulgares.

Y entonces una presencia se solidifica a nuestro lado. La rubia nos mira a ambos, con instintos asesinos. No le doy opción a elegir, ya que yo saldría perdiendo. Por lo que sin más, me suelto de él y bajo las escaleras.

No viene detrás de mí y eso me hace llorar desconsoladamente.

Héctor

—No me pongas esa cara... —le ladro pasando junto a ella.

Por su culpa Valeria se ha marchado y dudo que, como es, me deje siquiera explicarle.

—La has besado.

Paro de andar y me giro encarándola.

—¿Y?

—¿Cómo que “y”? no te consiento que te manosees con nadie delante de mis narices...

Mis ojos se abren como platos y juro por dios que lo que más me apetece es tirarme al suelo y reír a carcajadas.

—¿Tengo que recordarte que puedo hacer lo que me venga en gana? No soy nada tuyo, no lo soy, Estela. Ya no más. —vuelvo a girarme en dirección a la sala de juntas pero ella agarra mi brazo, tirando de él contra ella.

—Pero...—la mirada que le doy hace que se calle y que sus ojos se cubran de lágrimas.

Me zafo de su agarre y echando humos entro en la sala. Mi padre se levanta y le hago unas señas para que me acompañe. Estela se une a nosotros, sin ser invitada. La verdad me da exactamente igual.

Me siento en mi sillón y hago a mi padre sentarse en la silla de enfrente.

Estela se deja caer en la mesa. La miro de reajo viendo cómo ni corta ni perezosa, ella se acomoda más y espera paciente a lo que fuera que vayamos a hablar.

—¿Qué ha pasado Héctor? ¿Quién era esa chica? —interviene mi padre haciéndome dejar de asesinarla con la mirada.

—¿Te acuerdas de la pordiosera que estaba detrás de los contenedores? —le contesta Estela justo cuando yo voy a abrir la boca para explicarle. Eso me hace apretar los puños y contenerme para no zamarrearla y echarle a patadas.

Mi padre la mira para luego posar sus ojos sobre mí.

—¿Eso es verdad, hijo?

—Primero, modera tu lenguaje, Estela. No es ninguna pordiosera. Y sí, papá... es ella. Jaime debe haberla confundido con la señora Montenegro. Es nuevo y lo único que sabe es que tiene el cabello largo y castaño. Valeria cumple con la descripción.

Mi padre asiente y luego sonrío hasta tal punto de casi separar su cara en dos.

—Me gusta esa chica... no me he reído más en toda mi vida. Me recuerda tanto a tu madre...

La puerta se abre al mismo tiempo que agarro la mano de papá con cariño. Jaime entra sudando como un pollo bajo el traje gris de tres piezas y nos mira como si hubiera visto un crimen.

—Jefes... siento lo de antes. La señorita Montenegro, la de verdad, está ya en la sala de juntas.

Me levanto junto con mi padre y teniendo a Estela detrás de nuestros culos, nos dirigimos hacia la reunión. Yo de lo único que tengo ganas es de volver a ver a Valeria y besarla hasta cansarme.

La oscuridad suma de penumbra toda la habitación. Son cerca de las tres de la madrugada y no consigo conciliar el sueño. No sé lo que me pasa y por muy loco que suene, ojalá este sin vivir me dure para siempre. Tanta monotonía en mi vida me estaba pasando factura. Si parecía más viejo que papá... y eso que me dobla la edad. Pero ahora... ahora quiero cometer locuras, lanzarme al vacío y dejar todo atrás. La última locura que se me ha ocurrido hace apenas unos minutos es en ir al restaurante y raptarla. Llevármela conmigo al chalet de verano, aunque fuera hiciera cero grados.

Todo por estar junto al torbellino que ha vuelto mi mundo del revés. Revolviendo mi corazón.

Con su cabello suave, que aún lo siento deslizarse por entre mis dedos... el tacto de sus labios en los míos; cálidos, suaves y deliciosos... su cuerpo: una explosión de belleza con sinuosas curvas. Su manera de actuar, su cerebro sin filtro, que hace que diga todo aquello que se le cruce por la cabeza.

Me tiene loco y con una sonrisa constante desde la conocí. Y es que el destino ha querido ponérmela en el camino, cuando más me hizo falta.

Aún recuerdo el cabreo que llevaba entonces, la frustración que me consumía y las ganas de golpear algo hasta dejarlo hecho añicos. Pero entonces mi furia hizo que la cayera con tanta fuerza, que realmente pensé que la había roto. Verla allí tirada. Con los cabellos arremolinados, los ojos cerrados y expresión de dolor...

La preocupación me embargó tanto que no me lo pensé dos veces antes de ayudarla a ponerse de pie. Y una vez que su mirada quedó a la altura de mis ojos, olvidé cómo respirar. Tan hermosa, con sus labios rojos, como si se pasara los días mordisqueándolos. Su piel blanca, como si ni los rayos del sol se atrevieran a rozarla para no dañarla.

¿Puede alguien enamorarse a primera vista?

Si me lo preguntasen a mí, sabría la respuesta: No, hasta que la conocí.

Valeria

—¡Buenos días! —Alex me saluda una vez que entra a la cocina. Le sonrío, o eso pretendo hacer, mas no me sale más que una mueca desagradable—. ¡Uy! ¿Y esa cara? ¿Todo bien con tu cliché con patas?

Ruedo los ojos y sigo tostando el pan de los primeros clientes de la mañana. No quiero hablar de él. No cuando me he pasado toda la santa noche, las pocas horas con las que cuento, pensando en qué postura del camasutra la estará follando a la muñequita hinchable.

—No quiero hablar de él... —mi labio tiembla y los dedos de Alex agarran mi barbilla para así obligarme a mirarla.

Pestañeo al mismo tiempo que dos lagrimones cruzan mis mejillas.

—Ay, Vale... ¿qué te pasa?

Me deshago de su agarre y sigo con mi tarea.

—Pasa que tiene novia. Una novia perfecta, rubia, con ojos azules y con cuerpo de *top model*.

—Ya decía yo que alguien tan perfecto, como tú lo pintas, no estuviera

emparejado o fuera gay.

—Pero me besó, Alex... me besó para luego largarse con la “piernas largas”.

De un tirón me hace dejar las tostadas en el plato y me gira hacia ella. Puedo ver la conmoción en su rostro.

—¿Cómo que te besó? ¿Cuándo?

Suspiro.

—Voy a llevar los desayunos, cuando acabemos, te cuento ¿Sí? Necesito unas horas para despejarme y trabajar me vendría bien.

Ella asiente.

—Está bien. Pero no te creas que te vas a librar de esa charla, señorita.

Sirvo los desayunos, intentando colocar la más falsa de mis sonrisas. Intentando no pensar en nada más que aún me queda seis horas de trabajo por delante y tengo que dar el callo.

—Y eso fue lo que pasó...

Me acomodo en mi sofá, haciéndome una bolita humana, con manta incluida y sigo mirando a un punto imaginario en el suelo. Alex está terriblemente callada y yo tengo ganas de llorar por enésima vez. Lo último que me apetece es recordar lo sucedido, y como el muy cabrón después de besarme, se queda a atender a su novia.

—Valeria... ¿y si no es su novia? Digo... puede ser una tipa que se muere por él, una amiga la cual está celosa de lo que tenéis.

—Alex, la llamó cariño.

—Tú le dices cariño a tus amigos, no seas agonía, por dios... —espeta ella, sentándose a mi lado y abrazándome —Y si es su novio, déjame decirte que da mucho que desear. Eso de reírse cuando una camarera le mancha un vestido de miles de euros, o besarse con otra en el mismo edificio donde ella trabaja... es de ser un maldito mamón.

Río y sorbo por la nariz. Tiene más razón que un santo pero aun así, no logro quitarme la desazón que aprieta mis entrañas.

Alex, chasquea la lengua y acaricia mi mano con cariño.

—¿Quieres que te cubra en el restaurante, hasta el miércoles? Así descansas, duermes y vuelves a ser persona. Quién sabe y se te quita el enamoramiento enfermizo que portas...

—¿Harías eso por mí? —mis labios forman un puchero y ella sonrío para luego sentarse a mi lado y abrazarme.

Alex puede ser una perra cuando quiere, pero sé que no hay mejor amiga que ella.

—Claro que sí, tonta. Descansa, y mañana vendré a verte. Me debes una.

Le sonrío y tras despedirnos con un último achuchón se marcha. Después de que la puerta se cierre, me quedo mirando las cuatro paredes de mi sala. El tictac del reloj empieza a resonar en algún lugar imaginario, ya que el único reloj que tengo es el del móvil.

—Y ahora... ¿Qué hago yo con tanto tiempo libre?

No acabo de cuestionármelo, antes de que mis ojos se cierren y caiga rendida en los brazos de Morfeo.

Héctor

—Estás perdido, hermanito. —la carcajada de mi hermana me hace rodar los ojos. Pero por mucho que quiera cabrearme y mandarla a la mierda no puedo.

Tiene razón. Estoy perdido. Perdidamente loco por una completa desconocida.

—¿Vas a estar dándome la tabarra toda la santa tarde, Priscila?

Se inclina sobre mi mesa, riéndose con ganas, incluso secándose los ojos de las lágrimas que los rasan.

—¡Ay, Héctor! Si es que esto solo te pasa a ti... y yo que pensé que desde que estuviste con la petarda de Estela, te había atrofiado la sesera.

—Priscila... esto es serio. Si lo llego a saber no te lo cuento.

Mi hermana intenta parar, respira profundamente y cuando ya su risa remite me mira fijamente a los ojos. Ojos como los de mi madre.

—Mira, cariño... ante todo me alegro de verte así. Perdidamente, nervioso, enamorado... es la primera vez en mucho tiempo que te veo vivir.

—¿Estás intentando decirme que soy un aburrido?

Ella hace una mueca graciosa con los labios, se levanta y anda hacia mí, hasta sentarse en mi regazo.

—Eras un puto muermo, hermano. Eras un zombie a dieta de sesos.

Pongo cara de asco al mismo tiempo que ella sonrío y me abraza.

—Y si tanto te gusta... ¿Qué haces que no vas a por ella?

Trago saliva y me pongo a cavilar diversas opciones. Una de ellas es quedarme quieto y esperar a que el destino vuelva a hacer de las suyas y la ponga en mi camino. Y la otra... nadar contracorriente, echar a correr y lanzarme a por ella.

Me levanto de la silla haciendo que Pris chille por la sorpresa y tras besarle la coronilla salgo corriendo.

Ya es hora de que vuelva a luchar por algo.

Llego al restaurante casi racheando con las cuatro ruedas. Aparco de cualquier manera haciendo que el valet me mire con cara de pocos amigos. Le tiro las llaves e ignoro lo que me grita, al mismo tiempo que abro las puertas y entro. La recepcionista me intercepta antes de poder entrar.

—Perdone, señor. ¿Tiene reserva?

—No, vengo a buscar a un apersona. Es urgente.

—Señor le agradecería que esperara fuera. Sin reserva no puede entrar al comedor.

—Es una camarera, se llama Valeria. Tengo que...

—¿Valeria?

Una chica menuda, alta y con unos grandes ojos, aparece de la nada. Asiento enérgicamente e intento zafarme del agarre de la mujer, pero nada. No me suelta ni para atrás.

La chica llega hasta nosotros y tras asentirle a la recepcionista, me agarra del brazo y me saca fuera del establecimiento.

—¿Quién eres tú y qué haces buscando a Valeria?

—¿La conoces?

—Es mi mejor amiga, así que más vale que me digas qué cojones quieres de ella.

—Soy Héctor, aunque supongo que ni ella sabrá mi nombre. Nos conocimos hace unos días y...

—¿Eres el maldito cliché con patas? ¿Su Héctor Grey? ¡Joder, pues vaya con la mosquita muerta! —Su mirada repasa mi cuerpo de arriba abajo con descaro y mi desesperación va en aumento—, aun así, dime qué quieres de ella.

—Quiero verla. Deseo hablar con ella.

—Ella no está y no pienso ayudarte. —se gira para volver dentro pero cierro la puerta un segundo después de que ella la abra para entrar.

—Por favor...

—Ya te he dicho que no.

Y entra después de lanzarme una mirada digna de una arpía. Pero mi determinación y cabezonería recién adquiridas, hace que sin darme por vencido, me siento en mi coche a esperar. Si tengo que pegarme a su culo día y noche lo haría. Todo sea por conseguir algún dato que me permita tenerla cerca.

A eso de las dos de la madrugada, muerto de sueño y con un agujero en el estómago que no es ni medio normal, por fin veo a la chica salir del restaurante. Con tranquilidad camina hacia los coches aparcados en fila, supongo que de los demás trabajadores, ya que no quedaba ni un alma a estas horas; se mete en un Ford rojo para luego arrancar y poner rumbo calle arriba.

Acciono el motor y como todo un experto del espionaje, la sigo. Viro a la izquierda, manteniéndome pegado al coche que va justo detrás de ella. Una vez que sepa donde vive, solo tengo que volver mañana y obligarla a hablar. Justo ahora que sé lo que quiero, no voy a darme por vencido.

A la mañana siguiente y habiendo puesto un mensaje a mi padre por mi ausencia. Me perfumo y visto complacido por el resultado. Puede que suene vanidoso, pero para qué mentir, me veo guapo y atractivo. Mi sonrisa ha crecido en las últimas semanas y por no hablar que tengo hasta mejor color. ¿Será verdad lo que dijo mi hermana de que parecía un zombie?

Niego con la cabeza a la vez que una carcajada corta el silencio que reina en mi casa. Agarro las llaves y salgo aun cuando el día no ha despuntado todavía.

En cuanto llego a la fila de apartamentos de la calle Fermín, estaciono justo frente al portal. Solo espero que esa chica no tarde en salir para ir a trabajar. Y como si todos los planetas se hubieran alineado esta mañana, la chica sale y emprende camino por la acera, después de cerrar el pesado portón.

Me bajo del coche y trote hasta alcanzarla. Un gruñido me hace saber que ha percatado mi presencia y que sabe que soy yo el susodicho.

—¿Qué demonios quieres? —gruñe girándose con la boca apiñada y los brazos cruzados.

—Quiero ver a Valeria. No te dejaré en paz hasta que me digas donde puedo encontrarla. Seré el mayor dolor de cabeza que jamás hubieras tenido y...

—¡Corta el rollo! No te diré un mojón. ¿Pretendes que te diga dónde está mi amiga después de haberle hecho lo que le hiciste? Eres un infiel hijo de puta que no sabe mantener la polla dentro de los pantalones por más de dos segundos. Vete con tu novia y déjala en paz.

Después de soltar aquella parrafada, se voltea y sigue su camino con paso apresurado. La chiquitaja tiene carácter y si no estuviera desesperadamente enamorado de su mejor amiga, le hubiera invitado a salir.

¿Es que soy masoquista?

—Deja de seguirme... —murmura con voz cansina parándose en un paso de cebra a que cambie el color del semáforo.

—No sé qué te contó Valeria que ocurrió ese día que supone que ocurrió... y no tengo novia.

El semáforo cambia a verde y los transeúntes que nos rodean se dispersan, dejándonos a ambos solos en el bordillo de la acera. Ella mira al frente y cuando creo que no va a decir nada, me mira ceñuda y exclama:

—¡Y quien coño es la que Valeria dice que te acuestas todas las noches y le haces yo no sé qué perversidades con un látigo! Cualquiera día esta mujer me mata a disgustos. —sube la mano hasta sus sienes y masajea a conciencia.

Yo me río sin poder remediarlo.

—¿Qué? —le pregunto sin poder coger por ningún lado lo que acaba de decir.

Y sin esperármelo la chica empieza a desternillarse de la risa contagiándome a mí. Cuando por fin nos calmamos ambos caminamos por la avenida, en silencio. La tensión entre nosotros ha cambiado y puedo ver que está más cómoda ante mi presencia. Eso significa que puede que me dé la información que necesito.

—Yo... —empiezo.

—Ve al parque que hay junto a la fuente de los deseos. A Valeria le encanta ir allí cada tarde, justo antes de entrar en el restaurante. —me mira y sonrío—, lleva helado de chocolate contigo.

Agarro sus mejillas y le estampo un beso en la frente que la hace reír. Y tras despedirme de ella y decirme la hora exacta a la cual presentarme, corro

de nuevo hacia mi coche.
Esta tarde tengo una cita.

Valeria

Con pesadumbre y la cara de tres metros, me miro en el reflejo del agua. Aprieto mi mano fuertemente como si la moneda pudiera escapar y privarme de pedir mi deseo, que cada día me empeño en pedir.

Aunque esta vez, sería distinto. No pediré lo mismo de siempre.

—Deseo que te enamores de mí, y dejes a la siliconada —empiezo a murmurar en voz baja—, quiero que me beses cada día, el resto de nuestra vida y que me quieras.

Tiro la moneda con una sensación extraña en el pecho. El ambiente cambia y creo escuchar una sutil melodía tocada a piano.

—Deseo concedido... —me susurra una voz en el oído, haciendo que mis vellos se ericen y el aire se me atore en la garganta.

Me giro poco a poco pero antes de verlo por completo, me agarra de la cintura con un brazo, me atrae hacia él y devora mis labios a conciencia. Llevándome al éxtasis y al más puro frenesí.

—¿Quieres ser mi dulce locura?

Fin.

Mi campeona

Al ritmo de trote, cruzo la calle dirección al parque frente a mi casa. Mi respiración sale a trompicones de mi boca y nariz y transpiro como una cerda. Todo esto estaría muy bien, si no llevara corriendo apenas veinte metros. Una gota de sudor baja por mi sien derecha, desembocando en mi cuello. Hago una mueca de dolor al sentir el ardor en mis pulmones.

Y es que empezar a correr de pronto sin ninguna preparación es lo que tiene. Pero quiero la maldita grasa fuera de mi cuerpo. *Necesito* lucir vientre plano este verano y no lo voy a conseguir dando malditos paseos largos, como me aconsejó mi buena amiga. Claro que la muy desgraciada, si puede permitirse el lujo de tener a su propio... ¿Cómo dijo? *Personal trainer*. Y ya cuando lo dice como si fuera nativa de Londres, me entran unas ganitas de estrangularle.

Miro mis nuevas deportivas a la vez que entro en una zona ajardinada. Ha llovido esta semana, y aún hay restos de barro entre las briznas verdes. Quiero llorar cuando veo las manchas marrones, decorar el material rosa chicle que tanto me gustó cuando las vi en el escaparate de los chinos. Pero en cambio, alzo la cabeza, muy diga yo, y sigo trotando como si lo hiciera toda la vida.

La realidad es totalmente distinta. Me falta el oxígeno y me duelen los gemelos, los brazos y hasta el coño. Las malditas mayas se aprietan tanto por la zona de las ingles, que un poco más y me corta la circulación de las piernas. Pero mi terquedad es tal, que por cojones tenía que entrar en una cuarenta. Y lo conseguí, aunque más tarde llegue a casa como el rosario de la aurora.

Tarareo la canción que se reproduce a través de mis auriculares, una de estas que vuelve locas a la juventud y sigo corriendo a trote. Cuando llevo un par de minutos, ya no sé si estoy más cansada de hacer ejercicio o de escuchar tantas veces decir al cantante: mamita, bebida y dale duro...

En mi ensimismamiento, cantando como un coro de gallinas en celo y mirando al frente como si en el horizonte se ondeara una brillante bandera blanca con la palabra meta en ella, no logro atisbar la enorme piedra que se interpone en mi camino. La muy puta aparece de la nada.

Mi pie se dobla, mi grito sale de lo más hondo de mi ser y el dolor llega

con todas sus ganas.

—¡Ay, dios mío! ¡Me muero! —cojeando como puedo, llego a un banco de madera que hay a la orilla del camino de tierra que cruza el parque. Pero no consigo sentarme antes de que unas manos agarren mis brazos haciéndome dar un respingo.

Mi cabeza vuela sobre mi hombro, vamos, que ni la niña del exorcista, y veo a un atractivo hombre, lleno de abultados músculos, bronceado y los malditos labios, bordeados por suave barba recortada, más bonitos que he visto y veré en mi vida.

Él habla, no lo escucho. Ay dios, que me he quedado sorda del golpe en el pie. Me quedo mirándolo embobada, con el miedo de quedarme sorda, olvidado, mientras que él con su increíble fuerza me lleva hacia el banco para luego sentarme en él.

Sus dedos agarran una especie de cuerda que cuelga de mis orejas y cuando tira, los pajarillos y voces de los niños que allí juegan, cobran vida a mí alrededor.

—¿Estás bien?

Alza la mano y con toda la naturalidad del mundo, aparta un mechón de pelo rubio, que se ha escapado de mi coleta alta. Su otra mano descansa encima de mi muslo y siento como esa zona empieza a arder sobremanera. Bendita sean las mayas baratas y la poca tela que tiene... también podría decirle que subiera la mano un poco más...

—¿Si sonríes es un sí? —pregunta estirando los labios a modo de sonrisa.

—Me doblé el pie —consigo modular a duras penas, pensando en el ridículo que habré hecho delante de él.

—Te vi, iba justo detrás de ti.

Vuelve a sonreír, como si sus palabras tuvieran otro significado... como si lo que estuviera haciendo detrás de mí, no hubiera sido precisamente admirar el paisaje a su alrededor.

Mis mejillas se calientan y alzo mi mano para abanicarme. Él se levanta colocando su muy protuberante entrepierna, gracias a esos leggings negros que viste, en toda mi cara. ¿Y ya está...? ¿Ni un preliminar?

Estoy por lanzarle un mordisco, cuando un chorro de agua fría cae en mi cuello. Ahogo un grito, jadeando a su vez, como si me estuviera ahogando.

—Estás a punto de desfallecer, déjame ver tu pie y te acompaño a tu casa.

Sus manos agarran mi zapatilla pero me adelanto, y sujeto sus brazos impidiéndoselo.

—¡No! tengo que seguir corriendo, o si no nunca tendré la fuerza de voluntad para volver a hacerlo. Y por dios, que como Alejandra me llamo, conseguiré bajar los diez kilos que me sobran. Ya sea a pata coja.

Él carraspea como si mi declaración le hubiera hecho gracia y se estuviera conteniendo las ganas de reír. Y ni corto ni perezoso, mi zapatilla sale de mi pie y sus manos masajean mi tobillo haciéndome callar la próxima protesta.

Me dejo caer en el banco, permitiéndole a él hacer su magia, incluso creo gemir de vez en cuando.

—No tienes nada grave, solo una leve torcedura. Por cierto... buena elección de música.

Abro los ojos y pongo atención a lo que sale de mis auriculares a toda pastilla. Una de esas canciones de reguetón se reproduce, haciendo que él mueva la cabeza al ritmo.

—Debe haberse colado... yo solo escucho clásica y poco más. —miento como una bellaca.

Él sonríe y tras darle una palmadita a mi pie, me pone el calcetín de la *Hello Kitty* y la zapatilla. Como el príncipe de la cenicienta pero la versión musculosa y erótica.

Grrrr...

Me ayuda a ponerme de pie, para luego sostenerme y así andar un par de pasos. La verdad el masaje me ha venido de perlas, por lo que el dolor se ha atenuado tanto que casi ni lo noto.

—Si fueras a un gimnasio, no sufrirías estos percances. Allí no hay piedras con las que puedes tropezar —dice al poco rato de habernos alejado del banco.

Nos dirigimos hacia mi casa, ya quiera o no, no iba a retomar mi carrera con el pie lastimado.

—¿Me lo pagas tú? —le cuestiono sonando un poco más borde de lo que pretendo. Hago una mueca y lo miro—, lo siento, no quería decirlo así. Solo que no puedo permitirme el pastizal que cuesta apuntarse a uno. Prefiero hacer sentadillas en mi casa mientras limpio el suelo y correr por el parque aunque tenga que esquivar las piedras.

—Eso está bien... pero necesitas preparación. No puedes correr así como así. Sé de lo que hablo como también sé que saliste de casa sin haber calentado siquiera. Tu pie está más hinchado de la carga y la caña que le has metido, que de la propia lesión.

Frunzo el ceño y subo el escalón con cuidado, antes de pararnos en la

orilla de la acera hasta que el semáforo cambiara. Me despego un poco de su costado, ya que su calor y olor de una mezcla entre sudor y gel de hombre, me está haciendo delirar.

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Eres de los obsesionados con el deporte? ¿Los que se pasan más rato mirándose al espejo que trabajando?

Él ríe animado y me vuelve a agarrar para a continuación retomar el camino. Sin poder remediarlo meto mi nariz un poco más en el hueco de su cuello y aspiro.

Ay joder... que me da...

—Bueno, no soy de esos musculitos sin cerebro, si a eso te refieres. Trabajo de esto. De mi cuerpo.

Salgo de mi cómodo escondite para mirarlo anonadada.

—¿Eres gigoló? ¿Streeper?

—¡No, no! —Lanza una carcajada al aire y nos paramos en mitad de la acera —Soy entrenador personal.

Pestaño como si la información que me acaba de dar no estuviera lo suficiente bien explicada para que mi imbécil cerebro pudiera procesarla. Está claro, el muchacho frente a mí, con toda esa carne dura, tibia y esas pantorrillas que ni Cristiano Ronaldo, se ejercita a conciencia cada día. Y después de darme una clase oral de cómo hacer ejercicio sin acabar desollada, queda aún más claro.

—¿Qué te parece si hacemos un trato?

Asiento ya que no soy capaz de hablar, por tenerlo tan malditamente cerca que su olor y calor, es lo único que me rodea.

—Yo soy tu entrenador personal, gratis, si tú me enseñas la ciudad. Vine hace un par de semanas, soy de Cádiz y nunca salí de allí. Trabajo en un pequeño gimnasio solo a un par de calles más allá. —señala a un sitio que ni me molesto en mirar.

Sé a qué gimnasio se refiere. Al que he querido apuntarme desde hace tiempo y no he podido por no tener ni para una semana. No es que fuera excesivamente caro, pero cuando con tu sueldo solo eres capaz de pagar el alquiler, facturas y subsistir a base de *tupper* de tu madre, ni una esterilla puedes permitirte el lujo de tener.

Así que con una gran sonrisa, intercambiar teléfonos y un achuchón apretado, le digo que sí. Todo sea por poder lucir tipazo este verano y hacer que la arpía de mi amiga, deje de criticarme.

—¿Cómo que tienes entrenador personal? ¿Has atracado un banco? — pregunta Emilia con su natural tono de voz chillón. Parece molesta y seguramente sea porque quiera o no, dentro de unas semanas luciré mejor que ella.

Una sonrisa de lo más malvada curva mis labios a la vez que peino mi pelo con mi mano libre.

—No, no robé nada, solo tengo entrenador y ya.

—¿Sabes lo caro que es eso? obvio yo ni me doy cuenta ya que si hay algo que me sobre es dinero —suelta una risilla de lo más gilipollas haciéndome rodar los ojos y estrujar el móvil con fuerza—, ¿Pero tú, Alejandra? Si casi no tienes para pagar el alquiler.

—Tranquila, yo sé lo que hago, solo te estoy informando de esto porque no podré ir a la convención esa que me pediste que fuera.

—¿Que, qué? ¿Cómo que no vas a venir? Ya confirmé tu asistencia, todo el mundo me mirará por no haber traído a una amiga conmigo. Seré la apestada, ¿Sabes lo que es eso?

—Sobrevivirás —y después de soltarle eso, cuelgo y procedo a arreglarme un poco más.

Quedé con Manuel, mi buenorro entrenador personal, en el parque donde nos conocimos para así darle el primer recorrido por la ciudad. Y no puedo evitar sonreír ante la expectación de volver a verlo. Con unos bonitos pantalones de licra negros de talle alto y una camiseta sencilla y cortita de color blanco a juego con mis zapatillas, salgo de casa cerciorándome de cerrar todo antes de salir.

Una vez cruzo la calle, lo veo. Unos jeans amoldan sus torneados muslos, abrazando su culo respingón que me hacen querer sobarlo hasta que no sienta las manos. Una vez llego a su lado, él se percata de mi presencia y se gira regalándome una preciosa sonrisa de dientes. No puede ser más guapo.

—¡Buenos días! —exclama dando una palmada en el aire. Se le ve ilusionado y lleno de energía. Algo me dice que llegaré a casa con tremendas agujetas, y no precisamente por el “ejercicio” que quiero hacer con él.

—Buenos días, Manu. ¿Por dónde quieres empezar? Hay montones de sitios que visitar.

—Lo primero es lo primero ¿Desayunaste?

Pestañeo en confusión y empiezo a recordar lo que hice una vez desperté. Niego con la cabeza no recordando haber comido nada. Él hace una mueca de desagrado y sin esperármelo coloca la palma de su mano en mi

espalda. Encontrando la única franja de piel al descubierto.

—El desayuno es la comida más importante del día, no puedes saltártelo a la torera. Si quieres realmente estar sana, deberás comer cinco comidas diarias y hacer ejercicio.

—¿Es que quieres cebarme? Por el amor de Jesucristo, no podré comer tantísimo. Si apenas como tres veces —protesto intentando seguir su ritmo.

Él suelta una risa para a continuación carraspear y negar con la cabeza. Me lleva con él a paso apresurado, como si tuviéramos prisa por llegar a donde demonios vamos a ir. Y cuando atisbo el local de mi buen amigo Antonio, estoy por chillar de la ilusión. Hace el chocolate con churros más bueno de la ciudad y solo de imaginármelo la boca se me hace agua.

Entramos, yo antes que él, cuando la voz de Antonio llamándome llega a mis oídos. Sonrío como una tonta al ver a aquel ejemplar de hombre oso, guapo y tremendamente imponente venir hacia mí con los brazos abiertos. Le cedo el abrazo y olisqueo sin querer el olor a chocolate que tiene impregnado en la camisa.

—Qué alegría verte —dice una vez que se separa de mí —, pero mira qué bonita luces hoy, para comerte con chocolate, hija mía.

Yo río complacida por su piropo pero la magia se rompe cuando un carraspeo y un nuevo tacto, rodeando mi cintura me recuerdan que no vengo sola. Antonio mira al hombre tras de mí, yo de reojo observo la sonrisa tirante y falsa que adorna sus labios.

—¿Y tú eres? —pregunta mi futuro entrenador con su natural descaro.

—Soy Manuel, un gusto—dice escuetamente antes de arrastrarme lejos hacia una mesa alejada de los pocos comensales que hay.

Miro sobre mi hombro a un Antonio perplejo y hago una mueca de disculpa. Él niega con la cabeza lanzando una carcajada de camino a la barra.

Nos sentamos yo frente a él y sin pensármelo le reprocho su comportamiento. No me conoce, no es nada mío para que tenga que celarme de esa manera. Siquiera somos amigos. Que esté bueno no le da derecho a marcar territorio, pobre Antonio.

—¿Por qué hiciste eso?

Él me mira un poco avergonzado y agarrando una servilleta de papel, se pone a rasgarla para luego empezar a hablar.

—Lo siento, lo hago sin querer. Es una manía que tengo o llámalo posesividad. Cuando estoy con alguien, ya sea familia o amigos, tiendo a sobreprotegerlos —suelta una risa amarga y soltando el papel hecho trizas en

la mesa, me mira como si no hubiera pasado nada. Como si su semblante no se hubiera oscurecido ante el recuerdo de algo o alguien —. Olvídalo, te prometo no hacer nada que te incomode.

—No, tranquilo. Yo a veces también soy así con la gente que me importa, solo no entendí que hicieras eso conmigo, no soy más que una mujer que acabas de conocer.

—Una muy bonita y a la que la miran por la calle a cada paso que da. Si no me hiciera falta el recorrido para conocer toda esta ciudad maravillosa, me hubiera negado a entrenarte. Estás bien así.

Sonríó tímida de repente y sintiendo mis mejillas arder por su culpa. Una vez comemos un par de tostadas con mantequilla baja en grasa y un café con leche desnatada, salimos de la cafetería, yo por lo menos, con más hambre con la que entré. Y eso que no se me abrió el apetito hasta que no me imaginé esas deliciosas porras cubiertas de chocolate y espolvoreadas de azúcar...

—Pareces como si en cualquier momento te vayas a lanzar contra esa papelera y devorarla. ¿Estás bien?

Dejo de mirar el recipiente y me río sin poder evitarlo. Niego con la cabeza y cojo aire para después soltarlo. Debo de pensar en los kilos que me sobran, tengo que meterme en la cabeza de que tengo que estar como una auténtica modelo este verano. Y pensar en porras, no me va a ayudar en lo más mínimo.

—Sí, estoy bien, solo me quedé pensativa un rato.

Ambos andamos dirección al centro de la ciudad, Manu me pregunta por cada cosa que llama su atención, visitamos los diferentes puntos de interés turístico y cuando ya no puedo más con mis pies, él propone que demos la vuelta andando. Miro al autobús con cara de cachorrito abandonado, Manuel ríe y yo me enfurruño como una niña pequeña. A medio camino, él intenta hacerme pensar en cualquier cosa que no fuera lo que quedaba para llegar a mi casa. Me daba una vergüenza atroz que no fuera capaz de pasear caminos largos. Quiera o no, le tengo que dar la razón a mi amiga. Me hace falta ponerme en forma, independientemente de los kilos que me sobren.

Manuel me cuenta de cómo serán los entrenamientos, de cuantos resultados positivos ha tenido con todos sus clientes, o alumnos como él los llama. Yo no hago más que mirarlo embobada, de cómo se le llena el pecho de orgullo al hablar de su trabajo, el cual a todas luces ama como nada.

Llego a mi portal sin darme cuenta siquiera y estoy a punto de lanzar un grito al aire de alegría, cuando su mano se posa en mi cadera a la vez que sus

labios tibios y suaves lo hacen en la comisura derecha de mi boca. Cierro los ojos y me agarro a sus hombros para no desfallecer. Una vez se despega de mí, lo hace por completo, dejándome con ganas de más.

Hace tanto tiempo que no estoy con un hombre, que no me he dado cuenta de lo tanto que lo echo de menos. Él sonríe, yo sonrío y nos quedamos mirándonos unos segundos hasta que la comodidad se va y se llena de tensión la burbuja en donde parece que estamos atrapados.

—Nos vemos mañana en el gimnasio, di que eres familia mía y te dejarán pasar. Una de las cláusulas que firmé en mi contrato fue que a cualquier miembro de mi familia podría darle entrenamiento gratis siempre y cuando no utilizara las pesas ni las máquinas grandes.

Asiento conforme y tras una última sonrisa nuestra burbuja se rompe y él se va.

Al día siguiente con un nuevo modelito deportivo, este sí, un poco más caro que el anterior ya que no me voy a gastar un euro en un gimnasio que menos que ir guapa y presentable, ando por la calle hacia la dirección del susodicho. Nada más ver la fachada, me poco a temblar y no por el ejercicio que va a hacer que aparezcan en mi cuerpo agujetas sobre agujetas, sino porque volveré a ver a Manuel.

No he parado de soñar con sus ojos, su sonrisa. Esa alegría y vitalidad que desprende me tiene enganchada. Es como una bebida energizante del que me muero por beber.

Ando apresurada hacia la puerta y cuando voy a abrirla me doy cuenta de que es tan pesada como parecía. Si es que hay hacer calentamientos hasta para entrar, maldita sea. Cuando consigo dejar el suficiente espacio para que mi cuerpo quepa, entro y suspiro agotada. Una risa masculina me pone tensa. Yergo la cabeza y lo veo, apoyado en el mostrador de madera lacada en blanco, junto con otro hombre, este calvo de bonita sonrisa.

Sonrío y alzo la mano como una idiota y eso hace que él sonría más.

—Ya pensé que no venías, Lucas, esta es mi prima. Voy a la sala de spinning ya que a esta hora no hay clases, avísame cuando lleguen.

Mi entrenador se gira haciéndome una seña para que lo siga. El tal Lucas me guiña un ojo mientras ando hacia esa dirección y automáticamente me pongo del mismo color que mi sujetador deportivo. Cuando llegamos a la sala, habiendo pasado por las diferentes instalaciones, que nada más echar una ojeada me estaba fatigando al ver a las pobres moverse y sudar tanto,

entramos y me encuentro con un montón de bicis estáticas de color blanco mirando hacia una pared completamente espejada.

Manu se dirige a un rincón, donde tras darle a unos botones incrustado a la pared, una canción marchosa se empieza a reproducir a través de los parlantes. Está a bajo volumen pero cuando veo cómo se coloca el mando en el bolsillo del chándal, sé que lo subirá una vez estemos montados en las bicis.

Trémula y nerviosa ando hacia la que me indica. No habla solo coloca bien el sillín para mí y me ayuda a montarme. Como si realmente necesitara ayuda para eso. Sin embargo no me iba a negar, no cuando su cálida mano se apoya delicadamente en mi baja espalda casi tocando mi trasero. Una vez encima, él rueda una especie de botón giratorio que supongo es la resistencia. No soy una inepta, sé montar en bici estática, no tan moderna como ésta, pero una bici al fin y al cabo. De más joven fui a un gimnasio y era la única máquina que me gustaba pero todo apunta que después de hoy ese favoritismo acabará.

—Bien, ahora me pondré en la bici de delante, haz cada uno de los movimientos que yo haga, remédame todo, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza. Las palabras no me salen por el nivel de nerviosismo que tengo. No sé por qué, hacer deporte no es nada del otro mundo, pero sí estar con ese hombre justo delante de mí con su glorioso culo en movimiento. Y ya cuando empezamos a pedalear en una posición medio de pie y sentado, quise morirme. No por el esfuerzo si no por lo torneados y deliciosos que se veían esos glúteos justo en mi cara.

—Alejandra, mira al espejo. Mi culo está bien puesto, pero gracias por tu preocupación.

Alzo la cabeza de un tirón, abriendo los ojos de par en par y con un sofocón del quince. ¿Me acaba de decir lo que acaba de decir? Entrecierro los ojos a su dirección, mirándolo a través del espejo y decido ignorarlo por completo. Hago los movimientos que me da la real gana y él parece molestarse, ya que resopla cada dos por tres.

La música baja de nuevo y lo siento bajar de su bici. Hace algo en la mía y por mucha fuerza que yo haga, los pedales ni se mueven. Lo miro y él alza una ceja, reprendiendo mi comportamiento infantil.

—¿Es que no puedes aguantar una broma? Las mujeres de aquí sois unas sosas, en serio. En Cádiz son más alegres y se ríen con todo. Hasta con un chiste malo.

—¡Oye! —protesto indignada bajándome de la bici con tal mala suerte que no quité el velcro que me envuelve los pies por lo que caigo en sus brazos con las piernas colgando de la máquina.

Me revuelvo como una sanguijuela y Manuel se ríe a carcajadas limpias. Tiro de mis pies pero nada, no hay manera de soltarme.

—Quieta, fiera. ¿Todo lo haces con la misma energía?

Me quedo quieta en el acto e imágenes de yo encima de ese hombre haciéndole de todo, se proyectan en mi mente; haciéndome erizar entera y querer apretar los muslos. Maldito.

Con cuidado se sienta en el suelo llevándome con él y con destreza desata cada cinta desenganchando mis pies. Caigo de rodillas y chillo de dolor al mismo tiempo que me empino hacia él cayendo del todo encima. Abro los ojos tras el susto y no es hasta que veo sus labios a menos de dos centímetros de los míos que no empiezo a hiperventilar.

Manu me mira a su vez, intensamente como si quisiera descifrarme el alma. Y en un impulso, corto toda separación y colocándome de lleno a horcajadas, lo beso. Haciendo que sus manos agarren mi cintura, atrayéndome hacia él, queriéndome incrustar en su cuerpo. Muerdo su labio inferior recibiendo como recompensa un gemido de su parte.

Satisfecha con mi hazaña, despego nuestras bocas y con toda la chulería que mi madre me regaló le digo:

—*Todo* lo hago con esa energía, entrenador...

Y me levanto dejándolo allí tirado para luego agarrar mi toalla y bolso e irme a los vestuarios. Solo espero seguir teniendo entrenador mañana.

Cierro la puerta de un portazo y me dejo caer en ella con la respiración tan acelerada que parece que voy a desmayarme por hiperventilación. Cierro los ojos, e intento tranquilizar el fiero pulso que hace que mi corazón quiera salirse del pecho. Ese beso me ha dejado fuera de juego, como si me hubiera absorbido la energía. Sonríe ante ese pensamiento y la ironía del mismo. «¿Todo lo haces con esa misma energía?» me muero de ganas por demostrarle lo enérgica que puedo ser, pero eso significaría que el buen rollo que tenemos se pierda y aunque con ese beso lo más seguro es que ya esté empezando a perderse, solo me queda hacer como si un hubiera pasado gran cosa. Solo estaba probando un punto, eso es todo. Estaba cabreada y fue lo único que se me ocurrió para darle de lleno en las narices. No me gustó un pelo cuando me comparó con esas bellas gaditanas, que de seguro tenía locas

a la mitad de la población femenina.

Soltando una exhalación me separo de la puerta y ando directa al baño. Necesito refrescarme, quitarme esta sensación tan extraña que invade mi cuerpo. Pero no logro cruzar el umbral cuando mi móvil suena en la mochila que aún llevo colgada en la espalda. Lo saco y veo como es él llamándome.

Después de respirar un par de veces decido cogérselo. No es por nada si no porque quiero cerciorarme si aún sigo teniendo entrenador o no.

—¿Sí?

—Alejandra, ¿Dónde demonios estás? —está cabreado El sonido del tráfico a su alrededor me da a entender de que está en la calle.

—En mi casa.

—Aún no habíamos terminado la clase... Ese no era el trato.

Aguanto la respiración y sonrío como una imbécil.

—Pensé que nuestro trato lo había roto yo, hace unos minutos.

—¿Pretendes decirme que por haberme besado iba a decirte que no íbamos a seguir adelante? ¿Es eso? Alejandra, no te voy a mentir y decirte que no me ha pillado por sorpresa, luego me he dado cuenta de que eres así de impulsiva y si aprovecharas toda esa valentía y energía para hacer deporte serías una gran atleta.

Mi cara se desencaja y aprieto el móvil en mi oreja con tanta fuerza que lo escucho crujir entre mis dedos. ¿El muy idiota está diciendo lo que está diciéndome?

—Nos vemos mañana, entrenador —cuelgo sin esperar su respuesta y apago el móvil para evitar posibles llamadas.

Con la furia latente y las ganas de llorar que tengo ante esa negativa tan directa de su parte, me meto en la ducha y sin esperar siquiera a que el agua se ponga por menos templada, me mojo con ropa y todo.

Salgo de la tienda luego de cerrar la cancela, asegurándome de que está todo bajo control, sigo la calle abajo hacia la cafetería que he quedado con Emilia. Miro mi reloj y suspiro impaciente. No tengo la mínima gana de estar con esa arpía, pero lo cierto es que no tengo más remedio. A ella le debo todo lo que tengo. Si no hubiera sido por ella, no hubiera montado mi propia tienda de ropa, como tampoco hubiera podido salir del hoyo en el que estaba hace apenas un año. Mi padre murió tras aguantar diez años una puta enfermedad que le estuvo consumiendo hasta dejarlo en nada. Emilia pagó los gastos de un hospital privado para que pudieran hacer algo por él, nada de

lo que hicieron fue suficiente. También me ayudó a salir, a despejarme, a volver a creer en la vida que tengo por delante. Por mucho que me saque de quicio, por muy pija revenida que sea, le debo demasiado.

Cuando llego, la veo, hablando por teléfono, sentada en una mesa alejada de la multitud que a esas horas beben café en la magnífica terraza; con sus piernas cruzadas bajo ese vestido blanco impoluto, con su pelo corto hasta los hombros y tan rubio como el propio sol. Ese si es un rubio bonito y no el que yo tengo. Mientras el suyo es dorado, el mío podría confundirse con el blanco de su vestido. Según mi madre iba para alvina, pero mi piel salió un poco más tostada de la cuenta, gracias a los genes de mi papá. Una sensación de morriña se instala en mi pecho al recordarlos.

Los ojos azules de Emilia me ven y sonrío a la vez que ella me saluda eufóricamente para cortar la llamada sin siquiera despedirse de su interlocutor.

—Hola, gordita. —me saluda con una sonrisa pícara.

El buen humor se me esfuma ante su nuevo apodo para mí.

—Hola pija revenida —contrataco haciendo que ella se carcajee.

—Gracias... oye me he tomado la libertad de pedir para ambas. Aquí hacen la mejor ensalada de pasta con yogur natural del mundo.

Sonrío por cortesía aguantando las ganas de vomitarle encima. Me siento a su lado, intentando remedar su pose sofisticada, pero desisto al verme parecer más bien un pato con reuma que una señorita adinerada.

El camarero llega con dos vasos de agua y los coloca sobre bonitos posavasos con motivos floreados, mi amiga le guiña un ojo al mismo tiempo que le da una calada a uno de esos cigarrillos finos que solo a ella he visto fumar. El chico, abochornado y más rojo que un tomate, sale corriendo hacia el local.

—Pobre chaval...

Ella me mira y la sonrisa se le va de la cara poniendo en su lugar un pronunciado ceño fruncido. Esa es otra, tan rica que se da, y no es capaz de teñirse las cejas en consonancia con su pelo. Aunque según ella eso es tendencia.

—Bueno, ¿y cómo te va con tu *Personal Trainer*? —«veis... a ese acento ridículo me refería. Argggg...»

—Pues...

—¡Vaya que sorpresa!

Mi corazón da un latido de menos cuando escucho su voz detrás de mí y

viendo la cara de sorpresa de Emilia que el cigarro se le cae de la boca y todo, sé que no ha sido imaginación mía. Y más segura estoy cuando lo veo sentarse a mi lado, tan pancho, mirándonos a ambas con una sonrisa radiante y oliendo divinamente. Y eso que parece sudado como si se hubiera hartado de correr.

Su muslo se pega al mío y no sé si lo hace queriendo o sin querer, el caso es que su calor me hace jadear y alejar mi pierna en el acto.

—¿Y tú eres? —pregunta Emilia una vez sale de su asombro, con voz coqueta e inclinándose hacia él. Como si desde la distancia donde está no lo viera bien, la muy...

—Soy Manuel Guerrero, el entrenador personal de mi rubia.

Ella ríe falsamente, pues esa risa la conozco demasiado bien, y me mira de reojo como si quisiera comprobar que yo soy la rubia de la que habla. Una imprevista brisa mueve mi pelo y cuando alzo la mano para meter el mechón tras mi oreja, la mano de Manuel se me adelanta y con mesura y delicadeza lo coloca en su sitio, despejando mi cara. Su sonrisa me atrae, me hace recordar cómo se siente pegada a mi boca. Y si no fuera por el enfado que siento hacia él, aun habiendo pasado un día entero desde entonces, me hubiera lanzado y devorado encima de la silla.

Un carraspeo seguido de una presencia a mi lado, hace que dejemos de mirarnos como si estuviéramos a solas, y vemos como el chico de antes deja nuestras ensaladas en la mesa. En serio aquello parecía más comida para vacas que una delicatessen como mi amiga pregonaba.

—Mmmm... qué buena pinta y qué bien os cuidáis. Así me gusta, Alex, que comas sano. Yo me voy yendo ya, he hecho mi ruta diaria y vuelvo a casa. ¿Vienes a la clase no? —me pregunta a mí haciendo que mi tenedor cargado de hierba y trozos de macarrones flácidos se quede a medio camino de mi boca.

—Sí, claro.

—Bien, bebe un poco de agua con azúcar y limón, es bueno para las agujetas —dice antes de besar la mejilla de Emilia para su disfrute personal para luego besarme a mí, un poco más de tiempo y casi acaparando mis labios de lleno.

¿No era este el que decía no sé qué de mi impulsividad, sin darle importancia a mi beso? Ahora va y casi me come los morros delante de todo el mundo.

Ante mi mirada interrogativa se va hecho unas castañuelas y tras saludar

por última vez con la mano, tuerce en la esquina y lo pierdo de vista. Es cuando mis pulmones vuelven a coger aire y mi corazón a palpar regularmente. Ese hombre cualquier día de estos me hace tener un ataque.

—No sabía yo que hubieran entrenadores de ese calibre en Jaén. Con razón pasas de ir a la convención. Yo también me la perdería por pasar unas horas junto a ese bombón de licor.

—Aleja esa cara, Emi. Tiene... novia. Y es muy, muy celosa. Por no decir que a mí por poco me saca un ojo cuando nos vio entrenando.

Ella exagera un estremecimiento y me cuenta de su vida, cambiando de tema como ella muy bien sabe hacer. De cómo su marido se la folla cada noche (dicho por ella más sutilmente), de cuantas posturas y formas, se lo hace. Yo no puedo más que rodar los ojos mentalmente y contar los minutos para irme y llegar al gimnasio. Solo una hora, veintisiete minutos y dieciséis segundos.

Ésta vez Manuel no me espera en la entrada, solo Lucas está en la recepción y tras guiñarme un ojo e indicarme que me está esperando en la sala del final del pasillo, con paso apresurado me dirijo hacia allí. Lo encuentro colocando una especie de bloque, dos para ser exactos, en medio de la sala solitaria. En esta no hay ninguna máquina, solo una mesa estantería donde hay pesas de diferentes tamaños bien colocadas y de todos los colores y una minicadena en el rincón.

—¿Se puede?

Manuel pega un brinco y del mismo salto da un paso hacia atrás pisando el bloque y cayéndose de culo al suelo. Corro hacia él tremendamente arrepentida por haber hablado así tan de repente pero en cambio lo encuentro riéndose a carcajadas, contagiándome a mí.

De un movimiento me agarra de las manos y me tira hacia el hasta tenerme tumbada en el suelo, con las manos fuertemente agarradas por las suyas justo encima de mi cabeza. Mi risa hace rato que ha remetido, sin embargo mi cuerpo parece más despierto que nunca.

—No vuelvas a asustarme así... —susurra mirando de mis ojos a mi boca intercaladamente.

Intento soltar mis manos, pero él lejos de soltarme, me agarra con una sola mano que puede tranquilamente hacerse pasar por una tenaza y baja la otra hasta mi cadera haciendo que la respiración se me atore en la garganta. Pero no me lo espero cuando empieza a hacerme cosquillas haciendo que me doble

y me remueva queriendo alejarme de sus malvados dedos. Aunque la forma en la que lo hago, acaba demasiado mal para él. Mi rodilla conecta, por desgracia suya, con su entrepierna y da un gruñido a la vez que se dobla sobre sí mismo y cae a mi lado, dolorido y apretando sus partes nobles.

—Eso te pasa por hacerme cosquillas... —digo yo muy digna ante su mirada asesina—, ¡oh, venga ya! No ha sido para tanto. Si te he dado en la pierna...

—¿La pierna? Si no me has dejado estéril, vas a hacer que jamás vuelva a soportar una erección por más de dos segundos.

Río con ganas ante su guasa y lo ayudo a levantarse. Un poco dolorido y dejándose caer con las manos en las rodillas pienso en aclararle su duda. ¿Cómo hacer que se excite sin que se vea que quiero excitarlo de verdad? Una sonrisa perversa, curva mis labios. Y tras morderme el labio inferior voy hacia el centro de la sala y empiezo a estirar. Primero me inclino hacia delante, dejando mi trasero empinado y las piernas abiertas. Llego con mis manos a un pie y luego a otro; a continuación me abro de piernas gracias a mis prácticas de ballet que tomé de niña y me vuelvo a inclinar hacia delante. Miro hacia el espejo, observando como Manuel mira hacia la dirección que quiero que lo haga.

Una vez acabo con el estiramiento, decido jugar un poquito más. Me pongo de pie y lo miro a través del espejo, captando así su atención.

—¿Puedes ayudarme? Necesito estirar un poco más la pierna derecha.

—¿Más...? pero si te has abierto de piernas completamente, vas a hacerte un desgarró, chiquilla.

Río sin poder remediarlo y le incito a venir hacia mí. Él accede trémulo, llegando hasta mí y quedándose muy cerca.

—Agarra mi pierna por debajo de la rodilla.

Yo la alzo para darle más facilidad y él hace lo que le digo. Me acerco completamente a su cuerpo haciendo que por unos segundos se tense. Sonrío y me agarro a sus hombros para a continuación aspirar su rico olor.

—Ahora ve levantándola poco a poco, hasta posar mi pie en tu hombro.

Él me mira como si hubiera dicho que me agarrara el sol con las manos desnudas.

—¿Estás loca? Vas a partirte en dos...

—No, tranquilo —logro decir entre risas.

Él sacude la cabeza en una negativa pero accede al final. Me alza la pierna poco a poco, hasta que consigue colocar mi talón en su hombro. No sé cómo

coño logro hacer estas cosas, pero desde pequeña poseo una gran flexibilidad y como en estas ocasiones, me da gusto tenerla. Manuel acaricia mi muslo en descendente, mirándome fijamente a los ojos. Siento toda su virilidad pegada a mi intimidad, dura y gruesa, y no logro detener la sonrisa de suficiencia que se asoma en mi boca. Él lo sabe, se enfada pero no se aparta si no que se acerca más haciéndomelo notar más, provocando que un jadeo entreabra mis labios.

—Tienes una flexibilidad envidiable...

—Y tú has logrado aguantar una erección por más de dos segundos... —
contrataco, bajando la pierna de un tirón.

Me acerco a su irresistible boca, tentándolo, haciendo que cierre los ojos esperándolo. Pero en cambio me dirijo a su oído y le susurro:

—Será mejor que empiece a re-direccionar su energía al el ejercicio, señor Guerrero, no vaya a ser que quiera besarme y la vayamos a liar. Porque entonces ya juntaríamos el hambre con las ganas de comer y estoy que me como un caballo.

«Te espero en el parque frente a tu casa a las 18:30»

Ese es el mensaje que recibí ayer y que lo he leído veinte veces por si encuentro cualquier mensaje subliminal donde diga que me echa de menos tanto como yo a él. He estado acatarrada por una semana, una semana entera donde casi no he salido de casa. Nos hemos mantenido en contacto mediante llamadas y WhatsApp pero lo que más ansiaba era verlo de una vez.

Ayer le dije que ya estoy recuperada, ya no moqueo ni me caigo desfallecida por los rincones y no perdió tiempo que ya ha propuesto plan. Ésta vez lo llevaría a merendar a mi sitio preferido, donde sirven los mejores helados bajo en grasa de toda la ciudad.

Miro mi reloj dándome cuenta que lo más seguro es que ya esté en el parque. Me pongo atacada de los nervios, cuando veo que aún me queda peinarme y maquillarme, así que en un escueto mensaje le digo que suba y me espere. No pasan dos minutos que mi timbre suena y corro a abrir la puerta.

Él todo sonrisas y ojos brillantes, ataviado con unos vaqueros azules y una camiseta blanca apretada de manga corta, es lo que se materializa al otro lado de mi puerta. Y yo no puedo más que morder mi labio inferior tan fuerte que casi me hago daño. Mejor eso que lanzarme a su yugular. A este paso me convertiré en caníbal.

—Hola, rubia. Veo que estás bien... —dice ladeando la cabeza con esa sonrisa canalla que me gusta tanto y observándome de pies a cabeza.

—Pues ya ves, tus entrenamientos están haciendo efecto y ya casi he perdido un kilo.

El ríe y niega con la cabeza.

—No me refería a eso, pero en fin, me alegro de eso.

Lo dejo pasar y le indico donde puede sentarse mientras voy al baño a terminar de retocarme. Un poco de base, delineador negro en el párpado móvil y rímel, es lo único que me maquillo y me aliso el pelo con la plancha. Una vez satisfecha con el resultado, me pellizco los labios para darle un poco más de color natural al igual que a mis pómulos y lista.

Cuando voy a la sala la mandíbula se me cae al suelo al ver lo que tiene en las manos.

—¿Pero qué haces con eso? —chillo como una posesa corriendo hacia él para quitarle una de mis bragas favoritas.

Él la aleja de mí haciendo que quede pegada a su cuerpo completamente. Me pongo echa un basilisco y salto para agarrar mi maldita ropa interior, pero el puñetero tiene el brazo igual de grande que una farola.

—¿Qué has hecho estos días, Alexita? ¿No que estabas enferma?

—¡Claro que sí, idiota! Se habrá caído del cesto cuando recogí la colada. ¡Damela ahora mismo!

Él con su fuerte brazo, me abraza por la cintura y sin esperármelo inclina la cabeza y me besa en los labios. Comiéndome la boca con ansias y fulgor, haciendo que mi furia se disipe dándole paso a un cosquilleo intenso y delicioso allí entre mis piernas. Le cedo mi labio que él muerde a conciencia, y ya cuando me agarra del culo y me acerca a su pelvis, siento temblar.

Una vez nos separamos, con la respiración acelerada, abro los ojos al mismo tiempo que lo hace él. Está serio, demasiado, para lo feliz que es él siempre.

—No sé por qué es lo único en lo que he pensado hacerte desde hace toda una semana.

Y yo feliz como la que más le sonrío y le digo que tenemos que irnos antes de que se nos hiciera tarde.

Hacemos un pequeño itinerario con los puntos que él quiere visitar y nos ponemos en marcha. Tomamos un helado en mi heladería favorita y él concuerda conmigo en lo delicioso que están. Y más cuando una vez nos los comemos, nos besamos ligando los sabores en una deliciosa mezcla. Una vez

decidimos dar la vuelta al ver lo tarde que es, nos ponemos a charlar de nosotros. En este rato hemos dejado de ser entrenador y entrenada, para solo ser dos personas que se gustan y quieren conocerse. Él me cuenta de su vida en Cádiz, de cómo son sus padres y su hermanita, la niña de sus ojos. A mi se me cae la baba y el babero escucharlo hablar de ella. Yo le cuento de mí, de que echo mucho de menos a mi familia, ya que viven lejos de mí. Cuando llego a la parte donde le cuento lo de mi padre tengo que reprimir las ganas de llorar que me entran. Y es que aunque haya pasado un año y unos largos diez años de enfermedad, no me acostumbro a su muerte. Mi padre lo era todo para mí, y aunque si un día llegase a faltarme mi madre, me moriría, para él fui su ojito derecho. Pasaba más rato con él que con mis amigas, deseando estaba cada mañana para ir con él al campo.

—¿Cuánto hace que no la ves, a tu madre?

—Uf... —hago una mueca y me seco los ojos—, desde que mi padre murió. Tengo la sensación de que si voy, volveré a caer en aquel pozo oscuro en donde estuve meses.

Él asiente apenado y me abraza por los hombros dándome el consuelo que necesito. Andamos un poco más y sin esperármelo me hace girar de golpe, me suelta y va hacia un papel pegado a un establecimiento cerrado. Lo agarra y lo lee.

—Oye mira, no sabía que se celebraba un maratón en tres meses.

Observo el anuncio sobre su hombro y me doy cuenta de que es el maratón anual benéfico, donde lo que se gana va destinado a las asociaciones participantes en el evento. Siempre me gustó ir a ver como corrían aquellas personas, deseosas de llegar al premio, que no era más que ayudar al prójimo.

—Sí, la hacen cada año, ¿Quieres apuntarte?

Él me mira sonriente y entonces cuando leo en su mirada lo que está pensando, por muy raro que suene, me alejo de él paso a paso viendo venir lo que creo que va a decir.

—¿Por qué huyes? —me pregunta agarrándome de la muñeca para luego atraerme hacia él pegando mi pecho al suyo.

—No lo haré.

—Sí lo harás. Conmigo. Juntos.

Y me besa cerrando así el trato.

Pasan los días, las semanas, nuestras clases se han resumido en ir a correr juntos y por muy descabellado que suene, me he acostumbrado. Me siento

mejor, más sana y fuerte, por no hablar que cada vez tengo más resistencia. Nuestras salidas se convirtieron en citas, donde él me cortejaba y yo me dejaba hacer. Habíamos forjado una bonita unión, que ni él ni yo nos atrevíamos a poner nombre. Simplemente nos besábamos a cada rato cuando se nos antojaba, pasábamos casi todo el día juntos, si no es entrenando, comiendo en mi casa, en la suya o en cualquier restaurante. Emilia me llamaba cada dos por tres catalogando lo abandonada que la tenía. Y aunque me sintiera mal por ella, luego pensaba en Manuel y se me pasaba.

Un mes pasó, así de rápido como el segundo. Estamos a menos de dos semanas para el evento y me bajo de la cinta de correr, exhausta y casi sin fuerza habiendo corrido treinta kilómetros seguidos. Manuel hace unos minutos que se fue a buscar la solicitud para el maratón, y para hacer tiempo decido utilizar el vestuario y ducharme aquí. Casi nunca lo hago, pero me siento tan sudada y asquerosa que no quiero salir de aquí apestando a cochinito.

Me despojo de mi ropa deportiva y me miro al espejo de cuerpo entero. Sonrió al ver como mis muslos han cogido musculatura y mi barriga ya no era un bulto. Estaba plana, sana y hermosa. Y con el ego por los aires me meto bajo el chorro de agua caliente y procedo a darme mi merecida ducha.

—Alejandra ¿Estás aquí?

Es tal el susto que me meto ante su grito que me resbalo y el jabón se mete en mis ojos. me arde una cosa mala y chilló histérica intentando quitarlo. La ducha está apagada ya que acostumbro a cerrar el grifo para ahorrar agua mientras me enjabono y no logro encontrar la maldita llave para abrirlo.

—Mierda... —maldigo casi llorando por el escozor que tengo en los ojos.

—Oye, ¿estás bien?

—¿Tú que crees, lumbreras? No encuentro el grifo y por tu culpa me entró jabón en los ojos.

—No ahí, no, a tu izquierda. Más a la derecha, no, Alex, ahí no. Espera hacemos una cosa, entro ahí contigo y le doy por ti, ¿de acuerdo?

—¿¿Qué?! ¡Y un cuerno! ¡Estoy desnuda! —le chilló como si ese detalle no fuera obvio.

—Te prometo no mirar, entro pongo tu mano en el grifo y ya.

—¿Como mires te juro que te corto las pelotas, Manuel!

Él se ríe y cuando escucho la mampara abrirse me cubro un poco sintiendo como mi piel se eriza solo de saber que lo tengo ahí. Justo delante de mí y yo desnuda completamente. Él agarra mi mano y la lleva consigo hasta el grifo,

espero que salga pero no lo hace, en cambio hace girar la llave y el agua cae encima de ambos. Haciendo que poco a poco el jabón se disuelva y yo pueda abrir los ojos sin quedarme ciega. Lo primero que veo son los suyos, abiertos, oscuros y su mirada ardiente observando cada centímetro de mi cuerpo. Me cabreo, me pongo farruca y estoy por gritarle de todo menos bonito, cuando se lanza contra mí y me besa. Empotrándome contra la pared azulejada, agarrando mi nuca con una mano mientras que con la otra me alza en vilo, haciéndome enroscar las piernas en torno a su cintura. ¡Está desnudo!

No logro enfocar mi mente en algo coherente, sus labios y manos acariciando todo a su paso, no me dejan cabida para eso. Sin embargo sí me dejo llevar, como el agua que corre sobre nosotros, empapándonos, entibiándonos aun estando tan calientes como la lava ardiendo. Gimo al sentirlo duro y dispuesto justo en la entrada de mi sexo y me restriego contra él, deseando poder sentirlo de una vez en mi interior.

—No tengo protección aquí, por eso te vas a escapar de no cogerte y follarte contra la pared.

—Estoy en control de natalidad, si estás sano, yo también... —es la única frase que puedo enlazar completa antes de que de un fuerte empujón, me penetre y me haga ahogar un chillido en sus labios.

Manuel bombea en mi interior, entrando y saliendo con fuerza, rudo y delicioso, contrayendo mi sexo y preparándose para el final. Mi orgasmo se acerca... dios, que delicia...

—Dime que estás lista, cariño... —murmura entrecortadamente sin dejar de investirme con fuerza. Sus dedos se entretajan entre mi pelo, creando una cortina blanca entre ambos.

Asiento, mas no puedo decir una palabra más. Mi espalda se arquea y cuando suelta un gruñido gutural, animal y ronco, me corro con fuerza sintiendo nuestros cuerpos tensionados y llegando a la cima juntos.

—No sabes lo guapa que te ves así... —susurra ahogado por el esfuerzo sobre mis labios hinchados.

Sonrí y lo beso. Y entonces sé desde este mismo instante de que no vamos a poder separarnos nunca más.

Manuel me pega el dorsal 270 a la espalda mientras estiro mi pierna derecha a todo lo que da. Estoy nerviosa, muerta de miedo y él parece tan tranquilo que a punto estoy de retorcerle el pescuezo. Él me sonrío una vez acaba y acuna mi barbilla para besarme una vez más. El cabreo se va con los

nervios, casi igual de rápido que llegaron. Pero no tarda mucho en aparecer lo primero, ya que un pitido nos da a entender que la carrera está a punto de comenzar.

Miro a Manuel, con ganas de decirle que lo dejo, que me largo de aquí. Pero él me dice que me esté tranquila, que todo esto lo haga por mí, por un reto personal. Que luego de esto me sentiré más viva que nunca y gracias a su ánimo es que ando hacia la línea de salida, teniéndolo a él justo detrás de mí. Hay montones de personas compitiendo, como hay miles y miles viendo la carrera tras las barreras. El año pasado era yo la que estaba allí fuera y hoy estoy aquí. A punto de correr por toda la ciudad y deseosa de quedar en un buen puesto.

Puedo hacerlo...

Y con ese mantra, me lanzo a correr una vez que el disparo de salida es lanzado al aire. Miles de personas corren a mi paso, Manuel me adelanta, con una sonrisa me dice adiós y yo sin dejar que me gane, aprieto y consigo adelantarlo. Entre risas y jadeos, logramos avanzar la mitad del recorrido. Estoy en buena posición, entre los veinte primeros, junto con Manuel a mi lado.

Corro con todas mis ganas el último tramo, hasta que veo la bandera a blanca ondeando en el aire. Veo el final, veo la meta. Y siendo ese mi único objetivo, quemo mis fuerzas y corro como el infierno. Quedo segunda y es tal mi alegría que salto eufórica y feliz a los brazos de mi Manuel que me recibe con un beso de esos que me hace enamorarme más aún de lo que estoy.

—Te amo, mi campeona.

—Y yo a ti...

Fin.

Bajo mi piel

(Introducción)

Enfoco mi vista en el objetivo. Veo sus intenciones y puedo predecir cada uno de sus movimientos. No escucho nada más que mi trabajosa respiración y el bullicio que se aglomera a nuestro alrededor. Mis fosas nasales se dilatan y aprieto los dientes imaginando que es su cabeza. Contraigo mis manos dentro de los guantes y me preparo para saltar.

Una sonrisa surca los labios de mi oponente. Su brillante calva resplandece bajo la luz reflectante del ring. El árbitro señala el inicio, nos saludamos y doy dos pasos hacia la esquina. Por el rabillo de mi ojo veo a mi gente, mis fans. Me aclaman, me vitorean y me aman. Soy su dios y hoy más que nunca llegaré a lo más alto del cielo. El final de mi carrera como boxeador.

El silbato suena, vuelvo a escuchar los silbidos de la gente. Siento el aliento de mi contrincante correr hacia mí intentando agarrarme desde atrás. Alzo mi codo y conecto el golpe justo en el tabique de su nariz.

Rojo carmesí mancha el suelo, gritos de dolor salen de su boca y con total calma me giro hacia él. Está arrodillado, con los guantes pegados a la nariz que no para de echar sangre. Alzo mi puño al mismo tiempo que sus ojos se abren desorbitados avicinando lo que le viene encima. Suelto un rugido y le golpeo haciéndolo revotar contra la lona.

3, 2, 1...

Mi puño es alzado hacia el cielo. Soy el vencedor. Soy... dios.

Bajo mi piel (I)

—Oh, Hombre... hace como mil años que te estoy buscando, Leroy.

Me giro hacia mi hermano y le sonrío antes de atraerlo hacia mí en un abrazo. Me alegro de verle y por lo visto él también. Hace dos meses que no nos vemos y todo por lo que hoy por fin, dejo atrás.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

Palmea mi hombro y sonrío a un grupo de chicas que pasa por nuestro lado. Golpeo su nuca haciéndolo volver a la conversación. Suelta un suspiro de fastidio y tras echarles una última ojeada vuelve su atención hacia mí.

—Collins me lo dijo.

Mi ceño se frunce y no tengo que preguntar para que responda a la pregunta tácita que llamea en mis ojos.

—Tranquilo hombre. Solo le pillé un poco de maría y me dijo dónde estabas y que ésta era tu última pelea. ¿Eso es cierto? —Sus ojos brillan con ilusión—, sabes que mamá no lleva demasiado bien...

—Lo sé... y sí, hoy fue mi última vez. Me matricularé en la universidad para conseguir una beca deportiva. Y sobre lo de pillar marihuana, que sea la última vez.

Rueda los ojos y saca medio porro del bolsillo para luego proceder a encendérselo y darle una larga calada.

Respuesta equivocada.

De un manotazo que casi le arranco la nariz, tiro el cigarro al suelo y lo pisoteo ante su cara horrorizada.

—¡Joder! ¡Era puto veneno, Leroy! ¿Por qué tuviste que hacer eso? no soy un maldito mocososo, ¿sabes?

—Ya puedes tener cuarenta. Eso te matará como también lo hará tu promiscuidad. Cuida tu salud, Mike. No siempre estaré ahí para hacerlo por ti.

Mi hermano me mira fijamente y sé que se está mordiendo la lengua para no soltar cualquier burrada de las suyas. Claro que no estoy lo que me gustaría para cuidar de él y de mamá, pero que me maten si no he estado dándoles todo lo que ganaba para que no les faltara de nada. A sus veinte años, Mike era un maldito mujeriego, un vago y el cabecilla de todas las peleas. En cambio yo, a mis veintitrés apenas he estado con una mujer y salvo éstos cinco años peleando, jamás he peleado por el simple placer de hacerlo. Es dinero fácil, peleo bien y nunca perdí un asalto.

Andamos hacia su coche un Golf GT rojo y brillante y nos subimos poniendo rumbo hacia nuestra casa. Tengo ganas de ver a mi madre y poder decirle que todo se acabó.

Mike arranca pero algo atrae su atención mediante salimos del aparcamiento.

—¿Oye esa no es Sam? ¡Hija de puta, se puso buena y todo...!

Miro hacia donde su dedo señala y mi corazón se salta un latido. Una melena rubia casi blanca se balancea al ritmo de la brisa de la tarde. El sol hace brillar aquellos ojos azules que tanto me gustaban de pequeño admirar. Pero eso no es lo que me hace apretar los puños en coraje, si no que Max está con ella.

—No sabía que andaba con ese gilipollas... desde que se mudaron no supe nada más de ella y su familia. ¿Y tú?

Niego con la cabeza al mismo tiempo que pasamos por su lado. Ella ríe por algo que él le dice y antes de poder apartar la mirada, sus ojos conectan con los míos.

Mi cuerpo se estremece y puedo ver como me reconoce en el último segundo antes de perderla de vista.

En el camino rememoro años pasados, cerrando los ojos y dejando que mis labios se tuerzan en una sonrisa de nostalgia. Cuando apenas tenía quince años y encontré al amor de mi vida. Ese amor que por ignorante no supe apreciar a tiempo... la de tardes que salía de casa con cualquier excusa solo para verla a ella. Me sentaba en el escalón, esperando a que pasara por mi lado para ir a sus clases de baile. Había veces que me saludaba, otras que me miraba y muchas de ellas en que ni se daba cuenta de que estaba.

Aquella niña de ojos azules se metió bajo mi piel sin darme cuenta. Empecé a necesitar escuchar su risa a todas horas a la vez que no me atrevía ni a decirle hola. Mi hermano en cambio no solo le hablaba si no que se reía con mofa y la llamaba gorda cada vez que la veía. La de veces que le golpeé por ser tan imbécil.

Ella quizás pensó que yo era igual o peor que él y por eso nunca me habló. Al contrario que él, yo no pensaba que estuviera gorda y mucho menos fuera fea. Era perfecta. Preciosa así tal cual era. Con esos rizos rubios tan suaves que parecían...

—Leroy, ¿Estás bien?

Pestañee y enfoqué la vista dándome cuenta de que ya estábamos aparcados frente a casa. Miro a la casa vecina donde ahora otra familia habita

en donde un día lo hizo ella y sacudo mi cabeza.

—Sí, solo estoy cansado.

Mike no dice una palabra más. El recibimiento de mi madre me llena de alegría y aunque éste tiempo nos hemos distanciado, volvemos a estar como siempre. Le cuento mi decisión y ella me apoya a ojos cerrados. Según ella: todo sea por no estar sufriendo porque un día le vengán con la noticia de que su hijo está malherido en cualquier hospital.

La noche pasa y los días también. Hoy empiezo el primer día de clases y aunque me haya pasado unos años, nunca es tarde para enderezar el camino.

Veo a los estudiantes andar de un sitio a otro y me siento un viejo decrepito a su lado. Aunque solo tenga dos años más que la media, no puedo evitar sentirme diferente. Ando decidido hacia dirección, el director me espera y siento la ansiedad carcomerme con anticipación.

Un señor regordete con un bigote demasiado poblado en comparación con la calva de su cabeza, me da la bienvenida afectivamente en cuanto abro la puerta del despacho.

—Buenos días señor Leron.

—Leroy —le corrijo intentando igualar su sonrisa.

—Eso, eso —hace un amago con la cabeza para que pase—. Siéntate chico, tenemos que hablar de tu beca.

Asiento y el director procede a darme un discurso. El hombre habla con calma y seguridad. Me cuenta de que si quiero conseguir una buena beca, debo llevar cada materia al sobresaliente. Ningún deportista deja de lado sus estudios. El músculo más importante siempre será el del cerebro, decía.

Comentamos dos o tres cosas más y me deja marchar. El aula 35B es mi clase y puesto que entro en mitad del curso, tengo que ponerme las pilas desde ya.

Una mujer de rizos castaños y terriblemente seria, me abre la puerta y entro bajo la atenta mirada de todos los alumnos.

—Puede sentarse en el sitio libre junto la ventana, señor Lenbeck.

Ando hacia mi puesto sin mirar a nadie en particular y suelto el maletín a mi lado en el suelo sacando a continuación un par de folios y bolígrafo para coger apuntes.

Un siseo me hace voltear hacia mi derecha.

—¿Eres Leroy Lenbeck? ¿El de las peleas?

Estoy dispuesto a ignorarlo pero el chico de pelo rubio y casi rapado vuelve a chistarme.

—Eres mi ídolo tío. Casi me corro al ver como noqueaste al Perro.

—Gracias por los detalles... —comento haciendo una mueca.

—¿Sabes si puedo entrar?

Lo miro con el ceño fruncido y observo su cuerpo de arriba abajo. No es que esté en baja forma pero no en muy buena tampoco. Sus piernas parecen dos palillos y aunque tiene buenos brazos, a la primera patada en las espinillas, lo dejarían como pegatina en la lona.

—Me alegro mucho de que socialice desde un primer día señor Lenbeck, pero no le vendría mal atender a la pizarra si quiere pasar el curso —la voz de la profesora me hace callar antes siquiera de poder contestarle.

La hora se pasa y la siguiente igual de rápido que la anterior. El receso llega y tras sentarme a la sombra de un árbol me pongo a repasar mis apuntes. Tengo examen en una semana y quiero estar preparado.

—Hola.

Alzo la mirada ante la voz femenina que me saluda. La luz del sol queda atrapada entre el rubio de su cabello y por un momento me cega impidiéndome verla con claridad. Suelta una risa melodiosa y se mueve tapando el sol por completo.

Aquellos ojos nunca los olvidaría ni en un millón de años.

—Hola —saludo casi sin habla.

Ella sonrío y bajo mi atenta mirada y sin dejar de observarme, se sienta a mi lado.

—Eres Leroy —afirma, así que no veo necesario contestar—, mi antiguo vecino y el que me espiaba cada día desde la ventana o me esperaba a que saliera siempre sentado en la acera. Te recuerdo.

Si fuera una chica estaría sonrojándome ahora mismo. Ella lo supo. Todo el tiempo sabía que la miraba a escondidas. Sonreí de lado y me dediqué a seguir leyendo. Puede que si la ignoro lo suficiente no ahondará más en el tema. No quiero recordar mi falta de iniciativa y agallas. Era un cobarde, cosa que hoy en día no soy. Pero también tengo demasiado sentido común. No puedo estar coqueteando con la novia de Max. Eso significaría sangre. Y no estoy dispuesto volver a pelear. No ahora que recién empiezo a vivir de nuevo.

—¿Qué hace un luchador como tú, en un sitio como este? Eres un maldito chico malo. —su risa hace eco en mi cabeza.

La de veces que ame ese sonido y lo que puedo llegar a amar ahora en un solo segundo. ¿Es que acaso aún no la he dejado de querer?

—He dejado eso a un lado. Y no hables de chico malo cuando tienes al mismísimo demonio colgando de tu mano.

La miro justo después de decirle eso y veo como su sonrisa muere en sus labios. Desvía la mirada y tras meterse un mechón de pelo tras la oreja se levanta sacudiéndose las pequeñas briznas de hierba de sus pantalones.

—Un gusto verte también —le digo haciéndola parar en su huida.

—Sé que Max no es una persona ejemplar —responde volteándose pareciendo ofendida.

Dejo mi cuaderno a un lado y me cruzo de piernas y manos. La miro desde abajo sin embargo se ve intimidada. Como si estuviera junto a ella en toda mi altura. Sigue siendo esa chica preciosa de siempre, solo que su cuerpo ya no luce esas pronunciadas curvas y su pelo es más largo. Sus pechos crecieron y su ropa es más atrevida. Me gusta esta Sam.

—Dejémoslo en que no es persona siquiera —le digo con sorna.

Sus ojos se entrecierran intimidantes.

—No te consiento que hables así de él.

Alzo las cejas impresionado.

—¿De él? ¿No es tu novio?

—¿Qué tiene que ver? ¡Claro que sí es mi novio! Que no lo diga no significa que no lo sea. Simplemente no veo importante recalcarlo.

Me levanto del suelo y ella da un paso atrás como si hubiera crecido cuatro metros sobre ella.

—Si tú lo dices...

Agarro mi cuaderno y ando hacia el edificio, siento sus pisadas apresuradas detrás de mí y antes de entrar en el recinto, agarra mi brazo y me voltea hacia ella.

—¿Qué insinúas?

—¿Yo? no insinúo nada.

—¿Cómo que no? Le quiero mucho ¿sabes?

Sonrío y mi pecho se hincha de gozo. Sus mejillas se enrojecen no sé si de ira o vergüenza o es que simplemente le gusta mi sonrisa.

—¿Quién te dijo lo contrario?

—Eres... —su cara se desfigura pareciendo una cosita furiosa y preciosa.

—Adiós, Sam. Me encantó verte de nuevo —me doy la vuelta y antes de dar otro paso más le digo sobre mi hombro: —ya no soy el chico que te

espiaba desde la ventana, si quiero verte desnuda, solo tengo que quitarte la ropa yo mismo...

Sonrío como un gilipollas mirando el techo en penumbra de mi habitación. La cara desencajada de Samantha permanece en mi retina y no tengo la mínima idea de hacerla desaparecer pronto. El solo pensamiento de desnudarla hace que mi corazón se acelere y mi mente se precipite al vacío. Mis manos pican por desear tanto acariciar esa piel que tantos años deseé. De besarla hasta que mis labios se quemen o hasta que el resuello se extinga. Todo lo que quiero es poder tener a Sam solo para mí. Aunque eso signifique tener que lidiar con el gilipollas de su novio.

Dos meses después...

—Quieres dejar de mirarla... no quiero estar en tu pellejo si Max se entera de que os hacéis ojitos.

Aparto la mirada de Sam que a su vez me sonrío mirándome de reojo mientras una de sus amigas le dice algo. Dany niega con la cabeza y me señala un apartado del libro.

—Me trae sin cuidado que Max se entere. Que yo sepa mirar no es ningún delito. Además, ya lo tumbé una vez, no me temblará el pulso si tengo que volver a hacerlo.

—No tientes a la suerte. Que no se te olvide que llevas meses sin pelear, estás desentrenado y él cada vez en más invencible.

Vuelvo a mirar hacia Sam, la cual mordisquea un bolígrafo y la vuelvo a pillar mirándome.

—Ahora vuelvo —aviso a mi amigo y me levanto dándole una mirada a la mujer que ocupa mis sueños cada noche.

Ando por el pasillo solitario, la mayoría de los alumnos están en clase o estudiando para los finales del trimestre. Llego a las escaleras y sonrío al escuchar el taconeo sospechoso que me avisa de su presencia. Subo los escalones y abro la puerta que da al antiguo cuarto de historia y en dos segundos tengo a Sam encima de mí.

Agarro sus muslos alzándola del suelo al mismo tiempo que devoro su boca con ansias y desesperación. Su sabor dulce me embriaga, su olor me transforma en un animal hambriento y el calor que emana de su cuerpo solo

hace que ansíe perderme entre sus piernas hasta morir.

Ella gime mi nombre mientras le doy una suave mordida en el cuello. Mi erección se frota contra sus bragas, haciendo la justa presión para hacerle volar. Agarro el escote de su blusa, bajándola hasta dejar al descubierto un sinuoso sujetador de encaje blanco y el principio de una aureola rosada y rugosa que me hace la boca agua.

Lamo su piel suave sobre la fina tela. Sus uñas arañan mi cuero cabelludo y tira de mi pelo enterrándome más profundamente en su canalillo.

—Leroy... tenemos... ahhh....

Me trago sus palabras, mordiendo sus labios sin dejar de frotarme contra su entrepierna. Deseo enterrarme en su interior, notar como su coño se aprieta al correrse. Pero no es el sitio ni el lugar.

Sam grita su orgasmo y tengo que apretar los dientes para no hacerlo yo también. Su respiración se acompasa y su cuerpo se destensa dejándola laxa y lánguida en mis brazos. Besos mariposa son repartidos por todo mi rostro y cuello. Sus dedos palpan mi pecho y tengo que apoyarme en la pared para no caer de rodillas.

Sam se suelta de mi agarre, posando los pies en el suelo. Besa mi barbilla, muerde mi garganta, lame la franja de piel que mi camiseta deja al descubierto. Sus manos se abren paso por debajo de la prenda y acaricia mi abdomen. Araña la superficie sobre mis vaqueros y jadeo.

Ella puede matarme con solo rozarme allí.

—Quiero saborearte... —susurra con voz pastosa mediante va acucillándose frente a mí.

No es que no quiera que lo haga, pero me daría demasiada vergüenza correrme con una sola lamida de esa maravillosa lengua.

—Sam...

—Solo ésta vez. Déjame probarte.

Y que me maten si no lo hace. Su boca cálida y húmeda acoge mi polla como si toda la vida lo hubiera hecho. Chupa con deleite para luego mordisquear a su antojo. No sé cómo puedo mantenerme en pie una vez que me vacío en el interior de su boca, pero lo hago. El cuerpo se me entumece y me hormiguan las manos.

Sam me besa, una vez que vuelve a su estatura, haciéndome degustarme a mí mismo.

—Sam...

Te amo, quiero decirle. Pero no lo hago. Simplemente le devuelvo el beso

y salimos de nuestro escondite.

Sé que tarde o temprano esto nos pasará factura. Ella sigue viéndose con Max, y yo tampoco es que le haya pedido exclusividad. Pero joder si es lo que quiero. Cada día me voy con una sensación agridulce que no me deja vivir. Pienso en lo que hará una vez esté con él, en si pensará en mi en algún momento o solo soy un juguete que usa a su antojo.

Bajo mi piel (II)

Estoy tomando una cerveza cuando alguien me hace voltear de repente y un fuerte golpe cae sobre mi mejilla. El vaso se estrella contra el suelo y la gente que antes charlaba o simplemente pasaba el rato, se queda en silencio.

Llevo mi mano a la zona afectada y hago una mueca al sentir el escozor que me provoca. Mañana luciré un bonito moretón.

Miro hacia mi atacante y casi me río a carcajadas. Max me mira furioso, con los puños a cada lado de su cuerpo preparado para volver a golpearme.

A mi parecer ya estaba tardando demasiado.

—¿No vas a decir nada hijo de perra?

—Que sigues pegando peor que una mujer, Tenesse.

Su rostro queda a centímetros del mío en dos zancadas, sus ojos inyectados en sangre me hace saber cómo de colocado está.

—¿Qué dijiste?

—Que también estás sordo como una tapia.

Esquivo su rechazazo a tiempo, antes de que mi otra mejilla sufriera las consecuencias. Golpeo su abdomen haciendo que por dos segundos se doble de dolor. Luego arremete contra mí intentando embestirme, le dejo solo para hacer que se confíe. Nos llevamos una mesa por delante, cayendo al suelo junto con los ocupantes de esta y lanzo un puñetazo que va directo a su ceja derecha.

Eso en un ring sería descalificación pero claramente no estamos encima de uno.

Max gruñe y me golpea en las costillas. Movimiento, que por el tiempo que llevo sin pelear, no lo veo venir. Suelto el aire de golpe y él aprovecha mi aturdimiento para volver a arremeter ésta vez contra mi sien derecha. Alguien lo aleja de mí antes de que un nuevo golpe llegue acabando con mi consciencia. Veo borroso por una milésima de segundo y no puedo hacer otra cosa mejor que reírme a la vez que me quejo de dolor.

Me pongo de rodillas y veo a Dany sujetarlo junto con mi hermano. Max me mira iracundo, con los ojos fijos en mí. La furia que desprende es tan tangible que puedo tocarla. Un hilo rojo carmesí cruza su mejilla manchando su camiseta. Eso me hace sonreír más.

—Tienes suerte de que no estuviera entrenado... te hubiera matado con solo un golpe—digo levantándome ayunándome de una mesa.

Los presentes están pendientes a nuestros movimientos y veo que el dueño, amigo mío, se está mordiendo la lengua para no mandarlos a la calle a ambos.

—Tú y yo, en un ring —escupe intentando zafarse.

—Dejé esa mierda, no volveré allí.

—Si no quieres que la puta que me engaña revolcándose contigo,

amanezca con un tiro entre las cejas, más te vale estar el viernes a primera hora en la *Fábrica*. Y sabes que no me temblaría el pulso a la hora de apretar el gatillo justo antes de follármela como la buena puta que es.

Veo rojo. La sangre fluye por mis venas a toda velocidad y con un impulso me lanzo hacia él pero antes de poder hacerle un mísero rasguño soy interceptado por el dueño del bar.

—Leroy.

Su orden implícita me hace apretar los puños y la mandíbula intentando reprimirme. Con la mirada que le doy sabe que he aceptado. Se deshace del agarre de mi hermano y mi amigo para después sonreír de lado como si degustara la victoria en vez de su sangre. Se va haciendo que todos los presentes suspiraran en alivio.

«Ésta será la última vez» me digo a mí mismo saliendo del bar hacia mi apartamento.

Un familiar cosquilleo recorre mi espina dorsal. Siento mis músculos cargados de haber estado ejercitándome estos días más de la cuenta.

Miro de reojo hacia Sam. Está amordazada, amarrada de pies y manos a un poste y sollozando sin parar. Lo único que hace que no vaya hacia ella y llevármela de allí, es el arma que está pegada a su sien derecha en manos de uno de los amigos de Max.

Vuelvo a mirar a mi oponente y aprieto los dientes, tanto, que me rechinan. Max está en forma, sus músculos se definen de una manera exagerada y la diferencia entre él y yo es innegable. Pero su debilidad es mi fuerte.

Aún recuerdo cuando lo golpeé tan duro en aquel tercer raund que se quedó en coma una semana. Es malditamente lento y yo soy jodidamente rápido.

Una sonrisa curva mis labios. Intentando no dejarme llevar por el llanto de Sam que aún con la tela harapienta que cruza su boca, me ha llamado como veinte veces.

«Pronto pasará todo, amor» le dije desde el pensamiento.

—¿Listo para morder el polvo? —me preguntó Max tronándose los nudillos.

Solté una risa despectiva y giré mi cabeza para relajar la tensión que se empieza a acumular allí.

—Aún estás a tiempo de echarte para atrás, Max. No creo que a tu madre le haga mucha gracia volver a tener que verte casi muerto en una camilla de hospital.

Max se carcajea y da dos pasos hacia mí con soltura y fanfarronería. El muy hijo de puta se creó demasiado para la auténtica mierda que es. No sé cómo pudo Sam estar con esta asquerosa cucaracha.

Solo de pensarlo se me revuelven las tripas.

—Ten cuidado, Leroy. —sus ojos se desvían hacia la izquierda haciendo una imperceptible señal al que está con Sam.

Éste levanta el arma y le golpea en la sien haciendo que caiga al suelo tras un grito de dolor.

Lanzo un rugido y me lanzo hacia él con la furia de un león. Lanzo mi puño que ágilmente esquiva, pero no ve venir el rodillazo que le doy en los huevos. Lanza un gruñido y me empuja con el hombro.

Racheo en la arena y aprovecho que está inclinado sobre mí agarrándome para darle con el codo en la nuca y así lo hacerlo caer al suelo. Mi pie golpea sus costillas una y otra vez haciéndolo retorcerse de dolor como si fuera una asquerosa sanguijuela.

Sonrío degustando la victoria en mi boca cuando veo como deja de luchar y se deja golpear. Una patada seguida de otra y no puedo parar. Quiero matarlo. Quiero hacerle sufrir como él ha hecho con Sam.

Su cara magullada y llena se sangre me hace gritar y pisarle la cabeza queriendo reventársela. Pero algo me para.

Un disparo.

Giro mi cabeza a toda velocidad viendo a tiempo como el cuerpo de Sam cae al suelo como peso muerto.

—¡SAM!

Corro hacia su dirección sin importarme las bocinas que se escuchan a lo lejos o que el malnacido que le ha disparado salga huyendo como una rata de mierda. Me arrodillo y agarro su cabeza, despejando su rostro de su pelo rubio ensangrentado.

Tiene los ojos entreabiertos con lágrimas corriéndole por las sienes.

—Sam... quédate conmigo... —miro la herida sangrante de su pecho y veo como la sangre va tiñendo todo a su paso.

Está desangrándose y yo no puedo hacer nada más que llorar.

Grito a todo pulmón, mirando al cielo y pidiendo a dios que no me la arrebatte. No ahora que recién la encuentro. Acaricio su cabello por lo que

parecen horas, sintiendo su cuerpo cada vez más frío. Solo su débil pulso, golpeando la piel de su cuello hace que un atisbo de esperanza me haga permanecer cuerdo.

La policía y una ambulancia llegan y cuando me voy a dar cuenta me arrebatan a Sam de los brazos sin darme otra opción. Grito que me la devuelvan, no quiero que se la lleven. Los agentes me inmovilizan y veo como la cargan al interior de la ambulancia llevándosela con ellos.

Después de eso no sé qué hago. Me siento aturdido, en shock. El olor de su sangre está impregnado en mí y la imagen de Sam medio moribunda me estruja las entrañas. Me fijo en las baldosas del suelo. Son blancas y brillantes. Los sonidos vuelven a ser nítidos para mis oídos. Pitidos, voces. ¿Dónde estoy?

Alzo mi cabeza y miro al frente. Enfermeras, médicos, pasan de un lado a otro y la desesperación vuelve a instalarse en mi pecho.

Sam... ¿Dónde está Sam?

Me levanto del asiento y camino arrastrando los pies. No se hacia dónde voy, solo camino y la busco. Aprieto mis manos y las suelto dándome cuenta de lo engarrotadas que están. Tengo un mal presentimiento y ojalá todo se quede en eso. Un simple pensamiento que mi cabeza se está inventando causa del miedo.

—Señor... no puede estar aquí. Vuelva a la sala de espera.

Miro a la mujer de pelo castaño recogido en un moño suelto y me deshago de su agarre para seguir adelante. Quiero ver a Sam. Solo quiero ver que está bien.

—¡Oye! —Vuelve a gritar la enfermera.

No le hago caso, en su lugar, empiezo a andar más deprisa en cuanto veo a alguien familiar. El padre de Sam se adentra en una habitación y mis piernas empiezan a correr.

La respiración se me acelera y el pulso se me dispara. Llego a la puerta y veo a la madre de Samantha sentada en un sillón con las manos tapándole el rostro. Su marido acaricia su espalda a su lado.

Entro sintiendo que me asfixio. No quiero entrar a la vez que lo deseo con todas mis fuerzas. Miro hacia el cristal donde Sam se encuentra recostada en una camilla y conectada a miles de cables y máquinas.

—¿Quién eres tú?

La voz del padre de Sam suena ronca supongo de tanto llorar. Y lo miro haciendo que me reconozca al instante.

—¿Leroy?

La mujer me mira desde la silla. Tiene los ojos llorosos y antes de darme cuenta se lanza a mis brazos.

—¿Lo conocen? —pregunta la enfermera pesada de antes.

Ambos asienten y se marcha tras soltar un suspiro.

—Sam... —consigo articular.

Su madre me mira suelta un sollozo a la vez que es abrazada por su marido.

—No saben si va a poder sobrevivir... —murmura su padre entrecortadamente.

Una lágrima cálida cruza mi mejilla y miro hacia la dirección donde lo más maravilloso que me pasó en la vida, lucha por su vida. La culpa me ahoga. Siento que todo es culpa mía. Mis rodillas flaquean y me dejo caer al suelo rompiéndome en mil pedazos.

«No por favor...»

Bajo mi piel (III)

No sé si alguna vez esta carta llegue a tus manos. No sé si realmente es para ti o para hacerme a la idea de que de algún modo, te estoy hablando a

ti. No puedo imaginarme una vida sin ti, Sam. No ahora que acabo de saber lo que se siente besarte. Lo bonito que es sentir tu sonrisa en mis labios. Lo tentador que puede resultar morder tus lunares.

Despierta, Sam.

Hazme solo ese favor. Juro que es la lucha más horrible que me ha tocado vivir. Me dejaría golpear hasta morir si eso significara que te levantarás de esa cama y me abrazaras.

Tus papás lloran por ti, pequeña. El mundo llora por ti. No prives a nadie de volver a disfrutar de la luz de tus ojos. Ese brillo que tan fuerte me hizo caer. Esa energía que hacía que un nuevo día se antojara el último del mundo.

Y solo pido que ese fin no sea ahora.

Hoy me dejaron besarte. Pude acariciar tus dedos aun siendo a través de un guante. Las enfermeras me adoran ¿Sabes? Dicen que tienes un novio muy romántico. Pero no te pongas celosa, amor. Solo soy tuyo y siempre lo seré.

Decoré la habitación de flores. Tus favoritas. Lo supe porque sin querer te escuché decirle a tu amiga hace años, que cuando te casaras llevarías esa flor en el pelo.

¿Quieres casarte conmigo, Sam?

Me muero por escucharte decir que sí. ¿Sabes la de hijo que tendríamos? Todos tan preciosos y parecidos a ti...

Despierta, Sam...

¿Siempre juntos recuerdas?

Aparto las lágrimas de mi rostro y doblo la carta intentando aplanar las arrugas que tiene de haber estado tantos años echa una bola. La llevo a mi pecho ahogando un gemido de dolor. Duele. Duele demasiado leer esto después de tanto tiempo.

Guardo el papel en el cajón donde la encontré y me levanto de la silla para irme de allí antes de que me vean así. Pero justo me giro veo a Leroy en el marco de la puerta.

Su sonrisa desaparece de su rostro al ver el mío.

—Sam, que...

—Te amo.

Su alegría vuelve pero ésta vez sus ojos empiezan a brillar. Viene hacia mí y me aprieta en un abrazo. Respiro su olor empapándome de su esencia que

me mantiene viva cada día.

—Yo también te amo —susurra en mi oído haciendo que los vellos se me ericen.

Busco sus labios, desesperada por sentirlo más cerca. Más mío. Sus manos aterrizan en mis caderas pegándome a su cuerpo y haciéndome olvidar del mundo tan solo con esa posesividad que desprende. Muerde mi labio inferior y jadeo.

Andamos hacia la cama dando tumbos e intentando no enredarnos con las piernas del otro. Reímos y caemos en el colchón yo encima de él sin parar de besarnos.

Sus manos acarician mi piel por debajo de la camiseta y se deshace de ella al mismo tiempo que yo desabrocho mi sujetador. Sus ojos devoran mi piel con pericia y minuciosidad. Sin dejarse un centímetro sin idolatrar. Pronto quedamos desnudos me hace el amor lento y salvaje después, para a continuación besarme con una ternura inmensurable.

—Desperté —le dije mirándole a los ojos.

Veo como traga saliva y sus ojos se aguan.

—Y volví a respirar...

FIN